

EL INVITADO QUE NO AVISA

Juan Luis Roldán Calzado

*Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
-como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.*

Fragmento de “No volveré a ser joven”
Jaime Gil de Biedma

PRIMERA PARTE

Sonó el portero automático

- Anda, id a abrir, que será Aurora –avisó Carmen, aunque no hubiera hecho falta, pues sus hijos ya iban corriendo a hacerlo. Así que, cuando Aurora llamó al timbre y se abrió la puerta, se encontró con los dos niños esperando como dos perrillos a los que van a repartir galletas.

- ¿Cómo están mis chicos favoritos? –dijo, fundiéndose en un abrazo con ellos.

- ¿Nos vas a dejar ver una película? –preguntó Jaime.

- De eso nada –protestó Lucía-, quiero que nos cuentes una historia.

Carmen se acercó para reconducir la situación.

- Anda, no seáis pesados, esperad que aterrice por lo menos. Hola, Aurora, guapa, ¿cómo estás? -dijo, dándole dos besos-. Gracias por el favor, chica.

- Nada, ya sabes que me encanta quedarme con estos dos.

- ¡Emilio, que está aquí Aurora! –le avisó Carmen-. Este cuando está en el ordenador, no se entera de nada...

-Hola, Aurora –saludó Emilio al entrar en salón-. Perdona, es que estaba acabando de preparar unas clases ¿Cómo estás? –preguntó al darle dos besos.

- Bien, bien.

- ¿Verdad que podemos ver una película, papá? –insistió Jaime.

- Pero, ¿habéis terminado los deberes? A ver, que vea yo esos cuadernos.

- Venga, vente tu conmigo mientras me visto –le propuso Carmen a Aurora-. Gracias, de verdad –le repitió cuando ya estaban en el dormitorio-. La verdad es que aunque sólo sea comer y ver una película, para nosotros ya es un lujo.

- Nada, mujer, no me lo digas más veces. ¿Qué vais a ver?

Carmen se encogió de hombros.

- Pues no tengo ni idea, imagino que iremos a la calle de los Alphaville y allí ya veremos...

- Bueno, ya sabes que ya no son los Alphaville, cambiaron de dueño.

- ¡Qué dices! No sabía nada, fíjate si hace tiempo que no vamos por allí. Pero, ¿ya no ponen versión original?

- Creo que sí, aunque me da la impresión de que el cine que ponen es menos alternativo, aunque de todos modos en los últimos años el mismo Alphaville se había comercializado un poco.

- Tendrían que sobrevivir, supongo... Oye, ¿y habrán quitado las butacas esas dobles? ¡Qué gran invento ese!

Aurora rió.

- Me temo que sí... Anda, que no hemos visto películas en esos cines. Y la cafetería, cómo me gustaba. Allí mismo ponían películas, pero yo no llegué a ver ninguna.

- No, yo tampoco –admitió Carmen-. Yo creo que fue antes de ir nosotros por allí... Oye, cambiando de tema, ¿qué tal con Sergio?

Aurora resopló sonriendo.

- Bien –e hizo una pausa, cómo si buscara las palabras que necesitaba para explicarse mejor-. Lo cierto, es que lo pasamos bien, es divertido, es cariñoso...

- Está muy bueno –apuntó Carmen.

- ...está muy bueno –aceptó Aurora.

- ¿Pero?

- Pero... No hay grandes peros. Es que, no sé cómo decirte, estoy en esa fase tan chungu de pensar: “Pero, ¿es este el tipo que tirará mis cenizas al mar?”

Carmen rió de buena gana.

- ¡Tus cenizas al mar! Vaya encargo, hija. No serás capaz de dejarnos un regalito semejante, ¿verdad?

- Bueno, es una forma de hablar –dijo Aurora, sacudiendo la cabeza-. No sé por qué he dicho eso. Aunque, bien pensado, queda bien, es como muy irlandés...

- ¡Irlandés! Tú estás mal, definitivamente –protestó Carmen sacudiendo la cabeza-. Pero volviendo a Sergio, no le des tantas vueltas. Disfrútalo y ya el tiempo dirá si la relación va a más o no.

- Sí, pero, no sé, es cómo decir ¿y si me estoy equivocando? ¿Y si estoy perdiendo el tiempo con esta relación? El tiempo que tendría que estar dedicando a buscar *la buena*, ya me entiendes...

Carmen sacudió la cabeza.

- Sí, Aurora, te entiendo, pero es un planteamiento muy malo, perdona que te diga. No te pega nada, además –hizo una pausa antes de proseguir-. A ti lo que te pasa es que te condiciona tu fracaso con Miguel. Y no todos son como Miguel. Afortunadamente, por otro lado.

Aurora respiró hondo antes de responder.

- No, si llevas razón, Miguel es un tío estupendo, pero –añadió sonriendo sin alegría-, nefasto como pareja. Eso sí, el iría en auto-stop a la costa si hiciera falta sólo por llevar mis cenizas.

- Sí, hija, pero los cuidados, qué quieres que te diga, mejor en vida, ¿no te parece? Yo, que me quieran mucho, que, una vez muerta, unas florecillas y tan contenta.

- ¡Qué bruta eres, Carmen! Pero –concedió pensativa-. Llevas toda la razón.

Gonzalo le mostró un vinilo a Pablo

- ¿Ves, Pablito? Este disco de Dire Straits lo hubiéramos vendido hace años por un par de euros y, ahora, mira, ¡12 euros! El vinilo ha vuelto, amigo mío.

Pablo hizo un gesto de escepticismo.

- Me cuesta creerlo, la verdad, que en plena era de la tecnología la gente se dedique a comprar vinilos, que ocupan más y enciman suenan peor.

- De eso nada, amigo –negó Gonzalo con la cabeza-. El del vinilo es el sonido puro, no ese metálico de los cedés. Además, no estamos hablando de que los niños de quince años se compren vinilos, esos ni vinilos ni cedés, se lo bajan todo de Internet y al final

no saben ni lo que escuchan. ¿Sabes lo que me contó el otro día un tío de una tienda de discos? Que entraron unos chavales para que les enseñara algún disco de Bruce Springsteen. Los tíos se habían bajado todas sus canciones e iban a ir al concierto, pero ¡querían saber qué cara tenía! ¿Te lo puedes creer? Van a ir a su puto concierto y no saben ni la cara que tiene.

- A lo mejor eso no es tan importante, el caso es que les guste su música.

- Ya, Pablito, pero es que no es eso, es que no se han comprado un disco en su puta vida, así cómo quieres que la gente haga discos. ¿Para qué?, ¿para que se lo compren cuatro tontos y el resto se lo baje de Internet? Mira, macho, es que a veces hasta en los periódicos te vienen los enlaces para bajarte los discos. ¿Tú te crees que eso es normal? Yo cambiaba la ley y me liaba a poner multas...

- Ya sabes que la copia privada no es delito –se encogió Pablo de hombros.

- No me jodas tú con esas, Pablito, que eres abogado pero no te crees esas cosas. Copia privada es lo que hacíamos tú y yo hace veinte años, que uno se compraba un disco y se lo grababa a los demás. Además en casete –dijo entre risas-, en una puta casete, que tenías que estar haciendo cálculos de lo que duraba el vinilo y lo que cabía en la cinta.

- ¿Y las cintas que comprábamos en el Rastro, las que tenían la carátula fotocopiada?, No me digas que eso no era pirateo.

- Que sí, coño, si aquí nadie va a decir que es la Madre Teresa de la música, pero es que ahora te lo bajas todo, macho, ¡todo! Por eso –dijo dándoles unos toquitos al vinilo-, esto vuelve a tener valor, porque, ¿qué más te da tener unos archivitos en un cedé que en tu puto disco duro?

- De todas formas, las discográficas tendrán que espabilar y adaptarse a las circunstancias.

- Por supuesto, y lo están haciendo. ¿Sabes cuál es la clave? Que ya empieza a hacerse... Que tu tengas un cacharrito y, cuando quedemos un día y yo te diga: “Oye, que el último de Quique González está cojonudo”, tú te lo puedas bajar directamente a tu cacharro mientras hables conmigo, por supuesto sin pagar los quince euros que ahora vale un cedé, ni siquiera los diez que cuesta comprar un disco en Internet. A lo mejor una tarifa plana, que lo pagues con el teléfono y ni te enteres –hizo una pausa antes de continuar-. Pero, sí, esto del negocio de la música tiene que cambiar.

- ¿Y a ti crees que te afectará?

- No lo creo –dudó Gonzalo mientras seguía revisando vinilos-, lo bueno es que yo escribo para periódicos y revistas y con cuatro cositas en la radio y algún librito que escribo, me apaño. Los críticos no vamos a desaparecer porque, entre tanta música, la gente necesita guías, gente con buen gusto como yo que le diga a qué canciones merece la pena dedicarles su poco tiempo. Pero está claro que nosotros también tendremos que reciclarlos, eso está claro.

- Sí, pero es cierto que la gente necesitará referencias para elegir qué quiere escuchar entre toda esa cantidad de música, aunque se la baje por la cara.

- No, fuera bromas, no te creas que me gusta a mí mucho el rollo ese de ser una especie de referente. En las revistas especializadas, sí, uno ya conoce al que firma, sabe sus gustos y en función de eso, se anima o no a comprar el disco. Pero lógicamente, si tengo que elegir entre recomendar a la orejita o al Melendi, lo llevamos claro.

La tienda de discos estaba situada en el subterráneo de un aparcamiento, por lo que la tranquilidad de la tienda, en la que sólo había unos pocos clientes ociosos en busca de alguna oportunidad, contrastó, cuando salieron a la calle, con el bullicio de los alrededores de Callao.

- Joder, y luego dicen que hay crisis –protestó Gonzalo-. Tú mira toda esta gente, de las tiendas a comer y de comer otra vez a las tiendas.

- Bueno, no te creas –repuso Pablo-. Probablemente mucha de esta gente no nota la crisis, igual que tampoco la notamos apenas tú o yo, pero veremos a ver, ¿eh?, que la cosa se está poniendo muy mal. Muchos de los inmigrantes que nos vienen a la asociación son los mismos a los que les conseguimos el permiso hace unos años porque tenían ofertas de trabajo que eran reales. Y ahora no, ahora muchos de ellos se encuentran sin trabajo, muchos con los hijos que se han traído a España y encima muchos de ellos con una hipoteca que es imposible que puedan pagar.

- Es que lo de los bancos es muy fuerte.

Pablo asintió para darle la razón.

- Pues sí, fíjate que hace sólo dos o tres años, permitían que muchos inmigrantes se avalaran unos a otros, con lo que a veces no sólo tienen su propio agujero sino el del que han avalado, y te hablo de gente que en algunos casos se conocía poco o nada.

- Pues vaya historia. Y encima con la crisis, vas a ver tú que pronto se empiezan a recortar las ayudas.

- De hecho, Aurora dice que en Servicios Sociales está fatal la cosa, que no tienen dinero suficiente para las peticiones que ya hay. Imagínate cuando todos estos casos empiecen a explotar...

- Por cierto –le interrumpió Gonzalo-, ¿no se animó a venirse a comer?

- La llamé, pero había quedado en quedarse en casa de Carmen, para que ellos también pudieran escaparse un rato.

- Ay, la Jefa, que bien se lo monta. Oye –dijo tras una pausa-, ¿y si intentamos vernos luego todos?

- No es mala idea –admitió Pablo-. Venga, voy a mandarles un mensaje.

Mientras Pablo tecleaba en su móvil, Gonzalo miró a su alrededor. Unos días atrás había pasado por allí con Miguel a las tantas de la noche, a la salida de un concierto. El paisaje de la Gran Vía cualquier noche entre semana es radicalmente diferente a esto, pensó. Y, sin duda, él se sentía más a gusto entre noctámbulos y solitarios que entre el inmenso jaleo de un sábado en pleno horario comercial. Había sido así siempre y, aunque ya estuviera cerca de los cuarenta, seguía sintiendo lo mismo. Así que se sonrió, pensando que los agoreros que anuncian que el tiempo todo lo cambia todavía se equivocaban con él.

Susana sostenía un jersey de cuello alto.

- ¿Ves, Patricia? ¿A qué es elegante? Y nos viene con un descuento del 50%. Me dejaban reservarlo sólo esta mañana... Toca, mira qué tacto.

- Sí que me gusta –dijo tras acariciarlo unos instantes-. Creo que voy a probármelo. Gracias, Susana, eres un cielo.

Susana rechazó la idea con un gesto de la mano.

- Nada, hija, a mí que me cuesta. Y es una excusa para vernos. Pasa por aquí –dijo, indicándole el camino del probador. Cuando Patricia ya estaba dentro, le preguntó-. Y Enrique, ¿cómo está?

- Bien, ahora tiene más lío con lo de las reformas de la Universidad, pero bueno, no es como antes. Teniendo plaza de titular, ya no es la angustia esa que teníamos hace años, que en cualquier momento le daban la patada.

- Y teniendo cargo, además. Y todo lo que está escribiendo. Leí el otro día su artículo en el periódico. Chica, cómo escribe de bien tu marido...

- ¿Qué tal me queda? –preguntó Patricia mientras salía del probador.

- Divinamente. A ver, date la vuelta... Bien, muy bien. ¿Te lo llevarás, no?

- Hija, no sé. Tiene muy buen descuento, es cierto –dijo mirándose de nuevo al espejo-. Venga, me lo llevo.

Ya cuando iban hacia la caja, Susana la frenó.

- Este te lo regalo yo, ¿eh, Patricia?

- Ni hablar, ¿a santo de qué?

- Pues a santo de que me apetece. Además, no te regalé nada por tu cumpleaños.

- Ni yo a ti, qué graciosa –protestó Patricia-. Bueno, mira, hacemos una cosa, yo te invito a comer. Además, hoy los niños están con mis suegros y Enrique tenía nosequé de la Universidad.

- Genial, me parece bien, así seguimos hablando.

- ¿Cuándo terminas?

- Ya mismo, por eso te dije que vinieras a esta hora, para estar más tranquila.

Susana terminó de resolver un par de cosas y salieron a la calle. La calle Goya estaba abarrotada de gente que buscaba las mejores ofertas. Aunque hacía frío, un sol radiante permitió que el paseo resultara agradable.

- Es lo que siempre me ha sorprendido de Madrid –dijo Patricia-. Estos días agradables en pleno invierno. Esto en Burgos es impensable.

- Ya, pero seguro que no tenéis esa nube negra permanente –dijo Susana señalando al cielo-. Te aseguro que las próximas generaciones de madrileños vivirá menos que los burgaleses. O al menos con más enfermedades.

- Ya, lo dice la que encadena un cigarrillo tras otro. Ya me parece raro que no hayas encendido uno para el camino.

- Estoy dejándolo, Patricia. De verdad.

- Sí, ya –rió su amiga. Tengo un marido muy fumador así que ya conozco lo que valen esas declaraciones solemnes. Una semana, diez días.

- No, esto va en serio ¿Entramos aquí? –dijo señalando la puerta de un restaurante. Yo suelo venir aquí de vez en cuando.

- Por mí estupendo.

Cuando acabaron de pedir, Patricia reparó en un detalle:

- Oye –dijo, señalando a Susana-. Tampoco has pedido vino. Ni tabaco, ni alcohol – Susana sonrió-. O estás volviendo a la vida sana o... ¡Dios mío, estás embarazada!

Susana, riendo, le pidió silencio con un gesto de la mano.

- Sssh, no hables tan alto.

- Pero, ¿lo estás o no lo estás?

- Sí, vamos creo que sí. Me hice la prueba ayer. Y dio positivo.

- Pero, Susana, ¡enhorabuena! –y bajando el tono de nuevo a petición de su amiga, añadió-. Pero, ¿de cuanto? ¿Y Andrés? ¡Estará como loco!

- De poco, supongo, aún no he ido al médico, pero, bueno, calculo que de un mes y medio, no más. Y Andrés, bueno, aún no se lo he dicho...

- ¿Y eso? ¿Por qué no, mujer?

Susana se encogió de hombros.

- Nada. No te preocupes, ¿eh? Si él lo está deseando. Es que... Bueno, si ya te he dicho que me hice la prueba ayer y como él siempre está tan ocupado. Además, con lo nervioso que es, ni se me ocurrió hacérmela cuando estaba él. Imagínate que hubiera sido una falsa alarma. Nada, prefiero decírselo este fin de semana con calma.

Patricia posó su mano en la de su amiga.

- ¿Y cómo estás? ¿Y qué sientes? Ay, hija, qué envidia, qué buenos recuerdos me trae todo esto. Los míos ya están en el colegio y... ¡Dios mío, un bebé! ¡Camarero, por favor! –y volviéndose de nuevo a Susana, añadió-. Voy a pedir un champán.

- ¡Estás loca! Si te acabo de decir que estoy embarazada.

- Anda, que por una copita de champán ni te vas a enterar, y esto hay que celebrarlo. Sí, gracias –le dijo al camarero-, una botella de cava, por favor.

Cuando volvió a mirar a Susana, vio que se había emocionado.

- ¡Pero mujer! –dijo tendiéndole un pañuelo-.

- Perdona, Patricia- dijo secándose-. Me ha emocionado que te alegres tanto.

- ¡Pero como no me voy a alegrar! ¡Sabiendo lo que lo estabas deseando! Anda, para, que vamos a acabar llorando las dos como dos tontas. Mira, el champán.

El camarero descorchó la botella y sirvió sus copas.

- ¡Pero si no hemos empezado a comer! –protestó Susana riendo.

- Calla, que lo primero es lo primero. ¡Por la criatura! –brindó copa en alto-

- ¡Por la criatura!

Probaron la copa y, enseguida, Susana continuó.

- Tengo tantas cosas que preguntarte –reconoció-. Es curioso, tanto tiempo esperando y con la edad que tengo y me siento como una adolescente asustada.

- Es natural- la tranquilizó Patricia-. La naturaleza es sabia y si ha puesto nueve meses de espera es por algo –le aclaró riendo-. Además no te preocupes, ¿a qué ahora que me lo has contado te sientes mejor?

- Sí, es cierto, aunque supongo que el champán tiene algo que ver...

- Pues sí, algo también -admitió Patricia riendo-. Pues ya verás cuando se lo cuentes a Andrés y cuando vayas al médico y se lo cuentes a más gente. En fin, que no te vas a sentir sola en ningún momento. Y si te sientes, agarras el teléfono y me llamas. ¿Prometido? – le preguntó señalándole.

- Lo haré, no te preocupes. Te vas a hartar de preguntas.

- A ver si es verdad. Voy un momento al baño, que con tanta emoción debo tener todo el maquillaje patas arriba.

- Pues sí, detrás de ti voy yo.

Cuando Patricia entró el baño encendió la luz y comenzó a retocarse ante el espejo. Se acordó de sus hijos, de cuando fueron bebés, y lo recordó con cariño. Por supuesto, no tenía ninguna intención de tener otro, pero echó de menos aquella sensación.

De hecho, como quería haberle contado a su amiga, su deseo era, por el contrario, volver a trabajar. Sabía que a Enrique no le iba a hacer gracia, que sus horarios iban a chocar y el cuidado de los niños era algo que él ya había dejado de alguna forma en manos de ella. Pero estaba decidida, necesitaba algo más que el papel de madre, un papel que le encantaba pero con el que su vida queda definitivamente coja.

Cerró su bolso y suspiró antes de salir. Sí, le apetecía mucho comentar todo eso con Susana, pero sabía que ella se encontraba en uno de esos momentos en los que necesitas mucho más apoyo del que puedes dar. Sí, Susana, la necesitaba y por supuesto, Patricia iba a concederle la importancia que se merecía.

Paco llamó a Asun desde el salón.

- ¡Asun, ven, mira esto!

Cuando se asomó, Paco le señaló la pantalla del ordenador portátil.

- Mira lo que nos ha enviado Carmen. ¿Ves la muñeca que gira? ¿Hacia dónde la ves girar?

Asun resopló.

- ¡Yo que sé, cariño! ¿Hacia la izquierda?

- Pues ahora –le explicó Paco satisfecho-. Concéntrate en los pies y verás cómo gira hacia el otro lado.

Asun entornó los ojos.

- Nada, hijo, sigue girando igual.

- ¡Pero mira a los pies!

- ¡Dónde te crees que estoy mirando! Vaya chorrada... Bueno, ¿y dice algo de la cena?

- Es que no tienes paciencia, tienes que fijarte un poco de más tiempo.

- Venga, sí, lo que pasa es que a ti te sobra la imaginación. Venga, ¿dice algo de la cena o no?

- Sí, sí lo dice –admitió Paco con una mezcla de paciencia y resignación-. En principio será la semana que viene, el sábado, en el centro, en un sitio por la Plaza mayor.

- ¿Y quiénes vamos?

- Pues ellos, Aurora, no se si con su novio, Guillermo, Pablo, Miguel, supongo, Enrique y su mujer, Susana y Andrés. Y nosotros, claro.

- Bueno –sopesó Asun ladeando la cabeza-. Veremos a ver. Lo único que espero es que Gonzalo y Susana no acaben discutiendo como siempre... ¿Y en la Plaza Mayor? ¿Y dónde aparcamos?

- Me temo que en el parking que hay en la Plaza Mayor. Nos va a salir por un pico, eso sí.

En ese momento salió su hija Paula de la habitación.

- Mamá, voy a salir. ¿Me das dinero?

- Ay, que me da la risa. ¿Has oído, papá? ¡Dinero! ¿Y qué has hecho con el que te di ayer?

- Ya te dije que tenía que recargar el móvil –protestó Paula.

- ¿Y desde cuándo recargas tú tu propio móvil? –preguntó Paco.

- Desde que se lo digo a Mamá y ella se olvida de hacerlo.

- ¡Oye, niña! A mí no me hablas así –le advirtió Asun-. Dame tu móvil.

- ¿Para qué?

- Para ver si ha cambiado de color desde ayer, no te fastidia la niña. Me lo das porque te lo digo yo y ya está.

- No, que me lo quitas.

- A ver, Paula, dale el móvil a tu madre. Y quisiera saber dónde lo has recargado.

- ¡Se fue al Caprabo, papá, con Carmen! – se oyó una voz desde otra habitación.

- ¡Que te calles, idiota! Que contigo no va la historia –le protestó Paula a su hermano.

Su padre se levantó de la silla.

- Paula, vete a tu habitación. Y no quiero verte hasta que vengas tranquila y con el móvil en la mano.

- Y con la tarjeta dentro del móvil –remachó su madre.

- Eso es. Y con la tarjeta dentro.

- ¡Vaya mierda! Pues si no queréis que salga, decidlo y ya está –dijo dirigiéndose a su habitación.

- A nosotros ya ves tú –le advirtió su madre-. Pero hoy con móvil no te vas. Ni con dinero. Verás cómo se te estimula la imaginación...

- Lo flipas –se le oyó a Paula antes de que diera un portazo a su habitación.

Asun resopló sacudiendo la cabeza.

- No se qué vamos a hacer con esta niña. ¡Si es que está en sexto de primaria y mírala! Es como yo cuando tenía dieciocho años.
- Tu eras bastante peor –le recordó Paco riendo-, lo que pasa es que ya no te acuerdas.
- Sí, hombre, lo que tú digas.
- Ahora en serio, tenemos que ir pensando lo del instituto. Ya te dije que podíamos preguntarle a Carmen, a ver qué sabe de los de por aquí.
- No sé, cari –dudó Asun-. Acuérdate cuándo ella tenía que pedir traslado, que fue ella la que nos preguntó a nosotros por los de esta zona. Así que mucho no sabrá.
- Bueno, pero ya sabes que los profesores cambian mucho de sitio. Y lo mismo este año tiene por aquí algún conocido. Por preguntarle no perdemos nada...
- No, eso es cierto. Pero no cuando estén todos, que no me apetece que me echen un rollo sobre la pureza ideológica y el gran pecado que sería llevarla a un privado.
- ¿Y quién ha hablado de un privado? –protestó Paco encogiéndose de hombros.
- Yo, Paco, yo te he hablado de los privados muchas veces, que parece que no te quieres enterar. Mira cómo está la niña –dijo señalando a su habitación-. Imagínate cuando vaya al instituto, que allí no hay quién la controle.
- ¿Cómo que no? ¿No has oído mil veces a Carmen y a Emilio explicar cómo controlan a los chavales, cómo llaman a sus casas?

Asun negó con la cabeza.

- Pero ellos porque se preocupan, pero hay un montón de profesores que dan sus horitas y se largan y si le faltan la mitad, pues mira qué bien, qué tranquilidad. Y tú sabes que llevo razón.
- De todo habrá, no te digo que no, pero ¿un privado? Porque un privado es uno religioso, al menos por esta zona. Y eso sí que no. Yo no quiero que le metan esas ideas en la cabeza.
- ¿Y qué quieres? ¿Que ande por ahí no se sabe con quién? Porque ahora a los institutos, ¿sabes quién va? Quien no puede ir a un privado, Paco. Hablando claro: los inmigrantes y los rebotados.

La conversación se interrumpió cuando apareció Paula mostrando el móvil en la palma de la mano.

- El móvil. Y tiene la tarjeta, ¿eh?
- Ay, esta niña. Si es que en el fondo es un pedazo de pan –dijo Asun dándole un beso.
- Ay, mamá, déjame. No seas pesada. Bueno, me voy.
- A las ocho y media aquí, ¿eh? –dijo su padre señalándola-. Y toma, anda, cinco euros. Pero esto es para todo el fin de semana.
- Gracias, papá –dijo agarrando el billete como si fuera a escapar volando-. Bueno, y gracias también a ti, mamá, claro.
- Sí, ya. Anda, desaparece, que nos tienes contentos.

Cuando sonó la puerta de la calle, Paco preguntó:

- Va maquillada, ¿no?

- Bueno, algo lleva. Vete acostumbrando, que no te queda por ver en los próximos años. Bueno, voy a ver si pongo la lavadora.

- Es increíble –pensó Paco en voz alta-. Me estaba acordando de lo de la cena, de los amigos de nuestra edad que no tienen hijos, bueno, algunos ni pareja, y nosotros tenemos ya una hija que va a cumplir doce años. Qué vidas más diferentes, ¿no?

- Hijo, es que nosotros teníamos mucha prisa. Así que ya sabes, envejeceremos antes.

- Espero que no.

Pero cuando Asun salió de la habitación Paco pensó que, bueno, algo más quizá sí que habrían envejecido. Por lo menos su aspecto era menos glamuroso que el de sus amigos que no tenían pareja. Es lo que tiene no estar en el escaparate, pensó. No tienes que convencer a nadie, no tienes que crear tu vida, sino que ya la tienes construida. Eso sí, pensó también, aunque no tengas que estar en el escaparate, estás todo el día en la trastienda, sin dejar de trabajar. Construyendo, se dijo con una sonrisa, nuevos maniqués que un día lucirán en el escaparate.

- ¿Qué tal se han portado estos entonces? –le preguntó Carmen a Aurora.

- Nada, genial –se encogió de hombros-, si es que tienes unos hijos que son un cielo.

- No te creas. Es que a ti te tienen adoración. Ya sabes, para ellos eres la tita Aurora.

- Bueno –se encogió de hombros como para quitarle importancia-, el caso es que se han portado divinamente. Por cierto, me mandó un mensaje Pablo para quedar.

- Sí, a mí también.

- Pero bueno, imagino que ya tenéis suficiente trajín por hoy, que acabáis de llegar.

- No, mujer –sacudió Carmen la cabeza-, que se vengan aquí.

- Hija, es que al final hacemos en vuestra casa todos los saraos.

- Si es que para nosotros es más cómodo, ¿no te das cuenta? Estos os ven un rato, se van a la cama y ya está.

- Sí, y vosotros trasnocháis y ellos os despiertan a las ocho.

- Pues sí, hija, es lo que tiene tener hijos, pero, ¿qué quieres que te diga?, lo que perdemos en sueño lo ganamos en buen humor... Ya lo entenderás cuando seas madre.

- Sí, al paso que voy... Menos mal que me dejas cuidar a los tuyos de vez en cuando.

- Hoy estás idiota perdida, Aurora, hija. Anda, ¿por qué no llamas a Sergio?

- ¿Para qué me haga un hijo? –le preguntó Aurora entre risas.

- No, subnormal, para que se venga también a cenar. Aunque –señaló tras una pausa- en lo que se refiere a los hijos, tú misma, desde luego mejor material genético dudo que encuentres...

- Bueno, mejor dejamos eso... Chica, ¿qué hago? ¿Lo llamo?

- Que no es presentarle a tus padres, joder, que es una reunión de amigos, además a nosotros nos conoce y a Pablo también, ¿no?

- Pero no a Gonzalo...
- Pues eso, así ves si te quiere o no. Si aguanta a Gonzalo una noche, pídele matrimonio. O por lo menos que te haga ese hijo.
- Venga, le voy a llamar.
- Genial. Y yo llamo a estos para que compren unas cervezas. Que ya sabes que a los tíos les encanta eso de comprar las cervezas. No puedes pedirles que te resuelvan una cena, pero, bueno, al menos no tienes que preocuparte por la bebida...
- Llevas razón –admitió Aurora riendo-. Oye, ¿y Sergio? Seguro que quieres traer algo. Carmen negó con la cabeza.
- ¡Qué va a traer ni traer! Que venga, que ya es bastante.
- ¿El postre?
- Veeenga, que se traiga el postre. No vaya a ser que venga con las manos vacías y le echemos.

En ese momento entró Emilio en la cocina.

- ¿Qué pasa? ¿Qué se cuece por aquí?
- Nada, que se vienen estos a cenar –dijo Carmen encogiéndose de hombros-. Pablo y Gonzalo. Bueno y Aurora. Y Sergio, claro.
- Joder, y luego te quejas de que Gonzalo te llame la jefa. Aquí llega uno y se encuentra todo montado. Pero apenas hay cervezas –añadió abriendo el frigorífico-.
- ¿Ves lo que te dije, Aurora?

Y las dos rieron.

Emilio salió de la cocina también riéndose. En realidad, no le molestaba en absoluto que Carmen tomara ese tipo de decisiones. Sabía que tenía mucha suerte con ella porque, a pesar del cansancio, ambos se animaban con frecuencia a convocar a sus amigos. Y es que, aunque habían sido originalmente los amigos de Carmen, con el paso del tiempo él se había convertido en uno más del grupo, hasta el punto que a nadie se le ocurriría hacer una distinción de los que se conocían de antes o de después. Bueno, salvo cuando se dedicaban a contar historias de la época del instituto, que aunque él se sabía la mayoría de memoria, lógicamente nunca podía sentir la misma ilusión de recordarlas. Y en ese sentido, la cena que iban a organizar para celebrar que precisamente hacía veinte años que habían acabado COU, iba a ser la apoteosis de ese tipo de anécdota. Pero bueno, quitando esos días, compartir unas cervezas y una buena conversación con aquella gente suponía siempre un agradable placer.

Pasó delante del dormitorio de Jaime y se sorprendió al ver a sus dos hijos en armonía leyendo cada uno su libro en silencio. Enseguida se alejó de allí pues sabía de lo difícil que era que surgieran esos momentos de calma, así que no era cuestión de alterar aquella paz. Coño, pensó con una franca sonrisa, si a veces parece que los hemos educado bien, que tantos y tantos ratos de lucha dan sus frutos.

Aunque la satisfacción no le duró mucho. Como profesor de secundaria sabía que sus hijos eran aún pequeños, que precisamente les faltaba esa fase tan difícil por la que pasaban los alumnos que pasaban por sus manos. Y él había visto demasiado en sus años de carrera, más de lo que hubiera querido. La asignatura de Educación Física permite una visión de los chavales más amplia que la del resto de materias. Y quizá,

pensó, más verdadera. Y en todos esos años él había visto alumnos y alumnas a los que nadie jamás les daba de desayunar y a los que tenía que enviar a Jefatura de Estudios por una aparente enfermedad que se curaba con una simple galleta. Peor aún, había visto chicas que procuraban vomitar todo lo que comían. Y a algunas las había visto consumirse curso a curso. Veía también a alumnos a los que todos daban de lado y que paseaban sin rumbo cuando él dejaba deporte libre y no parecía haber equipo ni deporte que tuviera sitio para aquella gente si él no intervenía. Veía a alumnos que llegaban oliendo a tabaco con trece años. O directamente *emporrados*. A muchos de ellos apenas los volvía a ver, aparecían lo justo para que no les abrieran un expediente por absentismo y, cada vez que volvían, como si fueran mensajeros de otro mundo, él notaba nuevos rasgos en sus rostros cada vez más duros, sabiendo que al día siguiente volverían a un camino que él sabía de no retorno. Veía la dureza de las chicas que eran amigas un día y enemigas brutales al siguiente, con una firme crueldad que no parecía corresponderse con aquellas caras que alguien diría parecían de ángeles. Y veía, en fin, alumnos que, aunque procuraban bautizarles con todos los eufemismos legales, no eran sino personas desequilibradas que todos rezaban para que se retrasara su próxima explosión de locura. Y eso sin contar todas las lesiones, peleas, problemas de disciplina y todo lo que un centro de secundaria hoy en día tenía que soportar. Y eso que él nunca había trabajado en uno de los verdaderamente conflictivos.

Por eso sabía que, aunque sus hijos parecían ahora sanos y razonablemente bien educados para su edad, dentro de unos años, pasarían la prueba de fuego de la adolescencia, durante la cual los padres deben resignarse a seguir la pista de sus hijos desde cierta distancia, como si fueran cabecillas que se ven a lo lejos en el horizonte.

Aurora cruzó el semáforo en dirección al centro comercial de La Vaguada, un trayecto que había hecho miles de veces. Le había recomendado a Sergio que dejara el coche en el aparcamiento del centro comercial dado lo difícil que era encontrar un sitio en el barrio. Y aún así sabía que él se iba a encontrar, en pleno sábado por la noche, todo el follón de coches de los que querían salir después de terminar sus compras junto con los que pretendían aparcar para irse a cenar o al cine. Así que lo más probable es que le tocara esperarle un rato.

Se sentó en uno de los acogedores bancos de piedra que César Manrique había diseñado, uno de los pocos elementos supervivientes del diseño original. Aurora había pasado allí muchas horas cuando paseaba con Miguel por las calles del barrio. Como no tenían siempre dinero para ir a tomar algo, las noches de mucho frío se refugiaban allí, en ese sector de La Vaguada que cerraba de madrugada y en el que podían sentarse un rato cómodamente. Sonrió al pensar que entonces ninguno de los amigos tenía piso propio, sólo alguno de ellos vivía de alquiler compartido, así que donde todos pasaban más tiempo era en la misma calle, yendo todo el día de acá para allá.

Mientras esperaba, pensó qué diferente era Miguel de Sergio. La verdad es que ningún momento Carmen había hablado de que Miguel pudiera también venir esa noche y lo cierto es que los sábados lo normal es que tuviera algún concierto, si no suyo de cualquier otro grupo. Como además no tenía móvil, localizarlo para una reunión improvisada era una tarea prácticamente imposible. Bueno, pensó sonriendo con cierta amargura, imposible, ya habían dado por imposible a Miguel en muchos aspectos. De

alguna forma todos habían evolucionado hacia vidas más o menos organizadas con casa propia, empleo estable y, en algunos casos, familia, pero él se mantenía en un tipo de vida alternativa que costaba decidir si era señal de que era una persona especial o, simplemente, inmadura.

Ahora vivía con una camarera que trabajaba en el bar donde solían tomar una caña antes de los conciertos. Aurora la recordaba de cuándo salía con Miguel. Apenas la conocía de vista y no le parecía mala chica, si bien sabía que el estilo de vida que tenía la pareja era el que se podían permitir con el bajo sueldo de ella junto con el dinero ocasional que Miguel obtenía por trabajos diversos, no siempre relacionados con la música.

Y, claro, en el otro lado de la balanza estaba Sergio, el tipo trajeado que trabaja de supervisor de una cadena de clínicas, el tipo de persona que todos ellos hubieran despreciado años atrás por una simple cuestión de clase e ideología, pero que ahora, con la tolerancia que trae la madurez, Aurora había permitido que entrara de lleno en su vida. Y no sin razón. Más allá de su estilo o de su profesión, lo cierto es que Sergio era un tipo estupendo. Nada creído, aunque era realmente atractivo, y con un gran saber estar. Y lo que era más importante, la forma en que la trataba a ella. Aurora nunca pensó que algunos pequeños detalles le iban a resultar tan gratificantes: que la recogiera a la salida del trabajo, que la llamara o le mandara mensajes con frecuencia para ver cómo estaba o que escuchara con tanta atención los problemas de su trabajo. La relación con Miguel siempre fue excesiva, tanto en sus altos como en sus bajos, y tras algunas historias poco trascendentes, Aurora había encontrado a alguien que le hacía especialmente grato el día a día. Y lo que era más importante, aunque le había expresado sus dudas a Carmen, Aurora empezaba a pensar que sí, que Sergio también iría al Cantábrico sin dudarlo a tirar sus cenizas al mar.

- ¿No es aquella Aurora? – le preguntó Gonzalo a Pablo señalándola.

- Sí, sí que es.

Se acercaron al lugar donde estaba sentada y, cuando estaban a pocos metros, Gonzalo le gritó.

- ¡Auri! ¡Despierta, mujer! –y, cuando ésta se despertó de su ensimismamiento, añadió riendo-. Joder, niña, parecías un monumento al muermo. ¿Qué haces aquí?

- Esperando a Sergio, que va a venir también a casa de Carmen. Debe estar metido en todo el jaleo del parking, porque veo que tarda. ¿Cómo estáis? –dijo levantándose para besar a ambos.

- ¿Qué tal, Aurora? –le saludó Pablo.

- ¿Qué tal, guapa? A lo mejor se ha asustado. Cena con amigos un sábado por la tarde. ¿Ya estáis viendo pisitos?

- No hagas caso a éste –le pidió Pablo-. Estupendo que se venga, ¿no?

- Pues sí, la verdad es que íbamos a ir a cenar, pero le he llamado para decírselo y le ha parecido bien.

- Claro que sí –intervino Gonzalo-, habrá puesto las florecillas que tenía preparadas en un jarrón y habrá abierto el armario para buscar ropa informal, porque es un chico de posibles, ¿no?

- Bueno, hijo, como todos –protestó Aurora algo molesta-. Sí que tiene que vestir bien por su trabajo, pero es un tipo de lo más normal.

- Jo, pues lo mismo desentona en la reunión.

- Hemos comprado las cervezas –viendo la bolsa era una afirmación obvia, pero Pablo pretendía cambiar de tema.

- Estupendo. Mira, ahí viene.

Sergio venía visiblemente apresurado.

- Perdona, Aurora. No sabes cómo estaba el aparcamiento –dijo al besarla.

- El pueblo llano siempre tiende al desorden –afirmó Gonzalo tendiéndole la mano-. Gonzalo.

Sergio la apretó con fuerza.

- Encantado –y se volvió a Pablo-. Hola, Pablo, ¿cómo estás?

- Bien, me alegro de verte –y volviéndose a Aurora, preguntó-. ¿Nos vamos, entonces?

- He quedado con Carmen que nosotros llevábamos el postre. Bueno –aclaró, sonriendo a Sergio-, que lo llevabas tú.

- Así da gusto, que me hagas quedar bien. ¿Qué podemos llevar? –se preguntó mirando alrededor.

- Algo cuyo sabor seamos capaces de apreciar, ya sabes –propuso Gonzalo.

- Es que Gonzalo –le aclaró Aurora viendo su cara de cara de extrañeza-, ya ha decidido que eres de una clase bien o algo así.

- Bueno –se encogió Sergio de hombros-. No me avergüenzo de la vida que llevo. Mis padres no es que tuvieran mucho dinero, pero me dieron una buena educación y, a partir de ahí, ¿qué quieres que te diga?, me lo he trabajado yo solito a base de mucho esfuerzo. Y sí, me gusta llevar un buen abrigo y tener un buen coche, pero...

- ¡Eh, eh, para, campeón! –le detuvo Gonzalo, con un gesto de la mano-. Que acabamos de conocernos. Deja algo para luego, que esto promete.

- Anda, Aurora –le propuso Pablo-. ¿Por qué no vais comprando eso vosotros? Mientras podemos subir a ver unos discos.

- Vale, me parece bien –dijo Aurora al ver la cara de pocos amigos de Sergio-, ahora subimos a buscaros.

Cuando Gonzalo y Pablo se alejaron, Sergio preguntó.

- Pero, ¿qué le pasa a ese tío?

- Nada, no le hagas caso, siempre es así. Es verdad que a veces te saca de tus casillas. Bueno –sonrió-, casi siempre, pero es muy buen tipo, de verdad. Tú, sobre todo, no le entres mucho al trapo.

- Vale, lo intentaré, aunque tampoco te prometo nada. Bueno, ¿y qué vamos a comprar? ¿Unos pastelitos?

- Hum, no sé –dudó Aurora-, mejor algo de chocolate. Mira, ahí venden bombones –y, sin hacer una pausa, añadió-. Tenía ganas de verte.

Sergio leyó en su mirada que era algo más que una frase hecha, así que respondió sonriendo:

- Gracias. Yo también. La verdad es que me apetecía cenar contigo con tranquilidad, que con la semana que llevo apenas hemos tenido tiempo ni de hablar. Pero, bueno, por otro lado me alegro de que me invites a casa de tus amigos.

- Bueno, ha sido improvisado. Tampoco lo interpretes...

- Tranquila –la frenó con un gesto-. No lo interpreto de ninguna forma. Pero, sea como sea, está bien. Me apetece.

Aurora le besó antes de responder.

- Eres un cielo –reconoció-. Y no te preocupes, que hoy tendremos ese ratito para nosotros. De hecho, no pienso perderte de vista en todo el fin de semana.

Sus padres habían conseguido que Jaime y Lucía se pusieran el pijama, si bien en sus caras se reflejaba cualquier cosa menos ganas de dormir.

- ¡Gonzalo, nos tienes que contar un cuento! –pidió Jaime.

- Vaya –protestó Aurora-, o sea que conmigo prefieres ver una película a que te cuente una historia, ¿no? No me parece nada bien, que lo sepas.

- No, si tus historias están muy bien... –se disculpó el chico, un tanto azorado-. A Lucía le gustan mucho, yo creo que porque son más como... de chicas, ¿no?

Todos rieron.

- ¡Bendita infancia y su sinceridad! –exclamó Gonzalo-. Di que sí, chaval, nuestras historias molan más –y, ante el gesto de protesta tanto de Aurora como de Carmen, añadió-. No os pongáis así, chicas, cada artista se especializa en un género y está claro, Auri, que el tuyo es más bien el rosa y a Jaime le gusta más el negro.

- Bueno, a ver qué le cuentas –protestó Emilio-, a ver si luego no va a dormir.

- Nada, no te preocupes –dijo Gonzalo-. Ven, anda, Jaime, que te la cuento pero ya cuando estés metido en la cama.

- A mí no me importa que me cuentes otro, Aurora –le pidió Lucía.

- ¡Cómo que no te importa! –protestó Aurora, levantándose-. Parece que me haces un favor.

- Nooo, ya me entiendes. A mí me gustan mucho tus cuentos.

- Pues venga, anda, vamos a tu habitación.

- Anda, dadles primero un beso a todos –les pidió Carmen.

Los dos chicos fueron despidiéndose de todos en una ceremonia a la que ya estaban acostumbrados casi desde que tenían uso de razón.

Cuando los chicos salieron Carmen se dirigió a Sergio y Pablo.

- ¿Otra cerveza, chicos?

- Muchas gracias –aceptó Pablo.
- Pues sí, muchas gracias – dijo también Sergio-. ¿Quieres que te ayude?
- Venga sí, anda, vete para la cocina.
- Ten cuidado, Sergio –le avisó Emilio cuando éste se levantaba-. Esa es la habitación de la confidencias y Carmen la jefa del departamento de información.
- Cállate, idiota –le riñó ella-. Y baja esa música, anda, que éstos se van a dormir.

Cuando Emilio bajó el volumen del equipo, le preguntó a Pablo:

- ¿Y Miguel? ¿Qué tal está?
- Bien –respondió Pablo, encogiéndose de hombros-. Estuve comiendo con él el martes y bien, como siempre. Sigue con esa chica, Amparo, y parece que bien.
- Llevan ya bastante tiempo, ¿no?
- Más de un año. De hecho, es la relación más larga que ha tenido desde que lo dejó con Aurora.
- ¿Y lo del disco? ¿Le salió al final?

Pablo negó con la cabeza.

- No, al final, no. Y es una pena, porque tiene buenas canciones. Y ya tenía a los músicos comprometidos. Aún no es que sean un grupo tal cual pero sí que llevan bastante tiempo ensayando. Y estaban dispuestos a grabar el disco y después irse de gira.
- Sí, una pena –admitió Emilio antes de dar un sorbo a su cerveza-. ¿Has ido algún concierto suyo últimamente?
- Sí, hace un par de semanas y, ya te digo, sonaban bien. Ya no es un sonido tan rockero, es un poco más reposado...
- Más maduro.
- Bueno, seguro que a Miguel esa definición le suena a música aburrida, pero es cierto que refleja más la edad que tiene. Hace unos años parecía un niño grande jugando a los rockeros y esto tiene más entidad, creo. Bueno, que te cuente Gonzalo –dijo, viendo que este volvía al salón.
- ¿Qué pasa?
- No, le explicaba a Emilio el estilo que tiene ahora Miguel, que es como más maduro...
- Pero no es aburrido –se apresuró a aclarar Gonzalo.

Sus amigos rieron.

- Sí, eso trataba de explicarle, precisamente eso.

Gonzalo se sentó y abrió otra lata de cerveza. Cuando estaba llenando la jarra, como si fuera un orador demasiado alegre, comenzó a explicarse.

- Lo que tiene ahora es bueno, realmente bueno. En España no lo hace mucha gente, lo podíamos llamar rock de autor. Como lo que hace Quique González o intenta hacer Bunbury y no termina de salirle bien. O Revolver. Hombre, Sergio –dijo cuando este también volvía de la cocina con más cervezas-, seguro que a ti te gusta Revolver.
- Pues sí –admitió Sergio.

- Lo que yo te diga -y volviéndose al resto, añadió-. Bueno, Fito con sus Fitipaldis sería otro ejemplo, aunque en una línea más rockera, de hecho se le notan sus orígenes musicales. Lo de Miguel es otra historia, buenas letras, buenas melodías y ni atruena ni amuerma.

- ¿Y entonces? –preguntó Pablo con sinceridad, como si necesitara una explicación.

- Tiene casi cuarenta años, sólo un disco publicado hace muchos años y encima en un estilo totalmente *rocker*. No sirve como producto. Es el típico estilo que necesita tiempo. Y Miguel ya no tiene tiempo.

- ¿Y entonces? –repitió ahora Emilio la pregunta.

Gonzalo se encogió de hombros.

- Yo le he dicho que mande a tomar por culo a las discográficas, que cuelgue los temas en Internet, que la gente se los baje gratis y se anime a ir a sus conciertos.

- ¿Y eso funciona? –se interesó Sergio.

Gonzalo se encogió de hombros.

- Depende. Para llenar cierto tipo de salas, sí, para que cuatro tipos vivan de eso, o un solo tipo, muy difícilmente. Aunque se han visto cosas más raras.

Todos quedaron callados, así que prosiguió.

- Y entonces. Y entonces os digo lo mismo que, como amigo le he dicho a Miguel. Majete, lo de vivir de la música se acabó para ti. Demasiado tarde. El tren del éxito se marchó y tú estás sacando el pañuelito desde el andén. Ahora puedes hacer dos cosas, tener unos hijitos para poder enseñarles las fotos de papa vestido de *rocker* cuando había gente que te reconocía por la calle, o buscar un trabajo como Dios manda y dedicarte tu tiempo libre a una música que, por otro lado, es de puta madre.

Volvió el silencio hasta que Pablo lo interrumpió.

- ¿Es así de crudo el asunto? –preguntó con verdadera preocupación.

- Sí, Pablo –y en sus palabras no había la ironía a la que les tenía acostumbrado-. Miguel es un grandísimo músico fracasado. Y ahora tiene que elegir si quiere vestirse de grandísimo o de fracasado. Y lo peor es que creo que a él le encanta el trajecillo de fracasado. Y Amparo se lo lava todos los días para que esté impoluto. La pobre trabaja un montón de horas en el bar y cuando vuelve se encuentra con un tipo que la mayoría de los días no ha dado un palo al agua y que se queja de lo injusto que es el mundo con su música. E insisto que su música está de puta madre. Pero la música no es la literatura, no explotas con cuarenta, lo haces con menos de treinta. Así que a trabajar en otra cosa. La música genial, pero como hobby.

- Qué sabio eres, Gonzalo.

Era la voz de Aurora que había permanecido en la puerta y en cuya presencia los demás, absortos en la conversación, ni siquiera habían reparado.

- Sabes que llevo razón, preciosa.

Aurora se sentó y, echando mano de su bolso, sacó un cigarrillo.

- Sin duda –añadió entonces-. Siempre has llevado razón. En lo que respecta a Miguel, siempre has llevado la maldita razón. Pero siempre llegas tarde en tu diagnóstico, Gonzalito. Vas de médico, o peor, de psicólogo, y realmente eres como el forense de

Miguel. Cuando la caga, tú tienes muy clarito por qué la ha cagado. Te falta –dijo después de dar una calada al cigarrillo- adivinar alguna vez cuándo va a caer al precipicio. Asomarse y decir que se ha dado una hostia lo podemos hacer todos.

- Bueno, bonita, alguna hostia se la dio por ti y no recuerdo verte muy asomada.

Aurora sonrió sin alegría

- No me jodas, Gonzalo. A mí no me cuentes esas historias, que me da la risa. A lo mejor otro se las cree, lo mismo hasta Miguel se cree alguna, porque tú las cuentas muy bien, pero a mí no me las cuentes.

- Bueno, chicos, ya está bien –interrumpió Pablo con una autoridad sorprendente para Sergio, que seguía atónito la conversación-. Vamos a dejar el tema, que ya está bien. Yo creo que está claro que aquí todos –y en ese momento no pudo evitar pensar en que no Sergio, claro- queremos lo mejor para Miguel, pero es absurdo discutir así cuando encima el protagonista no está.

- Si tuviéramos que esperar a que estuviera para hablar de él... -protestó Aurora.

Enseguida se arrepintió de ese comentario que parecía expresar claramente que le echaba de menos, lo cuál en parte era cierto, pero no era algo que quería que nadie pensara. Y menos Sergio. Así que añadió:

- Pero, bueno, ya es mayorcito, así que sabrá lo que hace.

En ese momento volvió Carmen de la cocina y se encontró un incómodo silencio que de nuevo se había apoderado del grupo.

- ¿Qué pasa, chicos?

Como en una especie de duelo de pistoleros en el que todos se vigilan, nadie miró a Carmen y mucho menos la respondieron. Así que la información vino de quien menos se podía esperar.

- Hablaban de Miguel –dijo Sergio lacónicamente.

Y a quien apuntaba su mirada era a Aurora.

Carmen dejó en la mesa los platos que traía y, sacudiendo la cabeza, dijo.

- Joder, el Miguelito, casi nunca aparece pero no se cómo se las arregla que siempre al final es el protagonista. Hala, vamos a comer.

Todos se pusieron a ello y con el movimiento de cubiertos el ambiente comenzó a relajarse.

Gonzalo fue el primero en mirar su reloj.

- Bueno, que son casi las dos. Creo que este señor se va a ir, que mañana tengo que madrugar.

- ¿Tienes a tu hijo mañana? –le preguntó Carmen.

- ¿Tienes un hijo? –le preguntó Sergio, francamente sorprendido.

- Pues sí. Aunque no sé si tener es la palabra. Desde luego, podemos decir que tuve la posibilidad de tener un hijo. Ahora nos vemos de vez en cuando, cuando el Plan Establecido dicta que es el momento. Él me enseña su carnet de hijo, yo le enseñé el de padre y, cuando todo está clarito, comienza la partida. Mañana, por ejemplo, iremos a Bilbao.
 - A la calle Fuencarral, ¿no? –aventuró Emilio-, nosotros, como cortan la calle, también vamos con los niños.
 - Este está ahora en fase monopatín. Y por los chavales con los que le veo hablar, cualquier día le veo con los pantalones esos caídos enseñando los gayumbos. Anda, que manda huevos, pasear al lado de un tío que va enseñando el culo...
 - No un tío, tu hijo –le corrigió Aurora-. Habla con él.
 - Hablo con él, preciosa. Le pregunto si quiere ir a McDonalds o a Burger King y, si la conversación se anima le pregunto “El cole, ¿bien?”. Y él se encoge hombros mientras muerde la puta hamburguesa. Y, si la cosa está chungueta, nos hacemos un cine. Joder, en Madrid un domingo puedes ir al cine a la hora que quieras. Y con eso conseguimos que pasen unas cuantas horas. Eso sí, viendo el peor cine americano que te puedas imaginar.
 - ¿Y por qué no renuncias a los días de visita?
 - ¿Y renunciar a esos grandes momentos? Espera por lo menos que acabe la saga de Spiderman. O a que se case el actor ese de American Pie. No me mires así –le pidió a Sergio-. Yo también tuve buenas intenciones una vez, que te digan estos. Pero luego la mujer con la que te casas te jode la vida y le mete tanto en la cabeza al chaval que eres un hijo de puta que hasta te da apuro desentonar. Y no te creas, yo quiero que al chico le vaya bien, de verdad, pero no estoy nada seguro que estar así conmigo, al menos de esta manera, le haga bien. No se si captas el matiz.
 - Perfectamente –respondió Sergio-. Creo que no eres tan mal padre como tú te crees
 - Claro que no, ya te he dicho que tengo un carnet. Es muy útil para la gente que no se lo cree. En fin, chicos –dijo levantándose-. Me voy, que con una asistente social, un abogado y un par de profesores en la sala, ya he contado demasiado. Por cierto, ¿a qué te dedicas tú? –le preguntó a Sergio.
 - Coordino una red de clínicas.
 - Vaya. Tampoco está mal.
 - Nosotros también nos vamos a ir –dijo Aurora mirando a Sergio, que asintió.
 - Sí. Y yo –admitió Pablo.
 - Vaya, he reventado la reunión –dijo Gonzalo.
 - Ya la habías dejado un poco maltrecha antes –le recordó Aurora.
- Gonzalo rió de buena gana.
- Ay, Aurora. Da gusto discutir contigo. No se encuentra gente de tu talla todos los días. ¿Me das tu bendición antes de salir? –dijo abriendo los brazos- No quería marcharme con la mancha del pecado.
 - Quedas absuelto –concedió Aurora dándole un abrazo-. Pero eres el tipo más reincidente que conozco, así que tengo poca fe en tu redención.

Vino Emilio con los abrigos de todos y comenzaron a despedirse. En mitad de los besos y apretones de manos, Carmen encontró un momento para decirle a Aurora.

- He estado hablando con tu chico. Es un cielo.

- Qué le habrás dicho –protestó sacudiendo la cabeza-. O peor, que le habrás estado preguntando.

- Nada, mujer. Lo normal en estos casos, ya sabes. Si disfrutáis mucho en la cama y si tú gritas mucho al final del acto.

- Calla, idiota –le dijo dándole un manotazo-. Que te van a oír. Que tienes un peligro...

En ese momento se acercó Sergio a despedirse de Carmen.

- Bueno, Carmen, gracias por todo.

- Nada, a ti por venir. Y ya sabes lo que hemos hablado.

- Vale –dijo Sergio, divertido ante la cara que ponía Aurora-. No se me olvidará.

- Qué te habrá contado ésta.

- Nada, cosas nuestras. ¿Verdad, Sergio?

- Sí, eso, cosas nuestras.

- Ya hablaremos tú y yo abajo. Hala, bonita –se despidió dándole un beso a Carmen.

Cuando ya estaban todos abajo, Pablo dijo.

- Bueno, yo tengo el coche aquí. Te llevo, ¿no, Gonzalo?

- Cómo renunciar a un derecho adquirido como ese. Bueno, niños, sed buenos y, lo dicho, no me hagáis mucho caso.

- Reconozco que no es fácil no hacértelo –admitió Sergio estrechándole la mano-. Me alegro de conocerte, de todas formas.

- Lo dices como un entomólogo que ha conocido un bicho nuevo, pero lo tomaré como un cumplido. Adiós, guapa.

- Adiós, bicho. Cuidadito con dónde vas dejando el veneno.

- Ahora se pondrá a roncar en el asiento y se le pasa la mala uva –protestó Pablo al despedirse de Aurora-. Adiós, Sergio, espero que no te hayamos asustado mucho.

- Nada, en absoluto. Bueno- admitió riendo-, un poco éste, pero sinceramente era más curiosidad que otra cosa.

- Bueno, vámonos –pidió Gonzalo-, que al final este bicho se va a poner colorado.

Cuando los otros se metieron en el coche, Aurora y Sergio comenzaron a caminar hasta la Vaguada.

- Bueno, ¿y qué te ha dicho Carmen?

Él soltó una carcajada.

- Vaya, no has esperado ni un momento. Nada, mujer, si tampoco ha dado tiempo a hablar mucho, le he ayudado un poco con la ensalada y me ha dicho que qué bien me manejaba en la cocina. Yo le he dicho que llevo años viviendo solo y que sí, que me manejaba bien. Y ella me ha dicho que qué bien, que lo que es tú te manejabas bastante poco.

- ¡Qué capulla!

- Bueno, hija, tampoco es ningún secreto que no eres ninguna chef –y al ver cómo Aurora abría unos ojos como platos, añadió-. Venga, mujer, reconoce que se me da mejor a mí que a ti.

- Sí, pero no me gusta que mi novio y una de mis amigas anden hablando de eso.

Aunque ella misma, recordando la falsa conversación que le había relatado Carmen, pensó que desde luego no era lo peor de lo que podían haber hablado.

Sergio, mientras, al verla pensativa, ya no continuó la conversación. Simplemente cogió su mano, que Aurora apretó mirándola sonriente, pero sin abandonar sus pensamientos. Y él pensó cuánto le faltaba por conocer de aquella mujer. Las conversaciones que habían tenido allí arriba le habían dejado un poco perplejo, incluso se había sentido algo amenazado. La de Miguel era una sombra de la cual él conocía su existencia, pero que cada vez le parecía más alargada. Además, esa dureza con la que había discutido con Gonzalo y la intensidad con la que se reconciliaban le parecían síntomas de que la que tuvo con Miguel fue una relación de tal profundidad que él no sabía si alguna vez llegaría a alcanzarla con ella. Es verdad que no tenía sentido poner en una balanza los pocos meses que llevaba con Aurora con los más de veinte años que hacía que ella conocía a sus amigos, pero sí que le gustaría poder conocer el alcance de la huella que Miguel había dejado en su vida. Sea como fuere, Sergio tenía claro que, en lo que a él respectaba, iba a poner toda la carne en el asador de la relación.

- ¡Mierda! –interrumpió Aurora sus pensamientos-. ¿Qué hora es?

- Las dos menos cinco, ¿por qué?

- ¡La Vaguada, el parking! ¡Que lo cierran a las dos!

- ¡Qué dices!

- ¡Venga, sí, corre!-y ella comenzó a hacerlo.

Él la siguió a toda prisa mientras le gritaba.

- ¡Pero cómo no me lo has dicho antes!

- ¡Yo qué sé! ¡Nunca lo dejo aquí! ¡Cuidado! –dijo al dejar pasar un coche-. ¡Que todavía nos pillan! ¡Venga, que te quedas atrás! –le azuzó, riendo.

- ¡Joder, que me van a cobrar mañana un pastón! ¡Eso, si no se lo lleva la grúa!

- ¡Corre, corre!

Cuando cruzaban el último paso, Sergio pudo ver cómo en el reloj de la parada del autobús, marcaba las dos y uno, así que dio las últimas zancadas ya sin fe de encontrarlo abierto.

- ¡Mierda, llegamos tarde! –dijo sacudiendo la verja de entrada-, ¿lo ves? –dijo, dando una palmada en el pecho de Sergio-, tenías que haber corrido más.

Todavía respiraba profundamente, casi sin resuello y, al verla, Sergio, pensó lo poco que le importaba pagar mañana los veintitantos euros que le podrían cobrar. Pensó más bien en el desayuno que seguro compartirían allí mismo mañana por la mañana. Así que, como única respuesta, la abrazó y la besó con fuerza, mientras el vigilante jurado que acababa de cerrar la verja los miraba entre cómplice y divertido.

Pablo pulsó el mando para cerrar el coche y miró el reloj. Las tres. Vivía cerca de la casa de Carmen y Emilio, pero sólo llevar a Gonzalo hasta pleno centro de Madrid y volver le había supuesto casi una hora, contando que habían estado hablando un rato dentro del coche antes de despedirse.

Era curioso, le costaba ya renunciar al coche durante el fin de semana y, sobre todo, pensó sonriendo, aún le costaba más a Gonzalo. Desde que su amigo se había separado, se habían convertido en una especie de pareja de hecho, ya que además Miguel, que sería la tercera pata de ese defectuoso banco, se dejaba ver poco y no sólo por el hecho de vivir con su nueva pareja.

De alguna manera, Pablo ya había construido su vida actual sobre la certeza de que, con bastante probabilidad, transcurriría en solitario. Había tenido relaciones más o menos largas, sin que ninguna hubiera fructificado y, aunque, por supuesto, no cerraba la puerta a una nueva relación, sabía que esas puertas en su mayoría estaban cerradas. Como dice el tópico, sobre todo referido a los hombres, el que a estas edades está soltero es por algo y, aunque cualquiera de sus amigos protestaría ante semejante planteamiento, Pablo callaba en el convencimiento de que la realidad así lo confirmaba.

Así que, de alguna manera, había procurado que su vida cotidiana resultara lo más agradable posible. Para un hombre de sus ideas, claramente de izquierdas, asumir la necesidad de ciertas comodidades había supuesto un ejercicio lento pero trabajoso, pero se había impuesto la necesidad de disfrutar de ciertos estímulos a falta de otros. Tampoco eran tantos: un coche que tenía poca potencia, un equipo de música que tenía mucha y la suscripción a una televisión digital que le permitía ver cine de calidad o partidos de fútbol a la carta.

“Bueno -se dijo cuando estaba a pocos metros de su portal-, y una casa en esta zona”, no lejos del barrio en el que todos habían crecido pero en edificios de reciente construcción. Un piso que compró antes del boom inmobiliario por lo que, además de haberse revalorizado varios cientos por cien, lo había podido pagar en relativamente pocos años.

Era cierto que, con ese estilo de vida, cuando se sentaba en su despacho a recibir a sus usuarios, sobre todo inmigrantes sin papeles o con permiso de trabajo en condiciones precarias, lógicamente lo hacía en diferentes condiciones, como si les escuchara cómodamente instalado en un invisible pero carísimo sillón, desde el cuál todo se relativizaba. Y él sabía que era un buen abogado, uno de los mejores en ese campo, pero no había podido evitar un cierto automatismo en la atención que algunos llamarían eficacia, pero él reconocía como distancia.

Cuando abrió la cerradura de su casa, sintió el alivio de llegar a casa. Las cuatro paredes, que a veces parecían caérsele encima, resultaban acogedoras cuando volvía de estar con otras personas, como si en ese momento pudiera seguir paladeando su compañía aunque ahora fuera en solitario. Miró el teléfono, y comprobó cómo el pilotito rojo, otras veces obstinadamente estático, parpadeaba de forma insistente. Miró su móvil de forma casi automática, esperando ver en la pantalla un reflejo de tanta actividad, pero no había ninguna.

Qué querrá quién sea con tanta insistencia, pensó no sin cierto fastidio.

Carmen miró el reloj antes de meterse en la cama.

- Dios mío, las tres. Vaya horas. Espero que estos madruguen poco mañana.

- No cuentes con ello –le respondió Emilio-. Pero, bueno –añadió encogiéndose de hombros-, merece la pena.

- ¿Sí, verdad? Aunque, bueno, mañana estaremos hechos polvo... -se quedó pensativa un instante antes de añadir-. ¿Qué te ha parecido Sergio?

- Hombre, bien –dudó Emilio-. Me parece un buen tipo. La verdad es que de vez en cuando le miraba y había veces que le veía alucinado. Y no era para menos, porque desde luego –añadió riendo-, hoy Gonzalo estaba en forma.

- No sé, a mí no me creas que me hace tanta gracia, porque ya se ha convertido en una costumbre, es como tener de amigo a una especie de personaje, no se si me entiendes. Es como si no pudieras tener con él una mínima conversación sin que tenga que sacar su brillante ironía. Y eso cansa bastante.

- Sí, es cierto. Aunque yo reconozco que me lo paso bien escuchándole.

- Hombre ya, pero si te paras a pensarlo un poco es preocupante. Yo creo que detrás de esa fachada de seguridad hay cada vez problemas.

- Bueno –relativizó Emilio-, es que a las mujeres os encanta eso de hurgar en el fondo. Y si encima conseguís ser la primera que llega a ese fondo, anda que no os gusta colgaros la medalla.

- Pero qué medalla ni que niño muerto –protestó Carmen incorporándose-. Gonzalo está hecho polvo y todos esos discursos no son más que una fachada, ya te lo digo yo.

- Lo que tú digas –aceptó Emilio metiéndose en la cama-. Yo a estas horas tengo poco ánimo de discutir. Aunque, qué quieres que te diga, si veo a alguien mal es a Pablo.

- ¿Pablo? No tienes ni idea. Pablo es mucho más estable que tú y que yo, Emilio.

- Bueno, pero eso no significa que esté bien, que esté contento con la vida que lleva.

- No sé, chico –dijo tumbándose de nuevo en la cama-, yo también estoy muy cansada. ¿Y Miguel? –preguntó entre bostezos-. El otro día pensé en qué poquitas veces lo hemos visto desde que tenemos hijos. Nos pasamos la puta vida hablando de él, llamándole, pero luego lo vemos de higos a brevas.

Emilio se encogió de hombros.

- Qué quieres. Él vive en un mundo y nosotros en otro. Y te recuerdo que los que hemos cambiado de mundo somos nosotros, él se ha mantenido en su mundo.

- Nos ha jodido, pero con casi cuarenta años ya es hora de irse dando cuenta de que ni tienes veinte ni puedes hacer las mismas que cuando tenías veinte.

- ¿Y por qué no? Es una opción tan válida como la nuestra, sobre todos si no tienes hijos ni una casa que pagar. Lo único, su novia, y si a ella no le parece mal, pues ya es problema de él, no nuestro.

- Por supuesto que no es problema nuestro, hijo mío, simplemente estamos comentando. Pero me reconocerás que es más normal lo nuestro...

- Sí, pero eso no significa que sea lo mejor para todos. Y, ahora ya en serio, yo creo que Miguel necesita esa libertad, esa falta de estabilidad para sentirse bien.

- Bueno, ya lo veremos cuando tenga cincuenta o sesenta años, probablemente sin familia, sin una casa propia y veremos si con pareja.
- Ahí no se qué decirte, no soy capaz de pensar tan a largo plazo. Además, tú lo conoces más, es más amigo tuyo.
- Ya no se ni lo qué es. Bueno, vamos a dormir.
- Hombre –propuso Emilio sonriendo-, podríamos aprovechar para achucharnos un poquito. Total, dormir ya vamos a dormir poco...
- Joder, ¿sí? ¿A estas horas?
- ¿Por qué no? La verdad es que entre el puntito y la hora que es, yo estoy bastante animado –dijo acercándose a Carmen.
- ¡Tranquilo, fiero! –le frenó Carmen riéndose-. Bueno, pues por qué no, algo se podrá hacer –dijo rodeándole con los brazos.

En ese momento comenzó a sonar el teléfono.

- ¡Vaya, qué oportuno! –protestó Emilio-, seguro que es alguno de estos que se le ha olvidado cualquier chorrada. Déjalo, que ya nos llamen mañana.
- Espera –dijo Carmen incorporándose-. Que a estas horas podría ser algo importante.
- Ya, sí, seguro.

-Diga

- ¿Carmen?

Aunque, lejana, Carmen creyó reconocer la voz.

- ¿Pablo?

- Sí –y torpemente añadió-. Perdona...

- ¿Pasa algo?

- Sí. Miguel –e hizo una pausa que pareció eterna antes de culminar diciendo-. Ha muerto Miguel.

SEGUNDA PARTE

Sergio la veía ahí, colgada del teléfono y sentía como si algo se hubiera roto en pedazos. Recordó el paseo que habían realizado juntos sólo unas pocas horas antes que, eso sí, la noticia parecía haber alargado, y cómo habían decidido ir caminando hasta la casa de Aurora en Cuatro Caminos. Con el frío que hacía y la hora que se había hecho, hubiera parecido una locura, pero ellos lo vivieron como el mejor de los planes posibles.

Aurora había realizado ese trayecto un montón de veces, por lo que tenía una especie de ruta establecida que, cuando la recorrieron, resultó una fuente de innumerables recuerdos que Sergio escuchaba con atención, sabedor de que había sobrepasado una especie de puerta que conducía a esa parte de su vida que ella antes había guardado más celosamente.

Pero llegaron a la casa y Aurora miró el móvil por primera vez en varias horas. Descubrió llamadas perdidas de Pablo y Carmen y, al principio pensó que tenían que ver con el coche de Sergio y la hora del parking. Pero cuando escuchó los mensajes en el fijo y, sobre todo, la voz de Carmen, firme pero grave, diciendo. “Hola, soy yo, Carmen, llámame cuando llegues, Auri. No importa la hora. Venga, un beso. Adiós”, supo que algo había pasado.

Sergio recordaba cómo llamó a Carmen y, al escuchar sus palabras, primero se quedó quieta unos instantes y enseguida, con el teléfono contra el pecho, comenzó a llorar muy quedamente. Carmen debió requerirla con fuerza porque, a pesar de no tener el auricular en el oído, le respondió:

- Sí, tranquila. Estoy bien. Sí, está aquí conmigo, no te preocupes. Pero, ¿cómo ha sido? Ya, entiendo –y entonces le miró a él, y alargó la mano para que él la cogiera-. ¿Con quién has hablado? ¿Quieres que...? Vale, sí te lo agradezco.

Colgó el teléfono y su mirada se perdió en la lejanía hasta que la voz de Sergio interrumpió sus pensamientos:

- ¿Qué ha pasado, Aurora?

- Miguel, se ha matado Miguel.

- Dios mío, quieres decir que...

- Bueno, no sé, ha sido con el coche, Carmen no sabía si era un accidente, pero... -dudó sacudiendo la cabeza.

- Siéntate, Aurora.

Ella obedeció y, apoyando su cabeza en el hombro de Sergio, permaneció un buen rato en silencio, con la mirada totalmente perdida y negando con la cabeza. En un momento echó mano casi inconscientemente de un cajón y sacó una cajetilla de tabaco.

- No lo entiendo, no lo entiendo –dijo tras encender el cigarrillo.

Sergio no sabía muy bien qué decir hasta que finalmente verbalizó la idea que ninguno de los dos había querido decir antes.

- ¿Quieres decir que tal vez no sea un accidente?

Ella se encogió de hombros, pero Sergio pudo ver cómo su expresión se crispaba aún más.

- Yo que sé, Sergio –y tras una pausa, añadió-. Pero hay algo, no sé, algo que no me encaja.

- ¿Cuándo ha sido?

- Hace unas horas, por lo visto. Lo llevan al tanatorio mañana. No puede ser, no, no puede ser.

Se levantó y permaneció junto a la terraza, mirando a la calle como en busca de una explicación. Sergio sintió que era mejor dejarla tranquila un instante, cuando de nuevo el teléfono volvió a sonar. Aurora descolgó enseguida.

- Susana –y se echó a llorar nada más pronunciar el nombre de su amiga. Sergio se levantó para abrazarla pero ella le hizo un gesto como para asegurarle que se encontraba bien-. Bien, bien, estoy aquí con Sergio. No lo sé, no lo sé. No sé nada más.

Fue en ese momento cuando Sergio supo que, de alguna forma, la había perdido. Pensó cómo cambian las cosas en un instante. Iban a ir a desayunar a la Vaguada, después de pasar la noche juntos, a recoger el coche y ahora todo eso no era más que un pequeño problema cotidiano que había que resolver. Porque Sergio se encontró con que no tenía coche para volver a casa, no tenía ropa decente con la que ir al tanatorio. Estaba totalmente condicionado y en un egoísmo que a él mismo le resultaba reprochable, esa situación le incomodaba. Y eso que sabía que eran problemas insignificantes comparados con una muerte o, sin ir más lejos, con su propia incapacidad para saber cómo tratar a aquella mujer, que hacía unas horas sentía tan cercana y ahora sufría intensamente en un lugar al que él no era capaz de acceder.

Asun daba vueltas a la habitación.

- Joder, estoy que no sé ni lo que hago. ¿Habría qué decírselo a estos?

Paco, que estaba sentado pensativo en el sofá, asintió sin desviar la mirada.

- Creo que sí, ya son mayores.

Asun les llamó a la habitación.

- ¡Paula, Quique!

- ¡Espera, que acabo la partida! –se oyó la voz de Quique.

Su padre se levantó y se acercó hasta su habitación.

- Es importante, Quique.

El chico, al ver la cara de su padre, comprendió que la cosa iba en serio. Siguió a su padre hasta el salón y allí se encontró a su madre, visiblemente nerviosa, y a su hermana con la misma cara de circunstancias de quién sabe que algo está pasando.

- Sentaos –les pidió su padre y, cuando lo hicieron, prosiguió-. ¿Os acordáis de Miguel, verdad, nuestro amigo Miguel?

Ellos asistieron con cierta aprensión.

- Bueno..., veréis, ha tenido un accidente de coche. Esta noche. Ha sido un accidente grave.

- ¡¿Ha muerto?! –le interrumpió Paula.

Su padre asintió.

- Qué fuerte –dijo Quique.

- Sí, es muy fuerte –concedió Paco-. Hoy iremos al tanatorio y, bueno –dudó mirando a su mujer-, tal vez les ofrezcamos a los amigos que coman aquí, ya que vivimos tan cerca. En fin, que va a ser un día muy difícil así que os pedimos que nos ayudéis todo lo posible.

- Yo quiero ir al tanatorio, papá –dijo Paula con una calma decidida que impresionó a su padre-. Quiero ver a Miguel.

- Eres muy pequeña, Paula –protestó su madre.

- ¡No soy tan pequeña, mamá!

- ¿Ves?, a eso me refiero, Paula. A que tenéis que colaborar. En principio, ya has oído a tu madre, el tanatorio no es un sitio pensado para que vaya gente tan joven, pero sea como sea, ahora no es el momento de discutir eso. Tu madre y yo estamos muy hundidos y lo que menos tenemos ganar es de discutir.

- ¿Y cómo ha sido? –preguntó Quique, aparentemente con más curiosidad que interés.

- En la carretera de la Coruña, pero no sabemos más.

- Ni falta que hace –añadió Asun.

- Efectivamente, ni falta que hace. Anda, iros a vuestra habitación a estar un rato tranquilos.

Los dos obedecieron. Paula parecía con intención de decir algo más, pero debió entender que no era el mejor momento.

Cuando ya estuvieron solos, Paco le preguntó a Asun:

- ¿De verdad crees que no debe ir?

- Joder, Paco, que tiene once años y hablamos de un tío que se ha muerto en accidente de coche con treinta y pico tacos. Claro que creo que no debe ir.

- Bueno –aceptó Paco y, tras unos instantes pensativo, añadió-. Podemos decirle que puede ir al funeral.

- Vale, eso no me parece mal.

Paco se levantó y, acariciando su espalda, le preguntó.

- ¿Cómo estás?

- No lo sé –admitió Asun sacudiendo la cabeza-. No me lo termino de creer, aunque siento una angustia tremenda aquí –dijo poniendo su mano en el estómago-. Todo esto es muy fuerte, Paco. Y no dejo de pensar cómo habrá sido. Joder, que es la A-6, que para matarse allí tenía que ir a toda leche.

- No lo sé. Aunque, no te creas, allí la gente va muy rápido y cualquier despiste... Tampoco sabemos cómo ha sido, tal vez ni siquiera ha sido culpa suya.

- Joder, como haya sido algún hijo de puta que fuera pedo y encima haya sobrevivido, te lo juro que me lo cargo.

- Bueno, Asun – dijo Paco encogiéndose de hombros-, tampoco Miguel era un tipo prudente que digamos.

- ¿Qué insinúas?

- Nada, hija, qué voy a insinuar. Que, antes de saber más, cualquier explicación que me den me la creo.

- Joder, Paco, que tenía pareja. Y estaba muy volcado en todo el rollo de la música.
- Ya –concedió él-. Bueno, si te parece voy a ir a comprar, por si luego se vienen estos. Asun se sentó resoplando.
- Es cierto. ¿Y qué compramos?
- Hombre, no creo que hoy nadie se ponga muy exquisito con el menú. Además, tampoco tenemos mucho tiempo para ponernos a preparar. Porque donde tenemos que estar es allí.
- Bueno, puedo hacer unas tortillas de patatas antes de irme.
- Vale, eso está bien. Y ponemos antes una ensalada.
- No, algo que entone un poco, que nos hará falta a todos. Puedo hacer unas lentejas. Sí, lentejas tenemos. Pues tráete una docena de huevos y una bolsa de patatas. Y pan, por lo menos tres barras.
- Bueno, si al final a lo mejor ni vienen, pero vale.
- Voy a llamar a Carmen, por si no tiene con quién dejar a los niños, que los traiga, que así todos juntos se entretienen y ya nos vamos turnando en estar allí, que estamos al lado.
- Bueno, o se lo decimos a tus padres.
- También –y se quedó un rato pensativa antes de añadir-. Bueno, tú vete, que ya me encargo yo de llamar. Oye, ¿por qué no te llevas a Paula?
- Está bien, voy a decírselo.

Mientras se vestía, Paco, aun sabiendo que no era el momento de disquisiciones, pensó en Miguel y en lo que le había respondido a Asun. Sí. Miguel tenía pareja, pero él, que había sido más amigo suyo hacía años, sabía que *su pareja* fue Aurora y que todo lo que había venido después lo había causado el deseo de no estar solo. Y en cuanto a su música, Paco, que lo conocía, sabía que lo que le daba la vida no era tanto la música en sí, sino la desordenada vida de artista. Lo de pertenecer a un grupo y todo esa parafernalia lo que le permitía, en su opinión, era una perfecta excusa para no tener que enfrentarse de verdad a la vida.

Y, quién sabe, tal vez no había podido aplazar más ese enfrentamiento.

Gonzalo vivía en Ópera, a pocos metros del ayuntamiento, así que el trayecto que, unas pocas horas después, tuvo que repetir Pablo para ir a buscarlo, de no ser por el motivo, hubiera sido muy agradable. Máxime cuando, aun estando en pleno enero, era uno de esos luminosos días de invierno en Madrid en el que, a pesar del frío, el sol parece empujarte a salir a la calle.

Salió un momento del coche para llamar a Gonzalo por el portero automático. Como en muchas calles del centro de Madrid, en aquella no se podía aparcar ni siquiera en doble fila, por lo que pararse suponía literalmente cortar el tráfico de la calle. Pero Pablo no se preocupó, a sabiendas de que no era probable que, a tan temprana hora de un domingo, algún otro coche se metiera por aquel recoveco.

En cualquier caso, Gonzalo tardó poco. Cuando entró en el coche, le dio a Pablo un cariñoso palmetazo en el pecho a modo de saludo, dijo “Vamos” y se puso el cinturón. Pablo pensó que, al verlos, más que a un velatorio, alguien pensaría, al contemplar el rostro serio pero decidido de Gonzalo, que habían quedado para pegarse con alguien. Pero no dijo nada. Sentía que no era el momento de decir nada.

Prefirió no coger la M-30. Probablemente hubieran tardado menos pero le apetecía circular por las calles semidesiertas de la ciudad, además de que, tras el accidente de Miguel, la velocidad, por pequeña que fuera, le producía una cierta aprensión. Así que salió por la calle en dirección a Bailén. Comprobó que los turistas más madrugadores ya hacían cola frente al Palacio Real y ese signo de vida le sorprendió, como si no tuviera sentido que el mundo siguiera con su ritmo habitual tras lo que había sucedido.

Cuando circulaban cerca del Bilbao, se acordó de que precisamente allí Gonzalo iba a pasar la mañana con su hijo, así que no pudo por menos que preguntar:

- ¿Y tu hijo?

- Con su madre –respondió él sin apartar la vista del frente-. No creas que ha sido tan fácil que la señora entendiera que no podía quedarme con su hijo.

- ¿Vendrá luego?

En ese momento sí que Gonzalo le miró un momento, con extrañeza, aunque enseguida volvió a girar la cabeza.

- No, claro que no. Pasó página, ya sabes.

Pablo pensó en Esther, la mujer de Gonzalo y su propio recuerdo en el que los dos aparecían muy bien juntos le resultaba extraño. Parecía increíble que aquella pasión trajera un odio como el que ahora ella parecía sentir por su ex-marido, pero, por otro lado, pensó que el tópico probablemente se acentuaba en el caso de Gonzalo, siempre tan tendente al exceso.

Prosiguieron en silencio casi todo el recorrido. Pablo conocía bien el camino, no sólo por las veces que había tenido que ir al tanatorio, sino porque era el barrio donde vivían Paco y Asun. Sabía que era un barrio en el que era casi imposible aparcar entre semana, si bien confiaba en que un domingo tan temprano sería más fácil.

Como así fue. Encontró un sitio en cuanto se alejó un par de manzanas de la calle del tanatorio, donde los improvisados aparcacoches (otros que madrugan, pensó) no ejercían su control. Cuando paró el motor, se sorprendió de que Gonzalo le preguntara.

- ¿Cómo estás tú, Pablito?

El abogado respiró hondo antes de responder.

- Jodido –reconoció-. Y no haber dormido no ayuda, aunque no sé qué puede ayudar en algo así. No sé, jodido, no podía pensar en algo así...

Pensó que era una explicación torpe, que en absoluto reflejaba la dureza de lo que sentía en ese momento, si bien Gonzalo asintió.

- Qué imbécil –añadió Gonzalo, ahora sacudiendo la cabeza-. No entiendo cómo ese hijo de puta ha podido ser tan imbécil. Sólo tenía que hacer una llamada, joder. Una puta llamada. A ti, a mí, a quién coño quisiera, pero esto, joder...

- A lo mejor ha sido un accidente.

Gonzalo arqueó las cejas con escepticismo.

- Quién sabe, chico, qué quieres que te diga... -y salió del coche.

Pablo le vio esperando fuera, sacudiendo la cabeza lentamente, mientras él colocaba el cepo del coche y pensó en lo diferente que podía ser la reacción de cada persona ante un hecho así. A él mismo le costaba levantarse de su asiento para enfrentarse a un cuadro que suponía trágico, mientras que su amigo estaba ahí, plantado, como el policía al que han matado a un compañero y no hay nada en el mundo que desea más que toparse con aquellos que lo han hecho.

- Venga, Emilio –apresuró Carmen a su marido cuando salieron del coche.

- Tranquila, mujer, que seguro que seremos de los primeros –la tranquilizó él.

- Eso espero.

Carmen quería llegar pronto porque quería hacer de tope ante posibles conflictos entre sus propios amigos. Por supuesto estaban sus propios sentimientos, entre los que sobresalía la perplejidad y, por supuesto, el dolor. No puedes hablar de alguien, acordarte de él y que, a las pocas horas, mejor dicho, en ese mismo momento, esa persona haya muerto. No puede ocurrir así y que no te produzca dolor. Además, por supuesto, de todos los años vividos junto a Miguel, de la cantidad de primeras experiencias que todos habían compartido con él. Pero en ese momento lo que obsesionaba a Carmen era que el amigo al que echaban de menos la noche anterior ahora estaba muerto.

Preguntaron por su nombre en la recepción del tanatorio y se dirigieron a la sala correspondiente, en uno de los laterales del edificio. En el tanatorio es fácil comprobar el impacto de cada muerte por la gente que se encuentra alrededor de cada sala. En el caso de la que le correspondía a Miguel ya había bastante gente, considerando que le habían llevado hacía poco. Entre los rostros enseguida distinguió los de varios de sus amigos. Se abrazaron pero brevemente, porque Carmen entró enseguida con la prisa más de quién va a interesarse por un enfermo que a despedir a un muerto.

Nada más entrar, enseguida distinguió a los padres de Miguel. La madre, nada más verla, se echó a llorar.

- Inés –la abrazó Carmen-, cuántísimo lo siento.

La pobre mujer mantuvo con fuerza el abrazo unos instantes hasta que, separándose, exclamó:

- Carmen, hija. ¿Cómo es posible que haya pasado? ¿Tú lo entiendes?

- No, Inés –admitió Carmen, a la que ya se le saltaban las lágrimas-, no puedo entenderlo. Te acuerdas de Emilio, mi marido, ¿verdad?

- Lo siento –dijo él, besándola

- Claro, hijo, gracias.

El padre permanecía un par de metros alejado de la escena. Ambos le saludaron y el agradeció con el gesto del que ya ha dicho tantas palabras similares que le cuesta pronunciarlas de nuevo.

- Está ahí Amparo –le avisó Inés a Carmen-, no se si os conocéis.

- Sí, gracias, voy a saludarla.

Carmen recordó uno de sus propios cumpleaños, cuando Miguel vino acompañado por Amparo por primera vez, y no olvidaba su pretendida satisfacción, sin duda más pendiente de las reacciones de Aurora que de que su pareja se encontrara a gusto. Lo cierto es que Amparo, a pesar de los esfuerzos de los anfitriones, estuvo totalmente desubicada durante toda la noche, superada por una situación demasiado complicada para alguien que conoce a un grupo de personas por primera vez. Ahora la veía allí, más delgada de lo que ella la recordaba, acompañada por las que debían ser sus amigas o hermanas, formando con ellas físicamente su propio núcleo independiente de la familia de Miguel, como dos inquilinos obligados a convivir en la misma habitación.

- Hola, Amparo –la saludó Carmen-. ¿Cómo estás?

Amparo se abrazó a ella ante la propia sorpresa de Carmen, que nunca había tenido con ella mucho más que gestos de cortesía, aunque tal vez eso había sido suficiente. Cuando se separó de Carmen, asintió como toda respuesta y enseguida volvió al refugio del grupo que la acompañaba.

Fue entonces cuando entró Aurora. Además de Sergio, también Pablo y Guillermo habían aprovechado para volver a entrar con ella, con lo que a Carmen le parecieron algo así como caballeros que acompañaban a la pretendiente de un trono cuyo rey había muerto.

Aurora miró a Carmen un instante pero ya los padres de Miguel se habían adelantado a recibirla. Inés se abrazó a Aurora durante un tiempo que pareció eterno, tras el cuál la mujer rompió de nuevo en lágrimas. Así que cuando Aurora saludó al padre, Carmen pudo distinguir sus lágrimas a pesar de las gafas oscuras.

Cuando se acercó a ella, pudo escuchar como el padre de Miguel sacudiendo la cabeza y con su mano aún en el cuello de Aurora, repetía como una letanía.

-Mi niña, ¿cómo ha sido esto posible, mi niña? ¿Cómo ha sido posible?

Aurora cogió sus dos manos y las apretó con fuerza. Fue cuando Carmen se acercó y la abrazó.

- Carmen –le susurró-, no puedo verle, no puedo.

- No te preocupes, niña, no te preocupes –la tranquilizó, emocionada ante una fragilidad, la de Aurora, mucho mayor de la que esperaba. Se separó un instante y presentó ella misma a Sergio a los padres de Miguel, sin dar más detalles que ya no parecían necesarios.

Lógicamente todas las miradas se centraron entonces en Amparo, en el encuentro de Aurora y Amparo, pero, para sorpresa de la propia Carmen, Aurora se fundió en otro fuerte abrazo con la última novia de Miguel, que, pareció al principio sorprendida pero enseguida reconfortada. Ambas se dijeron cosas entre sollozos, hasta que se separaron un poco y Amparo preguntó.

- ¿Quieres verlo?

Aurora negó con la cabeza.

- Está guapo –concedió Amparo con una sonrisa-. No te preocupes, que está bien. Lo han afeitado, eso sí, creo que ha sido idea de su madre, pero está guapo el condenado.

Aurora se dejó llevar hasta allí por Amparo aunque enseguida le ofreció a Carmen su otra mano libre. Así que allí se plantaron las tres, Amparo con la serenidad de quién ya

ha superado la primera impresión y simplemente apura esos últimos ratos de despedida; y Aurora y Carmen con la intensa emoción de ver aquel rostro falsamente tranquilo, que desprovisto de la barba y la ropa que él siempre quiso llevar, Carmen pensó que qué momento más extraño, el de su propia muerte, había elegido Miguel para asumir una normalidad de la que siempre quiso estar tan alejado.

Susana miró sus dedos, que de forma inconsciente se llevaba constantemente a la boca. Y es que sentía unos enormes deseos de fumar. Demasiados sobresaltos, pensó. Primero comprobar que, como había sospechado los últimos días, estaba embarazada. Después los nervios de contárselo a Andrés y, justo cuando iba a hacerlo, la terrible noticia.

Cuando se enteró, lo cierto es que más que en el pobre Miguel, pensó en Aurora. A pesar de lo diferentes que eran las dos y de que sus vidas se habían desarrollado por caminos casi contrarios, mantenía con Aurora la sana costumbre de verse y compartir confidencias. De alguna forma, sonrió al pensarlo, era como si una parte de ellas, quizá la más adolescente, la hubieran mantenido intacta a lo largo de más de veinte años. El caso es que ella sabía tal vez mejor que nadie lo que fue Miguel para Aurora cuando eran pareja y lo difícil que le resultó a ella dejarle. Y por eso sabía que con Miguel, acababa de morir una parte de la propia Aurora.

- ¿Estás bien? –le preguntó Patricia.

Susana asintió con una leve sonrisa. Un rato antes, mientras elegía la ropa para venir, pensó en los cambios que se le avecinaban. Solamente un compromiso como este, que requiere una ropa especial, sería un problema unos meses después, pues sabía por sus amigas lo difícil que era encontrar una ropa de pre-mamá adecuada para las diferentes situaciones que podían surgir. Y eso que ella era una experta en la materia. Bueno, y eso en cuanto a ella, pero ¿y la futura criatura? Había que preparar la habitación, cuando comprobaran que todo iba bien, claro. Pintarla, desde luego, y elegir bien la cuna y los muebles. Y comprar su ropa y todo lo necesario. En fin, pensó, todo cambios.

- ¿Quieres que subamos la calefacción? –le preguntó Patricia a continuación, tocando levemente su barriga.

Susana estrechó su mano y sacudió la cabeza. Entonces, Patricia, en un susurro, movió la cabeza en dirección a Andrés, que estaba conduciendo.

- ¿Ya se lo has...?

Susana se encogió de hombros y sacudió la cabeza. Miró a Andrés, siempre dicharachero, incluso en semejantes circunstancias.

- ¡Mira, otro radar! –vio cómo le decía a Enrique-. Luego, oyes al tonto del alcalde que dice que no es para recaudar. Con el pufo que le está dejando al ayuntamiento. Luego se meten con los bancos y con la empresa privada, pero dime a quién le permiten en la empresa que monte un cristo semejante y encima se vaya de rositas.

- Bueno, yo reconozco que le voté –dijo Enrique.

- Y yo, qué te crees. ¿A quién coño voy a votar si no? Aunque también te digo que si la papeleta de Esperanza Aguirre la metí de buena gana, la otra la cogí con dos deditos, así –dijo con una falsa cara de asco-, no fuera a ser que me arrepintiera. La Aguirre es otra cosa, hombre, ¿tú la viste cuando salió de aquel helicóptero, que estaba el Mariano *acojonao*? ¿O cuándo lo de la India? Esa tía los tiene bien puestos, te lo digo yo.

Cuando la hagan presidenta, se van a acabar muchas tonterías en este país, fíjate cómo te digo.

- Sí, eso es cierto, aunque te advierto que en la Universidad nombrarla es como nombrar al anticristo. Por la financiación y todo eso.

- Ya, ya imagino, nos ha fastidiado, toda la gente que está chupando del bote estará pensando “¡que se me acaba el chollo!”. Yo que quieres que te diga, lo que dice la Aguirre me parece que tiene más razón que una santa: que las familias quieren al colegio privado, porque le gusta cómo educan a los niños, por lo que sea, y tienes un colegio público, que te cuesta un dineral y que encima los profesores trabajan la mitad. Porque trabajan la mitad, Susana –dijo mirándola por el retrovisor-, y tú lo sabes. Me regaña porque digo estas cosas –le dijo riendo a Enrique-, porque los otros trabajan en un instituto. Pero, chico, esto del funcionariado que, hagas lo que hagas, estás a la sopa boba toda la vida, yo qué quieres que te diga, no lo veo. Luego vas a cualquier gestión, y ahí te advierto que son todos iguales, lo mismo da el ayuntamiento, que un ministerio que la Seguridad Social, vas y te chupas una cola de una hora porque la mitad de los sinvergüenzas están desayunando o están de *moscoso*. Esa es otra, como no tienen bastantes días libres, un ministro iluminado se inventa que tienen nosecuántos días ¡por asuntos propios! ¡Pero qué asuntos propios ni que ocho cuartos! Si cuando tienen que ir al banco o al médico se largan en mitad de la mañana, joder, que lo que hacen con los *moscosos* es pillarse el puente para irse a la playa, que todos conocemos a los funcionarios. Y no lo digo por ti, Enrique, que a fin de cuentas lo tuyo es otro nivel...

- No, si llevas razón, lo que pasa es que en la universidad, todavía la pública está por delante de la privada, por lo menos en prestigio, que en funcionamiento la verdad es que es suele un monstruo difícil de manejar.

- ¿Cómo lleváis todo lo de la reforma? –intervino Susana, en parte para cambiar de tema- Me dijo Patricia que tienes mucho trabajo.

- Sí, la verdad es que sí, pero bueno, no hay más remedio que adaptarse a Europa. Mira, es por aquí, dijo señalándole a Andrés la salida de la autopista.

Llegar al barrio del tanatorio pareció devolverles al motivo de aquel trayecto, ya que Andrés comentó.

- ¿Y lo de este Miguel? Vaya historia.

- A mí siempre me pareció un buen chaval, la verdad –dijo Patricia.

Enrique resopló antes de contestar.

- Sí, si buen chaval era, ¿y quién no lo es? Me refiero de la gente normal que uno frecuenta.

- Pues Gonzalo, ¿verdad? –le recordó Andrés a Susana buscando su mirada de nuevo-. No le soporta, ¿verdad, Susi?

- Bueno, Andrés –intercedió Patricia-, que venimos a lo que venimos, que no creo que nadie venga con ganas de otra cosa que de dar el pésame y despedir al pobre Miguel.

Susana le agradeció con una sonrisa que pusiera fin a aquella conversación. Aunque lo cierto es que no tenía ninguna ganas de ver a Gonzalo. Si no las tenía nunca, menos en semejantes circunstancias. Era llamativo ver cómo el tiempo había engrandecido tanto sus diferencias, que siempre las había habido, hasta el punto de que era difícil que estuvieran juntos más de unos minutos sin que acabaran discutiendo. Era verdad, que además de sus formas tan diferentes de pensar, Gonzalo había sido el escudero de

Miguel en su ruptura con Aurora. Así que a los dos sólo les quedaba la pertenencia a un mismo círculo, en el que apenas soportaban la presencia del otro, pero que tampoco querían abandonar.

Emilio había recibido el encargo disimulado de Carmen de llevarse a Sergio un rato a dar una vuelta y lo cierto es que el novio de Aurora aceptó de buen grado cuando Emilio le preguntó:

- ¿Salimos un rato?

Cuando ya estaban fuera de la sala, le preguntó.

- ¿Te apetece un café o algo?

- Pues sí, –aceptó Sergio-, porque la verdad es que apenas hemos dormido. Pero, ¿aquí o fuera? –dijo señalando la dirección de la cafetería.

- Donde quieras –respondió Emilio encogiéndose de hombros.

- Mejor fuera y, así me fumo un cigarro por el camino. ¿Quieres uno? –dijo tendiéndole la cajetilla.

- No, gracias.

- ¿Ni en días como hoy?

- Ni en días como hoy. La verdad es que nunca he fumado regularmente. Algún cigarrillo de vez en cuando, pero hace años que ni eso.

- Haces bien –concedió Sergio-. Yo no creas que fumo tanto, cuatro o cinco al día, pero hoy lo necesito –admitió con una sonrisa-.

- ¿Muy duro, no?

- Sí –concedió Sergio, pensativo-. ¿Sabes? Es raro, estás con una persona, como yo con Aurora y, no se cómo decirte, ocurre algo como esto y tenemos la suficiente relación como para que, lógicamente, yo esté pendiente de ella en todo momento. Pero a la vez, hay algo que me supera en todo esto. Bueno, no es que me supere, es que una gran parte se me escapa. Perdona –rechazó con un gesto-, no me explico muy bien...

- No, si lo que te ocurre es perfectamente normal. Yo al menos así lo veo. De todas formas, no le des muchas vueltas al tema. Aurora está ahora en mitad de una especie de huracán emocional...

- Y debo asumir –le interrumpió- que a mí ni me ve.

- No, probablemente ahora no se entere casi de que estás. Pero lo agradece sin duda, te lo digo yo, que la conozco. Pero claro, no puedes comparar...

Emilio se interrumpió al darse cuenta de que lo que iba a decir no era lo más adecuado.

- Dilo, no puedo competir con Miguel. Con el fantasma de Miguel. Bueno, perdona –se corrigió-, no quería decir lo de fantasma. Me refería con el recuerdo de Miguel.

- Hombre, es que vosotros no lleváis tanto. ¿Cuánto? ¿Un año?

- Bueno, un poco más, pero sí. Porque, ¿cuánto tiempo estuvieron ellos saliendo?

- Hombre, fue algo más que salir, supongo que lo sabes. Bueno, no sé si yo quien debería contarte estas historias, debería ser Aurora. Pero, en fin, creo que te lo has ganado. ¿Entramos aquí? –dijo señalando un bar.

- Vale.

Pidieron los cafés y continuaron con la conversación.

- Estuvieron juntos mucho tiempo –explicó Emilio mientras sacudía el sobre de azúcar antes de abrirlo-, primero saliendo, como tú dices, pero además vivieron juntos bastantes años.

- ¿Y les iba bien?

Emilio se encogió de hombros.

- Yo que sé –admitió sonriendo-. Lo bastante para seguir juntos, pero siempre con muchos, muchos problemas. Miguel era un gran tipo, pero su plan de vida con treinta años no era muy diferente al que tenía con veinte y eso desespera a cualquiera, más a Aurora que, como es natural, se planteaba una vida ya más organizada, en fin lo normal, tener una familia, comprarse un piso...

- ¿Se plantearon tener hijos?

- Bueno, eso ya que te lo cuente Aurora, que es algo más personal. Pero bueno, lo que no es ningún secreto es que Miguel hacía gala de vivir sobre todo el presente y eso claro, no encaja muy bien con tener una pareja estable... Mira, aquí están éstos.

Paco y Asun habían entrado en el bar al ver a Emilio.

- ¿Cómo estáis? –dijo saludándoles-. Mirad, este es Sergio, no se si habíais coincidido antes.

- No –admitió Paco-. Lo siento, no es el mejor momento, pero nos alegramos de conocerte.

- ¿Cómo está Aurora? –le preguntó Asun.

- Eso estábamos hablando –dijo Sergio señalando a Emilio-, que ahora mismo está como en otro mundo. Pero bueno, bien, básicamente está bien.

- Bueno, pues si quieres volvemos para allá –le propuso Emilio.

- De acuerdo. No, ni se te ocurra –dijo al ver que se preparaba para pagar-. Ya pago yo.

Mientras pedía la cuenta, Paco le preguntó a Emilio.

- ¿Cómo está allí la cosa?

- Bueno –resopló Emilio-, por lo menos no demasiado mal. El momento de la llegada de Aurora ha sido un poco espectacular, la verdad, qué queréis que os diga. Pero bueno, se ha saludado con mucho cariño con Amparo.

- Bueno, pues ya es bastante, ¿no? –dijo Paco.

- Pues sí –añadió Asun-, la verdad es que lo veníamos comentando, que iba a ser una situación rara, pero, hijo, me alegro de que no haya sido así.

- Imagino que ya todos tenemos suficiente con asimilar la noticia –concluyó Emilio-. Venga –dijo al ver que ya estaba listo Sergio-, pues vamos para allá. A vosotros os pillará al lado, ¿no?

- Sí –admitió Asun-, de hecho habíamos pensado que podíais venir a casa a comer.

- Bueno, mujer –protestó su marido-, eso ya se verá, tranquila.

- No, hijo, si tranquila estoy, pero habrá que decirlo, ¿no? Que la gente no la va adivinar.

- Bueno –terció Emilio-, no os preocupéis y muchas gracias, veremos a ver cómo va la cosa.

De camino al tanatorio, Sergio, que caminaba a la altura de Emilio, le dijo:

- Gracias por la escapada, Emilio. La verdad es que me ha venido muy bien respirar un poco de aire puro.

- Nada, tranquilo, yo creo que nos viene bien a todos. Luego a ver si conseguimos que éstas salgan un poco de ahí, aunque me temo que eso va a ser más difícil.

Emilio no mencionó el hecho de que era Carmen la que le había enviado a esa labor, pero qué más daba, pensó. Lo cierto es que él, como le había reconocido a Sergio, también había agradecido salir de un poco de esa sala que se iba haciendo más y más opresiva por momentos.

Hay gente que se suicida para llamar la atención, para conseguir que por última (y en algunos casos por única) vez, su entorno le preste toda esa atención, pero no era esa la idea que tenía de Miguel. Fuera o no un accidente, Emilio pensaba en el ambiente que se respiraba en su despedida y no podía dejar de pensar que aquello era algo en el que al homenajeado le hubiera conseguido sentirse parte de aquello.

Pablo miró a su alrededor, a toda la gente que cada vez abarrotaba más la sala. Ya habían aparecido algunos de la generación de sus padres. Ellos ya no vivían, así que no pudo evitar tener un recuerdo para ellos, cuya presencia le hubiera venido tan bien no sólo en ese momento, sino en su vida en general. Así lo pensó mientras observaba a los padres de Carmen, Aurora o Miguel, que sí se conocían bastante, sobre todo los de estos últimos debido a la relación que la pareja había mantenido durante años.

Observó también a Sergio hablar con el padre de Aurora y, por el modo de conversar, supuso que se conocían. De hecho, parecía como si la presencia de los padres de Aurora le hubiera proporcionado un lugar en aquel espacio que antes no terminaba de encontrar. La madre de Aurora, mientras, estaba sentada acompañando a la de Miguel, llorando ambas con las manos entrelazadas. El padre de Miguel, sin embargo, paseaba por allí, recibiendo continuamente pésames que, pensó Pablo, seguramente jamás recordaría, superado como parecía por la situación y por sus propios pensamientos.

También habían venido músicos amigos de Miguel, que Pablo conocía de vista y de haber intercambiado con algunos de ellos poco más que un par de frases. Los veía allí, en grupo, como posando para la portada del disco de una banda de rock ya madura, con ese aire de juventud un tanto obligatoria del que pertenece a un mundo que ha decidido detenerse desobedeciendo al paso del tiempo. Lógicamente se situaban cerca del polo donde se hallaba Amparo porque, aunque desde el primer momento había quedado claro que entre ella y Aurora no se iban a desatar las hostilidades, de alguna forma pertenecían a su mundo.

Y es que Miguel en los últimos años había permanecido repartido entre dos ambientes, el del propio Pablo y sus amigos, por un lado, y el de Amparo y los músicos, por otro. Este último era por el que últimamente parecía decantarse, tal vez, pensó Pablo, porque

se le exigía menos, porque no se le pedía una explicación por cada acción ni se le reclamaba una justificación de hacia dónde encaminaba su futuro. La relación de Aurora se había deteriorado porque se enfrentaban a todas horas el “¿A dónde vamos?” de Aurora con el “Vivamos ahora, que ya veremos” de Miguel. Eso terminó con desquiciar a la pareja, ya que ninguno podía, ya no renunciar a su forma de vida, sino, en los últimos tiempos de su relación, ni siquiera respetar el estilo de vida del otro.

Miró los rostros de sus amigos. Bueno, pensó, básicamente ya estamos todos. Aurora estaba más dispersa, como correspondía al papel que le tocaba jugar en esa historia. Sergio, aunque coincidía con ellos a cada momento, se repartía con la familia de su novia, pero el resto estaban allí, reunidos, con esa sensación que se tiene en ese tipo de situaciones de que ya está todo hecho pero a nadie se le ocurre marcharse. Miró a Susana, que le devolvió la mirada un instante. Ella siempre le había gustado, atraído por una mujer radicalmente diferente a él, pero por la que siempre había sentido una debilidad especial. Susana lo sabía sin que Pablo hubiera tenido que decirle nunca nada ni ella tuviera que responderle lo que él ya sabía. Y, de alguna manera, aquello les había unido y, durante muchos años, tuvieron cierta complicidad que, cuando estuvieron sin pareja, les sirvió como una especie de sustitutivo. Pablo nunca había soportado a su marido, Andrés, que lo trataba con cierta condescendencia, tal vez intuyendo no sin cierta sorna sus sentimientos hacia su mujer, sin sentirse por supuesto jamás amenazado por ellos. Y eso que Susana había mantenido a pesar de sus nuevas circunstancias, aquella confianza especial con Pablo. Por todo ello, Pablo era un experto en los gestos y reacciones de Susana y, ahora que estaba leyendo en sus ojos, veía que junto a la evidente pena por la muerte de Miguel, la mirada intensa de Susana le anunciaba que algo importante estaba también ocurriendo en su vida.

Carmen sabía que era una mala costumbre, pero no podía evitar tratar de controlarlo todo. Y en una situación como aquella, con los sentimientos tan intensos, parecía lógico hacer aquella *vigilancia* con mayor intensidad. De momento, pensó, todo va bien. Todo lo bien que podía ir con una noticia tan fuerte como aquella, pero, al menos no había habido tensiones ni malas caras.

Pero entonces llegó el cura.

Preguntó quiénes eran los familiares más allegados y, cuando le presentaron a los padres de Miguel, les dio el pésame y se interesó por todos. Pero Carmen observó a Gonzalo y, antes de poder verbalizar una palabra tranquilizadora, oyó cómo decía:

- ¿Y éste? ¿Qué hace aquí?

- Gonzalo –trató de tranquilizarle la propia Carmen-, vendrá a todas las salas a ofrecerse. Es normal, no te metas.

- ¿Que no me meta? ¿Qué crees que pensaría Miguel al ver un cura en su maldito entierro?

- Sea como sea, ahora son sus padres los que tienen que opinar –intervino Susana.

Lo dijo en buen tono, pero resultaba evidente que no era la más adecuada para hacerle a Gonzalo un comentario semejante en ese momento.

- Todos tenemos que opinar –respondió mirando fijamente a Susana-, todos los que queríamos a Miguel.

- ¿Todos o sólo tú?

- Venga, chicos –intercedió Pablo.

Pero Gonzalo ya sólo hablaba con Susana.

- No vamos a comparar, Reina, lo que te importaba Miguel con lo que me importaba a mí. Yo era quien...

- ¿Le cuidaba? –le sugirió Susana.

Aquellas palabras sonaron fuertes incluso para la propia Susana que, enseguida, trató de recular.

- Perdona, no quería decir eso.

Pero Gonzalo ya había salido furioso de la sala. Carmen salió tras él y se lo encontró encendiendo un cigarrillo. Cuando vio aparecer a Carmen le espetó:

- ¡Joder, Carmen! Luego haz el favor de no decirme que soy yo. ¿La has oído? La cabrona lo ha dicho para hacerme daño –dijo señalando la sala con el cigarrillo.

- Y lo ha conseguido.

- Pues claro que lo ha conseguido, joder.

Carmen se situó a su lado.

- Dame uno de esos, anda.

Gonzalo le tendió la cajetilla y le ofreció el encendedor. Permanecieron los dos algunos minutos tranquilos, hasta que Gonzalo dijo:

- Lo peor es que lleva razón, ¿sabes? –dijo mirándola con una debilidad que Carmen no le conocía-. Joder, yo era quién debía cuidarle.

- Venga, Gonzalo, antes que tú estaba Amparo...

- No me jodas con esas, Carmen. Pobre chica, es muy maja, pero sabes que para Miguel era una relación sin futuro. Joder, tenía que haberme dado cuenta de que estaba tan mal.

- No lo sabes, Gonzalo, no sabes lo que pasaba por su cabeza. Tal vez sólo bebió más de la cuenta o, fue una idea sin más. De pronto se le pasó por la cabeza y lo hizo. Miguel era así, no creo que fuera un tipo de los que va mandando avisos.

- Es que no hubiera tenido que hacer falta, joder. Si hubiera estado allí, más cerca, no hubieran hecho falta los malditos avisos.

- No lo sabes, Gonzalo –hizo una pausa antes de ofrecerle-. Venga, vamos adentro.

- No, yo me voy a fumar otro de estos. No te preocupes, que ahora paso.

- Vale.

- Gracias, jefa.

- Un cigarrillo y dentro, ¿eh?

Gonzalo asintió y Carmen volvió a la sala. Al entrar, se sintió algo sobrecogida al ver que la gente estaba rezando. Algunas personas mantenían un respetuoso silencio mientras que muchas recitaban lo que enseguida identificó como el Padrenuestro. Le sorprendió ver a Aurora pronunciando aquellas palabras, pero no pudo por menos que coger la mano que le tendía y proseguir con ella, con todos: Danos hoy nuestro pan de

cada día. Perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden. No nos dejes caer en la tentación. Y líbranos del mal. Amén.

Sí, Amén, maldita sea..

- ¿Quién quiere más lentejas? –preguntó Asun-. ¿Un poco más, Aurora? Venga, hija que apenas lo has probado.

- No tengo hambre, Asun, de verdad, muchas gracias.

- Tienes que comer algo, Aurora –intervino Carmen-, que no has dormido y el día es largo.

- Ya lo sé, pero soy incapaz de comer nada, de verdad.

- A lo mejor te apetece más la tortilla –le propuso Asun.

- Bueno, venga, me como un poquito de tortilla.

- Genial, voy a por ellas.

- ¿Y Sergio? –preguntó Pablo-. Se ha ido un rato a casa, ¿no?

- Sí –admitió Aurora-, le he animado a que se fuera, porque estaba también agotado y creo que le viene bien un rato de tranquilidad.

- El pobre está muy preocupado por ti.

- Ya lo sé, Carmen. Y siento que le he dejado un poco solo, pero, hija, no daba más de sí.

- Ya lo sé, niña, no te lo decía como crítica. Sólo que el chico estaba muy atento.

- Sí, casi me alegré de que vinieran mis padres, porque sobre todo con mi padre se lleva muy bien.

En ese momento volvieron de la cocina Paco y Asun con las tortillas.

- ¿Y los niños? –preguntó Carmen.

- Están comiendo en la cocina –explicó Paco-. Es por ellos mismos –se adelantó a cualquier posible protesta-, así nosotros hablamos con más libertad y ellos se impresionan menos que, quieras que no, toda esta historia es muy fuerte para ellos.

- No, es cierto –admitió Carmen-. Y eso que ya se van haciendo mayores. Paula el año que viene ya va al instituto, ¿no?

- Sí –le respondió Asun-, por cierto, Carmen, que ya te pediremos opinión. No hoy, claro –matizó ante la mirada reprobatoria de su marido-, pero un día con más calma.

- Por supuesto, aunque no te creas que te puedo decir mucho. Por lo menos no demasiado bueno. Los que tenéis cerca están perdiendo alumnos y el ambiente no es terrible, pero, qué quieres que te diga, tampoco el ideal. Yo mi consejo es que si sus amigas van a irse a un privado, lo llevéis a un privado.

- Debe costarte, ¿no? –se preguntó Pablo-. Tener que recomendar estas cosas, trabajando en la pública.

- Ya, Pablito –se encogió de hombros-, qué quieres que te diga. Lo que realmente me cuesta no es tener que recomendar eso, lo que me cuesta es que las cosas estén así. Porque no es por casualidad, sino que hay toda una campaña para que la pública vaya a menos, eso es evidente. Y no ha hecho nada más que empezar, ya os contaré cómo está la situación dentro de diez años. Así que, tal como están las cosas, yo puedo responder de mí, incluso de mi centro cuando puedo responder, que no es siempre, pero a unos amigos no les recomiendo un instituto si no tengo garantía de que funciona bien, esa es la verdad.

- Y es de agradecer –admitió Paco-. Pero bueno, que hoy no es día de hablar estas cosas. ¿Qué tal la tortilla, Aurora?

- Está buena, gracias. Bueno –dijo enseñando su plato-, no diréis que no me he comido un buen trozo, ¿eh?

- Muy bien –admitió Carmen-, esta es mi chica –dijo cogiéndola por los hombros.

- Tarda Gonzalo, ¿no? –preguntó Paco.

- Deja que se pasee –dijo Carmen-, que lo necesita.

- No, es verdad –admitió Pablo-, y nosotros un poco también. No, hombre, me refiero –explicó al ver la cara extrañada de los demás- a que él es incapaz de bajar el ritmo y reconozco que en estas situaciones puede llegar a ser un poco agotador. Pero bueno, si vemos que pasa un rato y no aparece, le llamo.

En ese momento Aurora se levantó para ir al baño. Necesitaba ir, pero también quería tener un poco más de tranquilidad, unos instantes de soledad. Y en el pasillo se encontró con Paula.

- Hola, Paula, bonita, ¿cómo estás? ¿Ya has comido?

La chica asintió.

- ¿Cómo estás tú?

Aurora no pudo evitar que se le humedecieran los ojos.

- Bien, Paulita, estoy bien.

- Yo quería ir, ¿sabes? Pero bueno, entiendo que tal vez no sea lo mejor. Antes he ido con papá a comprar y me ha explicado lo mal que se pasa...

- Sí, se pasa muy mal –admitió Aurora poniendo la mano en su brazo.

- ¿Tú eras su novia, verdad?

Aurora asintió.

- Era un tío genial. Al funeral voy a ir seguro.

- Muy bien, Paula –y le dio un fuerte abrazo-. Cómo te has hecho de mayor ya.

Paula sonrió y Aurora entró al baño. Se sentó y aprovechó para desahogarse. La imagen última de Miguel le vino a la memoria y de pronto reparó en que probablemente por la tarde no volvería a ver su rostro, que en realidad ya no volvería a verlo nunca más. Y entonces, como en un montaje de diapositivas, surgieron en su mente imágenes de Miguel de diferentes épocas y le pareció increíble que ese montaje tuviera que darse por finalizado.

No importaba que su historia con Miguel hubiera mucho tiempo atrás, no importaba que en los últimos años sinceramente ya apenas pensara en él más que como un bonito

recuerdo o una presencia a veces inoportuna. Lo cierto es que en ese instante de ese día, Aurora sentía que parte de su mundo se había acabado y se le antojaba realmente difícil que pudiera volver a tener una vida normal a partir de ese momento.

Patricia colgó el teléfono después de hablar con sus suegros. Habían tenido que quedarse con los niños por segundo día consecutivo aunque, desde luego lo de hoy era una causa muy justificada. Como sus propios padres vivían en Burgos, la familia de Enrique era el apoyo con el que contaban para descargarse en algún momento de la tarea de los niños y, aunque Patricia se llevaba bien con sus suegros, lógicamente no tenía la misma confianza que podía tener con sus padres o con sus hermanos.

Había conocido a Enrique en la facultad y, tras varios años de novios, se casaron y, lógicamente, se instalaron en Madrid. Viajaban con frecuencia a Burgos, prácticamente una vez al mes. Bueno, Enrique no siempre iba, ya que a veces tenía compromisos en la Universidad, aunque había que reconocer que las veces que dejaba de acudir eran las menos.

El caso es que en algunos momentos Patricia se sentía sola. Había hecho amigas en el trabajo, cuando trabajaba en el periódico, pero desde que lo dejó para cuidar a los niños, su círculo se reducía a las madres de los compañeros de sus hijos, a los amigos de Enrique y a alguna de sus viejas amigas de Madrid. Por eso le reconfortaba su amistad con Susana y había sentido una gran emoción al conocer su embarazo. Y con la noticia de lo de Miguel, el vínculo se había intensificado más, máxime cuando ni siquiera Andrés sabía todavía la noticia.

Miró a Enrique, que estaba sentado en el sofá leyendo el periódico. Durante toda la mañana le había sorprendido lo poco afectado que se mostraba. Es cierto que Miguel y él, dentro del círculo de amigos, nunca habían sido de los más íntimos, es más, nunca se habían llevado demasiado bien, pero que uno de los miembros de la que ha sido tu pandilla de toda la vida muera tan joven debería afectarte de forma inevitable.

- Nada, los niños están bien –le explicó-. Ya les he dicho a tus padres que iremos después del entierro. ¿Quieres comer algo?

- Sí, claro, pero no te compliques, cualquier cosa.

- Puf, no sé cómo tienes hambre, yo estoy que soy incapaz de probar bocado.

Enrique se encogió de hombros.

- Hija, no sé. Es cierto que la noticia no me ha impactado tanto como a ti. No sé, tal vez de alguna manera lo esperaba. La verdad es que Miguel siempre había jugado con fuego. En fin, toda esa historia del rock & roll está muy bien, pero también se daba a todo tipo de vicios.

- Hombre, Enrique...

- Vale, no me mires así, ya sé que no está bien hablar así de un difunto, pero, hija, estamos en confianza. Me dan más pena los vivos, que quieres que te diga. Sus padres, los pobres, esa pobre chica con la que salía. Y Aurora, para la que, quieras que no, es un mazazo.

Patricia quiso haberle dicho: “Hay veces que no entiendo cómo puedes ser tan insensible”. Pero, en lugar de eso, dijo.

- Bueno, voy a ver si hago unos huevos.

Emilio recordaba el entierro de su abuelo en el pueblo, hace ya muchos años. El coche funerario recogió el féretro en la propia casa del difunto y marchó camino del cementerio con todos los asistentes a pie, detrás de él. Recordaba la sensación de solemnidad, con un papel tan destacado para un chaval como él en un desfile semejante. Le vino a la memoria también su impresión al ver a su abuelo muerto, tumbado en la que había sido su cama, pero ese día perfectamente arreglado e inmóvil. Pensó que le iba a dar más miedo verlo, pero no fue para tanto, aunque, eso sí, jamás se habría atrevido a tocarlo.

Mientras arrancaba el coche, pensó qué diferentes eran las cosas en Madrid, donde el tanatorio era como un pequeño hotel donde se permanecía unas horas y en el que el ajeteo de personas y coches para formar el cortejo era de una dificultad tal que no casaba mucho con la solemnidad del momento. Todos los que habían tenido la necesidad de realizar ese recorrido sabían de lo difícil que era, por culpa del tráfico y de los numerosos semáforos, no perder contacto con la cabecera durante el trayecto. Un trayecto, el que les llevaría al cementerio de la Almudena, que por otro lado, no duraba más de un cuarto de hora, incluso a la lenta velocidad a la que obligaban las circunstancias.

A su lado viajaba Carmen y en el asiento de atrás Sergio y Aurora. Miró por el retrovisor y pensó que Aurora parecía en ese momento una estrella de cine, con esos rasgos tan finos y llevando las gafas oscuras. Siempre, pensó, había tenido cierto halo de misterio y su papel principal en aquella historia las acentuaba. Sin embargo, a sus ojos, Sergio parecía un tipo corriente. Un buen tipo, por lo que había podido intuir, pero uno más, como él o como el resto de sus amigos.

Bueno, pensó, salvo el propio Miguel, que siempre tuvo también ese aire especial, ese aspecto de vivir la vida sin aparente esfuerzo, de estar por encima del bien y del mal, un aspecto que, todo hay que decirlo, siempre había vuelto locas a las chicas. Por eso, Aurora siempre había tenido problemas con muchas mujeres, porque, pensó sonriendo levemente, ellas pueden soportar que seas mona, pero ya que te lleves también al chico atractivo, eso ya les parece excesivo.

Y nada más lejos de la realidad. Por lo que él sabía, la vida con Miguel había sido muy dura para Aurora. En muchas ocasiones le había costado además soportar reproches del “tipo Yoko Ono”, como ella misma decía, es decir, acusaciones de, que con su supuesto control, ella trataba de limitar que la vena artística de Miguel brotara por completo. Y en absoluto, Pensó Emilio, Aurora, sólo trataba de que la vida de Miguel se sostuviera en algunos pilares firmes, que fuera una estructura original, brillante, pero estable, una idea que cobraba muchísima fuerza viendo como ahora esa estructura se había derrumbado por completo.

Cuando todos entraron en la capilla del cementerio, Gonzalo y Andrés se dieron cuenta de que eran los únicos que habían decidido no entrar.

- Vaya –rió Andrés sinceramente-, el destino hace extraños compañeros de viaje.
¿Quieres un cigarrillo?

Gonzalo, que ante el comentario ni siquiera había sonreído, aceptó, sin embargo, un cigarrillo de la cajetilla que Andrés le tendía.

- ¿Por qué no entras tú? –le preguntó el marido de Susana.

- No estoy dispuesto a asistir a ninguna ceremonia religiosa por Miguel. Él hubiera echado pestes ante una idea semejante.

- Siempre flexible, ¿eh? –rió de nuevo Andrés-, ¿ni aunque sea su despedida?

- No necesito estar ahí para despedirme –respondió sin mirarle.

En ese momento salió humo de la chimenea del crematorio.

- ¿Será él? –preguntó Andrés.

- Lo dudo. Es demasiado pronto.

Permanecieron un instante en silencio, que Andrés interrumpió.

- Yo en parte no he entrado por la misma razón. Sólo que yo en general evito cualquier ceremonia religiosa. No es algo personal, como ves.

- Pensaba –dijo Gonzalo sinceramente- que la gente bien era religiosa. Que era parte del lote.

- Para nada, Gonzalo. No te confundas. La Iglesia es uno de los grandes timos de este mundo. Y ya no te digo de este país. Si uno todavía tiene dudas de la existencia de Dios, basta ver –dijo señalando alrededor- cómo en tu último momento en este maldito mundo unos desgraciados vestidos con un mono de trabajo bajan tu ataúd con la misma solemnidad que si hicieran una zanja en la calle.

- Una imagen preciosa, sin duda. Se ve que eres un tipo espiritual.

- No me vengas con chorradas –protestó Andrés-, que tú en el fondo no eres tan diferente a mí. Por lo menos en eso.

- No te confundas, Andrés –dijo mirándole a los ojos-. Yo si no estoy ahí dentro es por lo que representaba para Miguel. Tú probablemente ni siquiera te preocupas de si Susana querría que estuvieras.

- Vaya –dijo Andrés sonriendo de buena gana-, los consejos matrimoniales del alegre divorciado. Es divertido. Sobre todo, que hables de Susana como si no la odiaras.

- No la odio –negó con la cabeza-. Simplemente es que no la soporto. Pero le tengo cariño, por supuesto.

- Ella también. Si no, como puedes entender –dijo tranquilamente-, te hubiera partido la cara hace tiempo. Por cómo le hablas a mi mujer.

Ahora fue Gonzalo quien soltó una breve risa.

- Joder con el comercial. Desarrollas tu encanto y tu don de gentes que da gusto.

- No te confundas, Gonzalito. Si me va bien en lo que hago es porque soy un tipo espléndido con mis clientes, pero un cabrón con quien tengo que serlo.

Gonzalo hizo una pausa antes de tirar el cigarrillo al suelo.

- No pensé que me iba a salir tan caro el maldito cigarrillo –dijo mientras lo aplastaba con el pie.

Y con aquello se dio por terminada la conversación. Así lo que dos permanecieron callados esperando junto a la puerta del crematorio, como dos soldados que realizan una guardia, sólo que mientras uno pensaba que semejante guerra no era la suya, el otro había decidido que, aunque sin duda sí que lo era, no era aquel el campo de batalla donde pensaba librarla.

Emilio la miraba apoyado en el marco de la puerta del baño.

- ¿No te importa, verdad? –le preguntó Carmen.

- No, mujer –la tranquilizó sacudiendo la cabeza-, aunque reconoce que es raro.

- Sí, sí que lo es –admitió.

Era raro estar allí en el baño retocándose para salir, justo el día que había fallecido Miguel. Era raro salir ese día para precisamente *homenajear a Miguel*. Lo había propuesto Gonzalo al final del entierro, cuando ya se acercaban a los coches.

- Vámonos por ahí –había dicho de pronto.

Y ante los rostros sorprendidos de los demás, añadió.

- Esta noche. A Huertas. Por Miguel.

- Estás loco –había protestado Aurora.

Y desde luego parecía una propuesta descabellada justo en ese momento en el que acababan de despedir sus restos. Pero, salvo Aurora, nadie se atrevía a pronunciarse en contra. Hasta el punto de que, inesperadamente, Pablo dijo:

- Yo sí que voy, Gonzalo. Pero es pronto, ¿no? –dijo mirando su reloj.

Gonzalo le pasó la mano sobre los hombros, estrechándoselos y admitió:

- Claro, amigo. Vamos esta noche. Esta noche nos vamos a la calle Huertas.

- Con lo cansados que estamos, Gonzalo –había protestado la propia Carmen-. De verdad que os entiendo, pero ¿no sería mejor otro día?

Pero ella misma sabía que no, que tenía que ser esa noche. Y también sabía que con la simple consideración del plan, había dado el primer paso para aceptarlo. Por eso, ante la sonrisa expectante de Gonzalo, acabó por decir:

- Está bien. Vayamos a la vieja Huertas.

- ¡Bravo por la Jefa! –celebró Gonzalo con el puño apretado.

Emilio y Aurora la miraron igual de sorprendidos, pero ninguno dijo nada hasta que llegaron a los coches.

- Pero, al menos pasaremos primero por casa, ¿no? –casi rogó Aurora.

Gonzalo, visiblemente emocionado, se abrazó a ella. Carmen y Pablo se unieron a ellos y con aquello nadie necesitó decir nada más. Los demás ya se habían marchado a sus coches y sólo quedaban Sergio y Emilio para esperarles. Se pusieron de acuerdo en que irían todos en el coche de Pablo y se despidieron hasta la noche.

Y allí estaba Carmen, a quien, si ya le resultaba raro prepararse para salir un domingo, más aún decidir qué ponerse para semejante plan.

- Estás guapa –le dijo Emilio desde la puerta.

Carmen le abrazó

- Gracias –le dijo apartándose un instante-. Me gustaría que vinieras.

- Lo sé. No te preocupes, alguien se tiene que quedar con los niños. Y además, vais los que tenéis que ir.

Carmen asintió. Efectivamente, iban los cuatro que tenían que ir. Si hubiera que elegir a cuatro personas para llevar el ataúd de Miguel, quizá hubieran sido las más adecuadas. Así que, como eso no había sido posible, había que vestirse y prepararse para, esa noche, llevar su espíritu y su recuerdo por las calles en las que, durante tantas otras noches, habían conocido juntos el lado más amable de la vida.

- ¿Tampoco existe ya el café de las Letras? –protestó Carmen.

- Tú hacía mucho que no salías por aquí, ¿verdad, Jefa? –supuso Gonzalo.

- Hijo, hace tiempo que no salgo por ningún sitio. Al menos –matizó- para irme de copas. Y sí salgo, lo hago con mi santo marido, que no veas lo que agradecemos un rato de estar por ahí los dos solos. Bueno, ya lo sabéis –dijo cogiendo el brazo de Aurora en forma de agradecimiento.

Carmen tenía muy buen recuerdo de aquel café. Además de estar situado en el Barrio de las Letras, se llamaba así, o eso al menos suponía ella, porque en las mesas se podían dejar textos escritos bajo el cristal, por lo que cada una de ellas era un muestrario muy diverso de todo tipo de escritos, desde chistes a poemas, pasando por todo tipo de textos incoherentes. Se planteó qué habrían hecho con todo aquello. No sabía por qué pero se acordó de las peluquerías de caballeros, cuando de vez en cuando tenían que barrer aquellos montones de pelo. Tal vez en el café tenían que hacer limpieza de papeles con mucha frecuencia y desde luego en su opinión sería una lástima tirar todo aquello. Al menos hubiera merecido la pena guardar una selección. O incluso podrían haber editado un libro.

- ¡Qué cantidad de papeles escribimos en ese café!, ¿verdad? –dijo dando forma a sus pensamientos.

- Si los leyeras ahora, Jefa, seguro que echarías a correr.

- ¿Por qué? –protestó-. Sería un bonito recuerdo, una forma de ver cómo éramos.

- Tontos –le aclaró Gonzalo-, sobre todo tontos. Bastante ñoños, incluso te diría. Bueno, aunque lo de los papelitos era más cosa vuestra, de las tías.

- Miguel también escribía. Incluso letras de canciones.

Y es que Aurora recordaba, como si fuera el día anterior, a Miguel escribiendo en el café mientras los demás hablaban, sin decir una palabra, aunque sin perder detalle de lo que se decía o de las reacciones en los rostros de cada uno. Y, mientras tanto, escribía y a veces al rato, le tendía el papel disimuladamente a Aurora para que lo leyera antes de, a continuación, colocarlo bajo el cristal. A veces lo firmaba, normalmente Mac, un seudónimo juguetón entre Mike y su adorado McCartney. Pero, Aurora, más de una vez,

cuando ya abandonaban el café, rescataba disimuladamente la hoja, para guardarla en su bolso. En algunas ocasiones era sólo un nuevo y sencillo recuerdo de tantos que acumulaba de Miguel, pero a veces, si la letra le parecía buena, la dejaba semanas después disimuladamente en alguno de los cuadernos del músico. Ella no ignoraba que Miguel, al ver aquella letra, recordaría su procedencia, pero también sabía que el reconocimiento de ella le daría a la canción otra oportunidad. Nunca hablaron de ese juego, aunque Aurora reconoció más de una vez en sus conciertos alguna de las canciones indultadas del Café de las Letras, hasta el punto que más de una vez pensó sonriendo que se podrían recopilar en un disco que llevara el nombre de aquel local.

Carmen, aprovechando que se habían retrasado un poco de los otros, sacó a Aurora de sus pensamientos.

- ¿En qué piensas?

- Nada, todo esto me trae muchos recuerdos.

- Y a mí, Auri –dijo cogiéndola del brazo-. Y a mí.

- ¿Sabes? –continuó Aurora tras una pausa-. Llevo todo el día pensando... No puedo evitarlo.

- ¿El qué?

Aurora la miró a los ojos antes de responder.

- Que si hubiera seguido con Miguel ahora estaría vivo.

Lo dijo de un tirón, sin titubeos, como una lección bien aprendida, pero tras hacerlo no pudo evitar echarse a llorar.

- Pero no, niña, no pienses eso –dijo dejándole un pañuelo-. Entiendo lo que quieres decir, incluso es normal que lo pienses, pero no es cierto. Entiéndeme, si hubieras estado con él, tal vez ayer no hubiera cogido ese coche, pero esa no es la cuestión. No estaba contigo, es cierto, con todo lo que eso conlleva, pero tampoco llevaba una vida normal, ya me entiendes, tenía más papeletas que tú o que yo para que le sucediera algo así.

- Ya lo sé –admitió Aurora secándose con el pañuelo-. Si no me refiero a ese maldito coche. Me refiero a que si yo hubiera tenido más paciencia con él...

- No eras su madre, coño, que eras su novia. Y a mí no puedes decirme que no tuviste paciencia, porque yo lo viví contigo, Auri, lo viví con vosotros.

- Lo sé.

Estuvieron en silencio unos instantes. A Carmen le vinieron a la memoria otros domingos de Huertas de muchos años atrás. Siempre habían sido así, muy diferentes al hormigueo de las noches del sábado, mucho más tranquilas, con gente que iba a cenar o a tomarse una copa, robando de alguna manera horas que ya pertenecían a la semana de estudio o de trabajo.

- ¿Tú qué crees, Carmen? –le preguntó Aurora, cuyos pensamientos parecían haber seguido la anterior conversación-. ¿Crees que Miguel se ha suicidado?

Por alguna razón que no terminó de entender, a Carmen no le sorprendió ni le impresionó una pregunta tan directa.

- No lo sé, Auri –respondió sinceramente-. ¿Importa realmente? Quiero decir que se quitó la vida o la protegió demasiado poco, no sé si me entiendes –hizo una pausa-. ¿Qué piensas tú?

- Que le dio un ataque de importancia –respondió Aurora sin pensar, con más rabia que emoción.

- ¿Qué quieres decir?

- Ya le conocías. Siempre quiso una vida que se pudiera contar en un maldito libro. Y tal vez ayer no salió con esa idea ni mucho menos, pero se vio a toda velocidad, pensó qué le esperaba hoy o qué le esperaba el mes que viene y pensó “Qué coño”. Que era un buen momento y ahí tenía un buen final. Nos podían dar por culo a todos, que él tenía un final para su personaje.

Carmen, sin saber qué añadir, la apretó con fuerza hacia sí. Un grupo de chicos se cruzó con ellas y algunos se quedaron mirándolas, porque al verlas caminando juntas, con el gesto crispado y la mirada perdida al final de la cuesta de la calle Huertas, más que dos personas que salían de marcha, parecían dos fantasmas que volvían allí por algún asunto que, hace mucho tiempo, hubieran dejado pendiente.

- Bueno, ¿qué queréis beber? –preguntó Gonzalo.

- No lo sé, chico –dudo Carmen.

- Yo no sé si quiero beber alcohol, la verdad –reconoció Aurora-. Y tampoco –dijo mirando la carta- es que tenga mucha hambre.

Gonzalo se encogió de hombros.

- Pues chica, para qué hemos venido entonces.

- Pues eso digo yo –le replicó Aurora. Y cerró la carta dejándola en la mesa.

- Bueno, chicos –intercedió Pablo-, que no estamos aquí para discutir. Que cada uno tome lo que le apetezca. Si no te apetece tomar nada ahora –dijo mirando a Aurora-, pues no lo tomes, pero te agradecemos que estés aquí sentada, sobre todo porque sabemos el esfuerzo que supone.

- Gracias, Pablo –respondió ella más tranquila-. Ahora de verdad que no me apetece nada. Pedid vosotros, que a lo mejor luego me animo.

- Yo no se por qué, pero me apetece un vino –expresó en voz alta Carmen-. No sé, es una tontería, pero me parece que una cerveza es demasiado vulgar para una noche como esta, no se si me entendéis.

- Está bien, pidamos un vino –aceptó Pablo con decisión-. Pero pidamos un vino bueno, qué demonios.

- Sí, yo una copita de vino a lo mejor me tomo.

- ¡Genial, Aurora! ¿Y tú, Gonzalo?

El aludido sacudió la cabeza, pero terminó por decir.

- Es la puta Cervecería Alemana, pero en fin, pidamos un vino.

- Gracias –le dijo Aurora.
- Nada, guapa, si yo lo que quería es beber con vosotros por el viejo amigo –sonrió un momento antes de continuar recordando-. Había una vieja canción heavy que era algo así, de Ñu. A lo mejor os acordáis.
- El tipo ese de la melena y la flauta, ¿no? –recordó Pablo.
- Sí, ese, una especie de Jethro Tull a la española.
- ¿Quién?
- Bueno, qué más da. El caso es que tenía una canción que era eso, “Una copa por un viejo amigo” –y comenzó a tararearla- “Uuunaaa copaa por un vieeejo aaamigo, queee no tarde en volloor”. La verdad es que sólo recuerdo el estribillo.
- Sí que me suena –recordó Aurora-, debíais tenerla en una de esas cintas de baladas heavies de hace mil años. Me hacían gracia aquellas canciones, ver a aquellos tipos tan duros, o al menos haciendo una música tan ruidosa, y luego escribir aquellas baladas. ¡Que eran súper ingenuas, además!
- Bueno, di la verdad, Auri –dijo Carmen riéndose-. Chicos, os poníais muy pesaditos con las baladas. Aunque nosotros sabíamos que era vuestro *escape romántico*.

Las dos rieron al unísono.

- ¿Qué quieres decir? .preguntó Gonzalo.
- Que como eran baladas, pero heavies, no os importaba reconocer que las escuchabais. Echabais pestes de Lionel Richie o de cualquiera de los cantantes románticos, pero estos que eran mucho más horteras, como eran teóricamente duros, tenían vuestra bendición.
- Es cierto –añadió Aurora-. Entre nosotras, cuando alguna estaba medio-medio con uno, ya le preguntábamos: “¿Qué, ya te ha regalado la cinta de baladas?”.

Y las dos volvieron a reír.

- Cómo sois –protestó Pablo.
- Bueno, erais previsibles –le recordó Carmen-. Anda, dame un cigarrillo, Auri. ¿Ya sabemos qué vino vamos a pedir?
- Aquí hay un rioja que parece bueno –propuso Pablo.
- Pues, venga, ese mismo –dijo Aurora.
- Y si queréis, una tabla de quesos y otra de ahumados.
- Genial, Pablo –exclamó Carmen-, cómo te agradecemos no tener qué pensar.

Cuando trajeron lo que habían pedido comenzaron a cenar con tranquilidad, como si, después de la tensión de las últimas horas, hubieran encontrado por fin ese espacio de serenidad que necesitaban. El vino, efectivamente, les supo riquísimo. Eso sí, tal vez a alguno se le ocurrió, pero ninguno de los cuatro propuso el brindis, tal vez porque se hacía demasiado duro brindar por ese viejo amigo, que, desgraciadamente, sabían que en este caso jamás iba a volver.

TERCERA PARTE

La última clase de Carmen esa mañana era la Tutoría con su grupo, un segundo de la ESO.

- Bueno, como os decía para pasar a tercero tenéis que suspender como mucho dos en septiembre. Incluidas las pendientes.
- Pero si yo apruebo el inglés de segundo me aprueban el de primero, ¿no?
- No, Michael, ya te lo he explicado. Son independientes.
- Pues es injusto.
- Pues lo será. Carolina, ¿qué es ese papel?
- Nada, profe, es privado.
- Pues si es privado, no lo hagas tan público. Y tú, Jon, siéntate bien.
- Anda que no eres pesada, profe. Si estoy así más cómodo, ¿qué más te da?
- Me da que hay que en clase hay que estar bien.
- Joder, encima que vengo.
- Habla bien. Y claro que tienes que venir, que tienes quince años. Si no hay que llamar al Ayuntamiento.
- Bueno, joder, no hace falta amenazar.
- No te está amenazando, Jon, es que eres un coñazo, macho.
- ¿Y tú pa qué te metes, subnormal? ¿A qué te pego dos hostias?
- Jon, siéntate. Y Christian, si alguien manda callar aquí soy yo.
- Pues mándale que se calle, coño, que no para de hablar.
- Lo haré cuando lo crea conveniente –dijo cuando sonaba el timbre-. ¡No lo olvidéis –gritó por encima del revuelo-, un mes para las evaluaciones!

Carmen suspiró. La jornada había terminado. Estaba acostumbrada a ese intercambio rápido con los chavales. Siempre pensó que era como un partido de tenis en el que ella, por muy fuertes que vinieran las bolas, se podía permitir fallar pocos golpes. Tal como estaban las cosas hoy día en la educación, uno de los síntomas de la autoridad era tratar de tener la última palabra. Y no siempre resultaba sencillo.

- Profe.

Dos alumnas se habían quedado a hablar con ella.

- ¿Profe, estás bien?

Ella sonrió.

- ¿Tanto se me nota?

- Sí, profe. Tienes unas ojeras tremendas. ¿No estarás deprimida, verdad? Yo tengo una tía que está deprimida y tiene la misma cara que tú.

- No, no estoy deprimida –replicó riendo-. Ayer tuve un mal día. Una persona muy querida mía falleció el otro día.

- Ya te dije que le pasaba algo –le dijo una a la otra.

- Ya, y eso se lo ponías en la notita esa que andaba circulando, ¿no?

- Hala, profe, encima que nos preocupamos por ti.
- Ya, ya. Bueno, gracias, chicas. Hasta mañana. Y no liguéis mucho.
- Ay, profe, eso va a ser difícil –reconoció una riendo.

Carmen sonrió. No sabía si era por haber cambiado de actividad, pero se sentía no alegre, que en esas circunstancias era difícil, pero sí vital. Había experimentado una sensación similar en los primeros meses de sus dos hijos, cuando, después del permiso de maternidad, tenía que volver a trabajar cada mañana después de dormir muy pocas horas. Y en esos días, en vez de pesar más el cansancio, podía más una especie de ligereza causada por la falta de sueño, una especie de sensación de irrealidad que, si en aquellos días le mejoraba el humor, ese día en concreto permitía que el aire de alguna forma fuera respirable.

Paco se dirigía a buscar a Paula al colegio, cuando al pasar por una de las calles, recordó la pelea que había visto allí unas semanas atrás. No estaba acostumbrado a ver cosas así en el barrio: dos grupos numerosos de chavales buscándose por las esquinas para que dos de ellos finalmente se pegaran en plena calle. Recordaba cómo varios adultos, entre ellos él mismo, asistieron a la escena sin saber muy bien cómo reaccionar. Les gritaron que pararan, sin mucho éxito, hasta que los protagonistas decidieron por sí mismos buscar un escenario menos concurrido.

Y ahora Paco no podía evitar la reflexión: eran del instituto. De acuerdo, pensó, de un único suceso no se puede sacar una conclusión general, pero eran del instituto. Por otro lado era cierto que él tenía noticias de peleas más virulentas entre alumnos de centros privados, peleas tan importantes que habían llegado a la prensa, pero él pensaba en Paula y dudaba de cuál era la opción por la que debía apostar en este asunto. Asun, su mujer, no tenía dudas: un centro privado, pero a Paco sus principios no paraban de recordarle al oído su propia trayectoria. Y ahí estaba el gran dilema, la doble interpretación de un mismo hecho: ¿debían condicionar sus principios el futuro de sus hijos? O, visto desde otro punto de vista, ¿no debía tratar de inculcarle aquellos valores que consideraba más adecuados? Por supuesto era cosa de dos, pero el voto de Asun ya estaba sobre la mesa. A él sólo le quedaba buscar un empate técnico o rendirse a la evidencia.

Cuando estaba a pocos metros del centro, distinguió a Paula. Ya con la edad que tenía, no solía ir a buscarla (de hecho, ella misma se encargaba de llevar a casa a su hermano), pero quería comprobar que el impacto de la muerte de Miguel no le había afectado demasiado. Ya habían hablado el sábado, mientras hacían la compra, y Paco creyó comprobar que Paula entendía bien la situación, pero a estas edades, pensó, nunca se sabe.

- ¡Hola, papá! –le saludó, gratamente sorprendida al verle.
- ¿Qué tal, hija? ¿Y tu hermano?
- Ahí está –dijo, como señalando un fenómeno tan ajeno como inevitable.

Efectivamente, Quique permanecía a pocos metros con su inseparable amigo Juanjo, siguiendo una partida que este realizaba en la consola.

- Venga, Quique –le dijo-, que nos vamos.

- ¿Puede venirse Juanjo?
- Que se lo pregunte a su madre.
- Vamos.

Mientras Quique realizaba la consulta, Paco aprovechó para preguntar a Paula.

- ¿Cómo estás?

Ella se encogió de hombros.

- Bien.
- ¿Seguro?
- Que sííí, papá, no os preocupéis tanto... ¿Y mamá?
- En casa.
- No. Me refiero que cómo está.

Ahora el que se encogió de hombros fue Paco.

- Bueno, no bien desde luego, porque ninguno estamos bien. Pero bueno, hay que seguir adelante.

Cuando Quique y Juanjo volvieron e iniciaron el camino a casa Paula se cogió del brazo de su padre.

- Es raro, ¿no, papá?
- ¿El qué?
- Eso. El sábado estábamos tan tranquilos y de pronto nos enteramos de que Miguel ya no está. Es muy raro.
- Sí, sí que lo es. Pero no es lo normal. De hecho, si nos resulta tan extraño y tan doloroso es porque no es frecuente. No es lo que uno debe esperar.

Paula se agarró más fuerte del brazo de su padre y este, mirándola, añadió:

- No es lo normal, Paula, de verdad. Afortunadamente, lo normal es que todo vaya razonablemente bien.

Y a Paco le tranquilizó poder creerse sus propias palabras.

Aurora interrumpió con cierta impaciencia.

- A ver si lo he entendido. Tu marido está en España pero no vive contigo.

La usuaria se encogió de hombros.

- No es mi marido, ya se lo dije.
- Bueno. Tu pareja. El padre de tu hija. Pero vinisteis juntos a España, ¿no?
- Bueno, sí, entonces, nos llevábamos bien. Pero ahora no quiere saber nada.
- Pero reconoció a Liwaldy, ¿no?

- Sí, pero no se dónde está ahora, tú me entiendes.
- Claro que te entiendo. Entiendo que me dices que pagas una hipoteca de ochocientos euros tú sola, que estás trabajando por horas, y que encima te traes aquí tu hija este verano.
- Claro.
- Y ahora vienes y me dices que la chica está embarazada.
- Yo se lo tengo dicho, que tenga cuidado, pero ya sabe cómo son a esta edad. Y como yo no estoy en casa por las tardes porque trabajo, ella está sola.
- ¿Y sabe quién es el padre?
- Sí, pero no se hace cargo.
- No se hace cargo. Ya. Aquí nadie se hace cargo.
- Yo sólo quiero una ayuda. Quiero que ella acabe sus estudios aquí en España, pero entonces yo tengo que cuidar al pequeño. Por eso necesito una ayuda.

Aurora sacudió la cabeza.

- Lo que necesitas es pensar las cosas, Lucinda. Si no tienes dinero para pagar la hipoteca, cómo se te ocurre traerte encima a tu hija.
- Porque tengo papeles y ahora es cuando puedo traerla.
- Ya. ¿Y comer? ¿Y vestirse?
- No le va a faltar de nada.
- ¿Con un sueldo?

En ese momento se abrió la puerta.

- Toma Auri, el papel que me pediste.
- Gracias, Azucena –dijo antes de mirar el papel-. Mira, el empadronamiento de tu casa. Con el nombre de tu marido allí.

Lucinda no pareció alterarse por esa revelación.

- Sí. El estuvo allí. Pero ya no está.
- ¿Y dónde está?
- En Madrid. Pero no sé dónde.
- ¿Sabes que en Madrid pero no sabes dónde?
- No.

- Mira, Lucinda –le dijo Aurora mostrando el papel-, yo creo que a mí no me estás diciendo la verdad. Yo creo que tu pareja, Wilson, está en tu casa, vive con vosotras y ayuda a pagar el alquiler. Así que –continuó ante el silencio de la usuaria-, te vas a casa y vienes otro día que tengas más ganas de decirme la verdad.

Lucinda se levantó y muy dignamente salió del despacho de Aurora.

- Adiós.
- Adios, Lucinda –le respondió Aurora sin levantar la vista de la ficha que estaba rellenando.

Pero enseguida escuchó otra voz más conocida

- Vaya, qué buen rollo te traes –le dijo Pablo desde la puerta.
- ¡Pablo! Qué bien, qué alegría verte –dijo levantándose- ¿Cómo por aquí?
- Tenía una gestión por aquí cerca y la verdad es que llevaba unos días pensando en hacerte algunas consultas. Me han dicho que ya no tienes más usuarios hoy, ¿no?
- No, siéntate. Qué bien, Pablo, qué alegría –exclamó cuando él se sentó-. ¿Cómo estás?
- Bien, supongo. Esta noche dormí algo mejor. ¿Cómo estás tú?
- Insoportable, creo. No –explicó ante el gesto de protesta de Pablo-, ya lo has visto, estoy con un humor terrible.
- Hija, es normal, si no tenías ni que estar trabajando.
- Ya, pero no existen días por fallecimiento de ex-novio, ya sabes. Podría haberme cogido días de convenio, pero también me viene bien trabajar. Aunque sea a costa de ser borde con los usuarios.
- Bueno, tú nunca has sido precisamente borde atendiendo, todo lo contrario.
- Sí, es cierto –admitió Aurora mientras jugueteaba con el bolígrafo-, pero últimamente tengo menos paciencia. Y, no te creas, no es sólo estos días, es en general. También creo que con los años me he vuelto más exigente con algunas cosas. Y en el fondo no creo que sea malo. Mira esta Lucinda. Estoy harta de padres que supuestamente no se hacen cargo de los hijos, que parece que nunca están pero que tú sabes que están.
- Y contratos de trabajo fantasma. Y tantas historias que basta con mirar el pasaporte para ver que no se sostienen. Si te doy toda la razón.
- Sí, menos mal que tú estás en esto también y lo entiendes. Pero siempre dudo si es que hemos perdido un poco la vocación. O es que conocemos mejor la realidad.

Pablo se encogió de hombros.

- Un poco de todo, supongo. Somos más profesionales, yo creo que de eso no hay duda, y a la vez estamos más quemados. Pero es que creo que también hay que exigir más a la gente con la que trabajamos. No puede ser que gente que ya ha tenido trabajo y papeles en España no mantenga unas mínimas condiciones de vida. Yo creo que también hay muchos pájaros en la cabeza.
- Totalmente de acuerdo contigo. No puede ser que se traigan hijos si no tienen una mínima garantía de ingresos. O si no van a poder estar un poco de encima de ellos. No puedes traerlos a otro país, a una ciudad como Madrid, a un sistema educativo de nuevo y luego no poder atenderlos, que tengas un chaval de quince años todas las tardes por ahí descontrolado. Pues te acabará en una banda, con un poco de suerte.
- Y ahora con la crisis, veremos. Es verdad que lo de las hipotecas ha sido terrible. Eso y el trabajo. Toda esa gente que estaba en la construcción, ¿qué va a hacer ahora?
- Desesperarse. Algunos robar y habrá quien se plantee volverse a casa.
- Eso quería preguntarte, entre otras cosas. ¿Cómo está el tema del retorno voluntario?
- Mal, como todo. Está la opción de recibir el paro en un solo pago, pero esa no la quieren.
- Y mira que no es mala idea.

- No, pero de los que están mal, el que tiene el paro hoy en día es el afortunado. Y piensa que al menos puede ir tirando hasta que las cosas cambien. Y convéncele tú de que las cosas no van a cambiar, no al menos a corto plazo. Que las cosas no van a volver a ser como hace un par de años. El otro día, entrevistaban a un obrero veterano que se había quedado en paro y decía que se había hecho en un año el trabajo de construcción correspondiente a diez años. Eso no va a volver a pasar.

- ¿Y los que no tienen el paro?

Aurora se encogió de hombros.

- Se supone que tenemos ayudas, pero son mínimas. Así que –sonrió-, si estás pensando en mandarme a alguien, olvídale,

- No, si tuviera que mandarte gente, no te mandaría uno, te mandaría cien. Entonces, ¿puedes salir a tomar algo?

- Sí, vale. Tengo que rellenar las fichas, pero me da tiempo antes de salir.

- O si quieres espero a que salgas.

- Me recogerá Sergio. Pero, por supuesto, eso no cambia nada. Te puedes venir

- No, mujer, nos tomamos algo rápido ahora. ¿Qué tal él, entonces? ¿Cómo ha llevado esto?

- Bueno, eso es para contarlo despacio. Déjame que apunte un par de cosas y nos tomamos ese café.

Aurora comenzó a ordenar sus notas y Pablo, observándola, pensó una vez más en lo elegante que era. Igual que sus sentimientos hacia Susana eran más profundos, por Aurora sentía, además del cariño por su larga amistad, admiración. Admiración por su atractivo, por su energía, por su capacidad de trabajo.

- Venga- dijo ella levantándose-, cuando quieras.

Caminaron fuera del edificio y fue cuando Aurora volvió a la conversación:

- Qué días tan raros, Pablo.

Él simplemente asintió.

- Apenas hace tres días que murió Miguel- prosiguió Aurora-, y todo parece poco a poco volver a la normalidad. Es muy extraño.

- Ley de vida, supongo.

- Qué sucia ley, ¿no? –y, ante la expresión de Pablo, añadió-. Quiero decir, que deberíamos seguir removidos durante muchísimo tiempo.

- Y lo estamos. Porque no me dirás que tú...

- Yo estoy destrozada, Pablo. Nunca pensé que podría sentir algo así en estas circunstancias. No quiero pensar que será perder un hijo, por ejemplo, o tu pareja. Ya – continuó ante la sonrisa de Pablo-, es cierto, que *era mi pareja*.

- No habrá sido nada fácil para Sergio, supongo.

Aurora respiró hondo antes de contestar.

- No, en absoluto. Y eso que su comportamiento ha sido intachable... Pero, no sé, de alguna manera no estábamos conectados, era como si por unos días estuviéramos en planos paralelos, como si yo me hubiera transformado en otro estado físico, me hubiera

hecho humo o algo así, no sé. En fin, tal vez, era muy difícil que él pudiera vivir esto con total profundidad.

- Su papel no era nada fácil.

- No, si lo sé, si no es una queja, no puedo tener más que palabras de agradecimiento. Pero, ¿sabes? –dijo mirándole a los ojos-, tampoco esto es una maldita empresa de servicios y no es lo que pienso sobre su comportamiento. Es lo que siento.

- ¿Y qué sientes, si te puedo preguntar?

Aurora sonrió mirando al suelo, como si reflexionara un instante, tratando de encontrar las palabras más adecuadas.

- Siento –dijo levantando la vista-, que acabo de perder un partido difícilísimo y, aunque la derrota ha sido durísima, tampoco sé si estoy preparada para jugar a juegos más sencillos. Aunque los pueda ganar. En fin, que ya no sé si el maldito listón vuelve a estar demasiado alto.

Enrique se estaba ajustando la corbata en el servicio cuando entró uno de los becarios. Se saludaron brevemente dado que, si él no estaba equivocado, no se conocían. Desde el espejo pudo fijarse en su aspecto informal y era como, pensó sonriendo, si viniera a verle el Espíritu de las Universidades Pasadas, ya que además debía medir más o menos lo mismo y, todo hay que decirlo, tenía un cierto aire a él.

Pensó en la última vez que había ido a la facultad sin traje. No era difícil calcularlo, lo mismo que llevaba de vicedecano. No todos los que tenían cargo lo llevaban, pero él desde el primer momento no había dudado en llevar esa prenda que le daba distinción y, por otro lado, tan bien le sentaba.

El becario se despidió y Enrique, tras saludarle con un movimiento de cabeza, miró su reloj. No debía entretenerse si quería llegar puntual a la reunión en el Rectorado. Pero fue ver el reloj y acordarse de su mujer, Patricia, que se lo había regalado precisamente cuando estrenó su cargo. Así que volvió a mirar el reloj, ya no para ver la hora, sino como objeto, tratando de alguna forma de entender su significado. Cuánto han cambiado las cosas, pensó. Patricia le apoyó totalmente en esa decisión, pero ahora que le tocaba renovar mandato, le había saltado de pronto con que ella quería volver a trabajar.

- Lo necesito, Enrique –recordaba sus palabras-. Necesito algo más que estar aquí en casa cuidando de los niños.

- Pues no sé, mujer, haz algo, haz alguna actividad, apúntate a algo.

Ella sacudió la cabeza.

- No lo entiendes –y tras una pausa, añadió-. No es una cuestión de simple aburrimiento, es que necesito sentirme útil. Y no se te ocurra, por Dios, –le frenó con un gesto- decirme que me apunte a una ONG o algo así. Lo que necesito, hablando en plata, es sentirme productiva. Ganarme un sueldo, vaya.

Y entonces Enrique pensó: Y para eso necesitas cargarte lo mío, ¿no? Desmontar mi chiringuito para montar el tuyo, ¿no? Pero en vez de eso, dijo:

- Quieres volver a los seguros. Es eso, ¿no?

- Es lo mío, Enrique, es lo que sé hacer.

- Bueno, puedes hacer como hacen muchos agentes, conseguirte tus clientes por libre. Eso lo puedes compatibilizar con el resto de tu vida.

- No, Enrique, otra vez no lo entiendes. Necesito trabajar en una empresa, tener compañeros, salir a tomar café, sentir la presión de que no cumplo los objetivos. Y cumplirlos, cumplir los malditos objetivos. No quiero un sueldecillo extra para mis gastos. Quiero un maldito trabajo.

Enrique se sentó en el sofá pensativo.

- Pero, ¿tiene que ser justo ahora? ¿Ahora que voy a renovar mandato?

- Cuándo si no, antes de que empieces. No digo que no lo hagas, sólo digo que tendrás que hacer que todo sea compatible –se sentó junto a él y continuó en un tono más suave-. Yo siempre te he apoyado en tu trabajo, Enrique. Creo que nunca te he pedido nada. Y no tiene por qué ser tan difícil, creo yo. Es organizarse con los niños, la casa. Repartir un poco de nuevo las tareas.

- Bueno, lo pensaremos.

Pero no lo había pensado. Mejor dicho, lo había pensado y había decidido que quería que las cosas siguieran como estaban. Por primera vez, había encontrado lo que quería hacer. Ya no se veía dando clase a los alumnos de primero de carrera, todo lo más a los de quinto curso o de doctorado. De hecho, las clases se habían convertido en un mal necesario para lo que realmente había descubierto que le gustaba: la organización, las influencias, la relación con los altos cargos. El poder, en definitiva. Y la política, incluso. Disfrutaba de todo ese movimiento de influencias, camarillas, rencillas o favores entre los que había descubierto que se movía a las mil maravillas.

Por eso, entendía a Patricia, pero en lo más profundo de su ser, sabía que él no iba a renunciar a todo aquello. Hasta el punto de que, por primera vez en su vida, su trabajo se había convertido en el primero de su escala de valores. Y, también por primera vez, no tenía miedo del precio que tendría que pagar para mantener las cosas tal y como estaban.

- Pero, Gonzalo –le protestó Carmen por el teléfono-. No tiene sentido.

Gonzalo pretendía concretar la cena de la que llevaban semanas hablando para celebrar los veinte años desde que dejaron el instituto.

- ¿Cómo que no, jefa? Claro que tiene sentido.

Aunque no podía verla, Carmen sacudió la cabeza.

- ¿Quién va a tener ganas de fiesta tan pronto? Piénsalo un poco.

- ¿Quién ha hablado de fiesta? Yo lo que propongo es que llevemos a cabo la reunión tal y como la habíamos previsto. Simplemente eso.

- ¿Y olvidarnos de que Miguel se murió el sábado, Gonzalo?

- No me vengas con esas. Sabes que no quiero olvidarlo, sino todo lo contrario. Es la forma de que él esté presente, de que sea el protagonista. Tú sabes que dentro de un par de meses nos acordaremos de él, por supuesto, pero ya no será lo mismo.

Carmen respiró hondo antes de contestar:

- Ya estoy harta de homenajes, Gonzalo, de verdad. Ya hicimos lo de Huertas, vale, y lo hicimos por Miguel, pero también lo hicimos por ti. No me pidas ahora que te ayude con esto.

- Te necesito, jefa. Si tú no me ayudas, sabes que no saldrá adelante.

- Y es que a lo mejor no tiene que salir. En fin –añadió sin esperar otro argumento de Gonzalo-, haré un par de llamadas a ver qué ambiente hoy. Eso sí, una cosa sí te digo.

- ¿El qué?

- Aurora. La llamo la primera y si a ella no le convence, lo olvidamos, la aplazamos y no hay discusión.

- Está bien –concedió Gonzalo tras una pausa-. Otra cosa.

- Dime.

- Voy a organizar un concierto. En honor a Miguel.

- Pero, ¿cómo? ¿De esos para recoger dinero?

- Bueno, no sé, tampoco he pensado en eso, aunque es lo de menos. Se le puede dar a la familia.

- O a Amparo.

- Bueno, sí, o a Amparo. Pero no creo que sea lo más importante. El caso es reivindicarle, reivindicar su música. Y tener un recuerdo para él.

- No, si te entiendo, Gonzalo. Y cuando sea nos avisas, que por supuesto intentaremos ir.

- Gracias, jefa. Creo que la cosa esta hecha. He hablado ya con los músicos que tocaban con él y con algún otro grupo. Creo que lo podremos hacer en la Sala Siroco.

- Ahí tocó él muchas veces, ¿no?

- Sí, siempre fue su sala favorita. Hombre, si hubiera tocado en el Vicente Calderón, pensaría diferente. Pero tú ya me entiendes.

- Sí, claro.

- Bueno, jefa, ya me cuentas.

- Vale, Gonzalo, cuídate.

- Lo haré. Un beso.

- Un beso. Adiós.

Carmen resopló mientras colgaba el teléfono. No le apetecía nada el tema de la cena, menos aún encargarse ella misma de impulsarla. Era una idea rara. Igual que lo del concierto le parecía una buena idea, que incluso era natural, lo de la cena parecía forzado. Pero bueno, pensó, tal vez es una historia que me estoy montando yo, así que hablaré con Aurora.

En cualquier caso, mientras volvía a la cocina, pensó en Gonzalo y en ese ritmo frenético de actividad que se estaba marcando y todo girando alrededor de Miguel. Sabía de su gran amistad con él, sin embargo no podía evitar pensar que, con todo esto, tal vez estaba intentado ocuparse de su amigo todo lo que quizá él mismo pensaba ahora que tenía que haberse ocupado antes.

Susana vio el montón de ropa y no pudo evitar un suspiro.

- Madre mía, todo lo que nos queda por colocar.

- Y esto no es nada, hija –le previno su compañera Victoria-. Hay otro montón en el almacén.

- Si esto ya es de la temporada de verano. Hija, con el frío que yo tengo.

Victoria rió.

- Es cierto. Pero, no sé, a mí me da buen rollo ver esta ropa. Es como si no quedara tanto para el verano, ¿no?

- No sé. Si al menos hace que venga más gente...

- Sí, ¿verdad? Vaya rebajas. No recordaba tan poca gente desde hace un montón de tiempo. No sé, tía, reconozco que me da un poco de miedo.

- ¿De qué? ¿De que nos echen?

- Claro –se encogió Victoria de hombros-. ¿Y por qué no? Anda que no están echando gente en otras tiendas. Yo ya sé de dos amigas que se han quedado en la calle. Y viendo la tienda –dijo con un movimiento de la cabeza-, no me extrañaría nada.

- Puf, no me digas eso, que es lo que me faltaba.

Victoria dejó por un momento el montón de ropa y la miró preguntándola.

- ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

Susana sonrió y sintió que se emocionaba. Una vez más le ocurría sin una razón aparente, pero no podía evitarlo.

- Tía, ¿qué te pasa? –le insistió Victoria.

Se había prometido que no iba a hacer pública la noticia hasta que pasaran los tres meses de rigor, hasta que supiera que todo iba bien y no había ningún problema, pero el silencio le estaba costando mucho más de lo que esperaba. Y de hecho, se sorprendió diciendo:

- Estoy embarazada.

- ¡Qué dices! ¡Qué alegría! Así no fumabas, cabrona. Yo pensaba qué voluntad tiene esta tía, qué envidia, me está dejando fatal. Pero venga, salimos y me lo cuentas todo. ¿Ya has salido a comer?

- No, me toca ahora.

- Pues espera, voy a ver si cambio mi turno. No te vayas –y antes de alejarse, la miró y le dijo-. Ay, qué alegría, tía.

Susana sonrió y volvió a colocar la ropa. Bueno, pensó, esto cada vez es menos secreto. Pensó en el día anterior, cuando se lo había dicho a Andrés, que reaccionó muy bien, tal y como ella esperaba.

- ¡Qué bien, cari! ¡Qué gran noticia! ¿Y cómo no me lo has dicho antes?

- No lo sé –se encogió de hombros-. Iba a decírtelo este fin de semana, pero con lo de Miguel...

Y porque me siento asustada, pensó.

- ¡Qué tendrá que ver! Pero, bueno, da igual, el caso es que estás embarazada. Pues habrá que hacer planes, ¿no? No sé, hay que ver la habitación, pintarla... Bueno, aunque aún no sabemos el color.

Susana rió.

- No seas impaciente. Hay que esperar. Hasta que veamos que todo va bien no hay que hacer planes ni comprar nada.

- Bueno, lo que tú digas –admitió él cogiéndola por la cintura-, que eres la experta. Pero habrá que celebrarlo. Venga, arréglate, que nos vamos a cenar.

- ¿Ahora? No, prefiero celebrarlo aquí en casa, tranquilitos.

- Anda, mujer. Que la noticia lo merece.

- No, de verdad. ¿Por qué no bajas y compras algo?

Andrés dudó un momento, pero finalmente dijo:

- Está bien, tú mandas.

- Gracias, cariño –le dijo ella dándole un beso.

Cuando bajó Andrés, Susana se quedó pensando en lo que le ocurría. Por supuesto, estaba feliz con la noticia, pero no podía evitar cierta sensación de melancolía. Deben ser las hormonas, se repitió. Pero había algo más, una sensación de cierta soledad e indefensión que no sabía cómo combatir. Sabía que era algo que difícilmente podía compartir con Andrés, que sin duda también lo achacaría a las hormonas. Fue entonces cuando lo pensó. Sin duda tenía que quedar con Pablo.

Carmen inició esa especie de ronda de consultas que había pactado con Gonzalo. Y, cumpliendo lo que habían acordado, había llamado a Aurora como parte fundamental del asunto.

- Puf, Carmen, qué quieres que te diga. Con lo que has hablado con Gonzalo, si digo que no, ya soy la mala, ya no se hace la cena porque Aurora no quiere. Y eso no me apetece.

- No, mujer, la consulta es real. Si a ti no te apetece no se hace ahora. Hija, es natural, todos estamos afectados, pero tu palabra tiene más peso.

- Ya, el peso de la viuda –dijo con tono irónico.

- Venga, Auri, de verdad. ¿Cómo estás?

- Sí, perdona, Carmen, si no es por ti, es que me da rabia lo de Gonzalo, que parece que no descansa.

- Ya, pero, en serio, yo creo que esta vez va de buenas. Además lo de consultar contigo fue idea mía, que conste.

Aurora resopló y pensó un instante antes de contestar.

- Por mí, ¿qué quieres que te diga?, que se haga. Sinceramente, a mí ni me quita ni me aporta. Tengo tanto lío en la cabeza que la verdad es que dudo que me venga mal ver a la gente. Otra cosa es que se me escape alguna barbaridad, de eso no respondo.

- Claro, mujer. Y cuéntame, ¿qué pasa por tu cabeza?

- Pues de todo, hija, de todo. ¿Sabes? Y eso sólo te lo puedo contar a ti, porque es una barbaridad... En parte siento alivio. Sí, alivio –continuó tras una pausa-. Antes, cuando Miguel estaba vivo y desde que no estábamos juntos era un tema que tenía ahí sin saber muy bien cómo manejar. No estaba con él pero me costaba estar sin él. Y todas mis relaciones se contaminaban con eso, había como una mancha que me impedía llegar a nada con otros tíos.

- Ya, y ahora...

- Pues, ahora que se ha ido, siento como que algo de verdad ha terminado. Pero, ¿sabes lo más gracioso? Que ahora que tengo el campo libre, y perdona la barbaridad que estoy diciendo, que pobretico Miguel...

- No te preocupes.

- No, Carmen, si por eso tengo confianza contigo. Y es que si no cuento estas cosas reviento.

- Por supuesto, preciosa. Sigue con lo que estabas diciendo.

- Vale, sí, ¿por dónde iba?

- Por lo del campo libre.

- Ah, sí, que ahora que no tengo ese problema, ahora es cuando siento que necesito algo igual. Es decir, no igual, porque con Miguel a veces llegó a ser un calvario, pero sí de la misma intensidad. Viendo el dolor que he sentido estos días, me he dado cuenta que necesito algo de esa misma intensidad. Y no se si Sergio me puede dar eso...

- Hombre, Auri, ese planteamiento no es justo para Sergio .

- Ya, ya lo sé, Carmen, no hace falta que me lo digas. Pero es que ya no sé si tengo que ser tan justa en esto. A lo mejor tengo que ser más visceral. Si tengo que decidirme por Sergio igual que por un piso que voy a comprar, a lo mejor es un planteamiento muy triste.

- Ya, no sé, si a lo mejor llevas razón. Pero tal vez no sea este el mejor momento para tomar decisiones.

- Ya. Pero es que las decisiones vienen solas. Quedo con Sergio y no estoy bien. Y él lo nota y, aunque hay que reconocer que está pendiente de mí en todo momento, yo sé que eso le afecta y, en fin, no sé.

- Lo que necesitas desde luego es descansar. ¿Estás durmiendo bien?

Aurora respiró profundamente antes de responder

- Hombre, bien creo que es casi imposible dadas las circunstancias. Pero algo duermo, la verdad y creo que eso es bueno. Si te digo la verdad –dijo tras una pausa-, ¿sabes lo que necesitaría?

- ¿El qué?

- Desaparecer. Desaparecer del mapa una temporada y no tener que ver a nadie ni dar explicaciones.

- Pues hija, hazlo. Tampoco es tan difícil. Te pides un par de días y los juntas con el fin de semana.
- Pues oye, quizá lo haga. Bueno, este fin de semana no, que es la cenita en cuestión.
- ¿Estás segura, entonces, de que quieres ir?
- Sí, Carmen, doy mi esperado visto bueno.
- Gracias. Bueno –dijo aclaró tras una breve risa-, te doy las gracias aunque que sepas que a mí ni me va ni me viene, quiero decir que ya sabes que me cuelgan siempre estas cosas.
- Ya, lo sé, es cierto. Y encima te llevan todas las broncas, pobre. Ay, Carmen.
- Qué
- Que ojalá pudieras escaparte conmigo unos días.
- Pues sí, ojalá, pero ya sabes.
- Sí, lo sé. Pero comemos un día, eso sí.
- Por supuesto, llámame.

Se despidieron y Carmen se sentó al ordenador a redactar el correo. Es cierto que le encargaban siempre ese tipo de embolados, pero es que ella era lo que Pablo llamaba el punto de equilibrio del grupo, lo bastante cerca de todos y sin problemas graves con ninguno. Y como punto de equilibrio que era, sabía elegir las palabras adecuadas para que nadie se sintiera molesto, para que, en definitiva, el protagonista fuera precisamente el que no podía confirmar su asistencia.

De: Asun.

Hola, chicos

Bueno, por nosotros vale, si a vosotros os parece. La verdad es que pensábamos que de la cena ya nada, pero nosotros no tenemos problema.

Ya concretamos. Besos.

De: Enrique

Hola a todos

Tengo que hablar con Patricia todavía, aunque confieso que me sorprende vuestra convocatoria, con lo de Miguel todavía tan reciente. Entiendo, Carmen, lo que proponéis en el sentido de que de alguna manera sería una especie de homenaje hacia él, pero lo encuentro todo un tanto extraño, sinceramente. Dicho esto, y a la espera, como digo, de hablar con Patricia, entiendo que iremos si todos lo hacen.

Un abrazo

De: Aurora

Hola a tod@s.

Que conste que Carmen me consultó esto el otro día. Yo le dije que no lo veía mal (bueno, ni bien ni mal, estos días no estoy para muchas decisiones). Evidentemente no va a ser la fiesta que iba a ser cuando lo pensamos pero tampoco sé cuándo podríamos hacer de esto una fiesta, sinceramente. Tampoco estoy en condiciones de pelear por algo que, sinceramente, ahora me preocupa poco. Sí que tengo claro que no voy a hacer de esto un problema.

Siento no estar más positiva. Creo que no ayudo mucho, pero, bueno, imagino que lo entendéis.

Besos

De: Carmen

Hola de nuevo.

Entiendo lo que dices, Enrique, y creo, como también dice Aurora, que no deberíamos hacer un problema de esto. Sinceramente, creo que tiene sentido si vamos todos los que teníamos previsto ir cuando se nos ocurrió lo de la cena. Si no, valdría la pena pensar en otra alternativa en la que todos estuviéramos cómodos.

A ver qué dicen los demás. Un beso.

De: Gonzalo

Sería en el restaurante Riazor, junto a la Plaza Mayor, como ya habíamos comentado. A las nueve o así si a todo el mundo le parece bien.

De: Enrique

Ya hablé con Patricia y se mostró tan sorprendida como yo, aunque también coincide en que acudiríamos si lo hacen todos. Para no alargar esto, veamos que dicen Pablo y Susana y si están conformes, lo hacemos y ya está. De todas formas, Gonzalo, no puedo evitar darme cuenta de que de alguna manera te desmarcas del debate, cuando entiendo que eres uno de los impulsores de la idea, si no me equivoco. En fin, cada uno que haga lo que quiera. Yo, desde luego, me quedo con la tranquilidad de haber dicho lo que pienso en este asunto.

De: Pablo

Hola a tod@s

No había escrito antes porque ya conocía el asunto por Gonzalo y Carmen y no quería condicionar a nadie. A mí me parece bien la idea como me parece bien cualquier otro motivo de estar juntos un día. Por supuesto que no tendremos ganas de fiesta, pero a mí en estos días me resulta especialmente importante tomarme una cerveza con vosotros.

Un fuerte abrazo.

De: Gonzalo

No pretendo entrar en un debate porque para mí no lo hay (es mi forma de opinar, en cualquier caso).

De: Susana

Perdonad que no haya contestado antes, ando con mucho lío. Bueno, no sé qué decir. Veo que soy la última y está todo más o menos dicho. Y, en fin, si Auri ha dicho que sí, yo digo que también. Y prefiero no entrar en más historias, la verdad.

Besazos.

De: Carmen.

Bueno, entiendo que lo hacemos, salvo que alguien cambie de idea. Por favor, eso sí, si alguien se echa atrás, lo hablamos, porfa, que no se convierta luego en una catarata de renunciadas y nos quedemos los de siempre (con todo mi cariño hacia ellos, por supuesto).

Así que lo que decía Gonzalo, en el Riazor a las 9. Tenemos un pequeño salón reservado para nosotros para estar más tranquilos. Entiendo que no llevaremos ninguno a los niños (si no es así, decidlo) y por supuesto, están invitadas todas las parejas sean antiguas o recientes (prometemos no inundaros con demasiadas anécdotas. ¿Lo prometemos?).

Bueno, chicos, creo que hacemos bien. No se trata de hacer nada muy especial. O sí, pero qué mejor que estar todos juntos y más en días como estos, ¿no?

Ya no me enrolló más, nos vemos el sábado y cuidaos mucho, ¿vale?

Muchos besos.

- ¿Qué quieres tomar? –le preguntó Sergio a Aurora.

- Puf, no sé –resopló ella-, un Nестea.

- Vale, voy a pedir.

Aurora lo observó mientras se acercaba a la barra. Aprovechó para pensar una vez más que, desde luego, era lo que se dice un tío bien plantado. Y seguro de sí mismo, pensó cuando le vio hablar con el camarero. Y una buena persona, cariñoso además. Rió sin ganas pensando en lo absurdo que era recorrer las virtudes de un tío que iba a dejar. Estás loca de remate, Aurora, pensó. Pero había tomado una decisión. Lo venía rumiando durante toda la semana, pero lo había decidido tan solo unos minutos antes, cuando Sergio había venido a recogerla y, al darle un beso de saludo, ella había sentido fundamentalmente una especie de fastidio. Esto no puede seguir así, había decidido.

Sergio volvió con las bebidas, dejó la de Aurora y cuando se sentó delante de ella, Aurora pensó que la estaba mirando como si realmente pensara que se había vuelto loca. Y motivos no le faltan, sin duda, pensó sonriendo.

- ¿Qué piensas? –dijo también sonriendo Sergio, como si la primera sonrisa de ella fuera una señal que estuviera esperando.

Aurora se encogió de hombros.

- Nada. Nada importante.

- ¿Qué tal el trabajo?

- Bueno, un día normal. Lo cual en sí supongo que es una buena noticia –dijo antes de dar un trago a su bebida.

- ¿Te sientes más tranquila?

Aurora volvió a sonreír.

- No, la verdad, no precisamente ahora.

Sergio se echó para atrás y por su gesto Aurora notó que empezaba a sentirse molesto.

- ¿Por qué? –le preguntó.

Aurora jugueteó unos segundos con su vaso, sin mirarle a los ojos, antes de contestar.

- Sergio –levantó la mirada finalmente-. Tenemos que hablar –y antes de que respondiera nada, añadió-. Vaya, no se me podía ocurrir nada más tópico –dijo con una breve risa.

Sergio siguió con el semblante serio, dispuesto a escuchar lo que Aurora tuviera que decir.

- Lo siento, Sergio. Esto no funciona. Y no es culpa tuya, lo sé. Empiezo a pensar que tampoco es culpa mía, que no es culpa de nadie.

Sergio apretó los labios y sacudió la cabeza.

- Bueno –dijo simplemente, como quien comprueba que no ha acertado el número de la lotería que tiene entre las manos.

- Sé que lo de Miguel ha sido determinante –continuó Aurora-, porque antes estábamos bien. Pero ha ocurrido y no puedo actuar como si nada hubiera pasado...

Sergio la frenó con un gesto.

- Está bien. Déjalo.

- Pero es que te mereces una explicación...

Sergio no pudo reprimir una breve carcajada.

- ¿Quién se la merece? ¿Tú o yo?

- ¿A qué te refieres?

- No necesito esa explicación, Aurora. Te he visto estos días, he visto cómo me mirabas, cómo me hablabas, así que no necesito ahora ninguna explicación. Entiéndeme, eres una tía increíble, en serio. Pero yo tampoco estaba dispuesto a continuar esto así mucho tiempo. Creo que he hecho todo lo que humanamente se podía hacer estos días. Y que conste que no es una disculpa, porque estas cosas se sienten o no. Y eso no se puede cambiar. Es evidente que tú necesitas otra cosa.

- ¿Y tú? ¿Qué necesitas tú? –preguntó con sincera curiosidad.

Sergio sonrió antes de contestar.

- Nada del otro jueves. Pero sin duda sentirme importante, quiero decir, sentir que lo soy para la otra persona. Y estos días no ha sido así en absoluto.

- Perdona, yo...

- No –volvió a interrumpirla-, hablo en serio cuando digo que no quiero una explicación.

Aurora se quedó muy sorprendida del firme tono de Sergio y se sintió aún más descolocada cuando dijo:

- Venga, lo mejor es que nos vayamos. Te llevo a casa.

- No –dijo Aurora rotundamente-. Ahora no. Prefiero estar sola.

- ¿Estás segura? Aurora, no me cuesta ningún trabajo.

Ella asintió sin mirarle.

- Como quieras. Te llamo un día para recoger mis cosas, ¿de acuerdo?

Ella asintió de nuevo y Sergio, por última vez, preguntó.

- ¿Estás bien seguro?

Aurora levantó la mirada una última vez para confirmarlo y entonces Sergio se despidió con un gesto de la mano y salió del bar.

Aurora miró su copa y sólo pudo pensar que quería salir de allí. Se veía incapaz de compartir con Sergio un trayecto en el que no parecía posible ninguna conversación que no estuviera llena de frialdad, pero al tiempo se sentía sin la energía suficiente para coger el metro e irse a su casa. Finalmente decidió coger un taxi. Se levantó y, sin preocuparse de si las bebidas estaban pagadas, salió del bar. Fue en ese momento cuando ya no pudo evitar algunas lágrimas. Todo aquello le superaba: la dureza de Sergio, que ella podía entender pero que jamás hubiera esperado de él, su frialdad, el hecho de que no hubiera dudado un instante, que no le hubiera propuesto ni por un instante vamos a intentarlo... En definitiva, el haber llegado allí con intención de abandonar a Sergio y salir con la evidente sensación de ser ella la abandonada.

A Pablo le gustaba conducir de noche por Madrid, cuando ya comienza a desaparecer el tráfico propio de la jornada de trabajo y la ciudad va adquiriendo un aire más reposado. Había encontrado sitio cerca de Bilbao y es que, aunque eso le obligara a dar un paseo hasta San Bernardo, le resultaba más fácil buscar un hueco en esa zona, que conocía mejor. Además, nunca había tenido problema para caminar. Aunque ahora usaba el coche con más frecuencia, no era de esos conductores que necesitaba aparcar a poquísimos metros de su destino. Sí que es cierto que ya le daba pereza moverse sólo en transporte público, pero al mismo tiempo esos paseos por la ciudad le retrotraían a tiempos quizá mejores, cuando entre unas cosas y otras pasaba todo el día y parte de la noche fuera de casa. Por eso, aunque sólo iba a quedar con Gonzalo para ayudarle a organizar el concierto homenaje a Miguel, aquello tenía el sabor de un plan entre semana.

Mientras caminaba por la calle Carranza, comenzó a pensar en Susana. Había tomado un café con ella ese mismo día en una pausa de su trabajo. Apenas pudo ser poco más de media hora porque ella tenía que volver a la tienda, pero una media hora muy aprovechada, pensó Pablo. Y es que, si ya había notado algo especial en ella en el tanatorio, los síntomas, para él que tanto la conocía, se habían agudizado al verla esa misma tarde: cierta sensación de serenidad, ciertamente no tan frecuente en ella, la

intensidad de sus palabras, el brillo de su mirada. A estas alturas no esperaba ser él el protagonista de esos cambios así que lo cierto es que no le extrañó nada que ella le dijera:

- Estoy embarazada, Pablo.

Aunque no le pillaba del todo de sorpresa, no pudo evitar un pequeño estremecimiento.

- Perdona, que te lo cuente así de sopetón, pero necesitaba contártelo y, chico –admitió sonriente mirando el reloj-, no tenemos más que unos minutos.

Pablo se repuso lo suficiente para preguntar:

- Y, ¿cómo estás?

- Bueno, es muy pronto. De hecho –rió- no tendría que contarte esto tan pronto. Todavía hay muchos riesgos, ¿sabes? Hasta que pasen un par de meses no hay que hacerse demasiadas ilusiones.

Pablo, con la mano en la barbilla, como si la estuviera estudiando, añadió:

- Dios mío, Susana, embarazada. Ahora te empieza la vida con mayúsculas.

- Bueno, no sé –protestó-. Vale, sí, en realidad supongo que llevas razón.

- Pero, estás contenta, ¿no?

- Claro. Pero tengo mucho miedo, Pablo.

Él se adelantó un poco hacia ella para preguntarle:

- Pero miedo, ¿de qué?

A Susana se le humedecieron un poco los ojos.

- No sé, Pablo, de todo. De que vaya todo bien. De ser una buena madre...

- Lo serás sin duda, Susana –la tranquilizó-. Te conozco y sé que lo serás. Y en ese sentido, parte del miedo es bueno, en el sentido de que te hará ser prudente. Pero ten por seguro de que lo harás muy bien. Eres sensible y sensata y yo creo que eso es básicamente lo que se necesita.

- Gracias, Pablo –dijo sinceramente apretándole la mano-. Perdona que saque el pañuelo, estoy estos días que me emocio por cualquier cosa. Bueno –corrigió mirándole-, esto no es que sea cualquier cosa. Tenía muchas ganas de contártelo. Y, bueno, quiero que sepas que esto, bueno, que sigo contando contigo, de verdad.

- Por supuesto, Susana. Claro que puedes contar contigo.

- Gracias. No sé. No quiero que...

Ya lo sé, pensó Pablo, no quieres que me sienta incómodo porque siempre he estado enamorado de ti y ese podría ser mi hijo y no el de ese impresentable. Pero se limitó a decir:

- Tranquila, Susana, está bien. Me alegro mucho, de verdad. Y, sinceramente, te agradezco que me lo cuentes.

- No, de verdad, Pablo, te lo digo en serio que de verdad lo necesitaba. La verdad es que a veces pienso que echo mucha mano de ti, que abuso un poco.

- ¿Tú me ves a mí molesto o preocupado? No seas tonta.

- Ya –admitió bajando la mirada-. En ese sentido soy muy afortunada -e hizo una pausa antes de añadir-. Y luego es que además, no puedo evitar pensar... –pero ella misma se interrumpió-. Bueno, déjalo, es una tontería...

- Venga, dilo.

- Nada, si ya te digo que es una tontería. Es que, bueno, sin querer pienso que también voy a perder como mujer, ¿sabes? Me veo despeinada y llena de vómitos, no sé... Perdona –se interrumpió al emocionarse de nuevo.

Pablo sacudió la cabeza sonriendo.

- No te sientas mal. Es natural que lo pienses. Pero todo el mundo dice que la maternidad hace que la mujer esté más guapa, y yo creo que es cierto. Y, de todas formas, eso no depende de un peinado y de una ropa cara, ya me entiendes.

- Gracias, Pablo. Vaya –rió- hoy no hago más que darte las gracias.

- No tienes por qué hacerlo, Susana, de verdad.

- Está bien. Pero bueno, ¿tú como estás? Cuéntame, que incluso –bromeó mirando el reloj- tenemos cinco minutos.

- Como siempre. Bueno, como siempre no, que lo de Miguel me ha dejado muy tocado, la verdad. Es curioso –reflexionó tras una pausa-, tampoco teníamos últimamente la misma relación que antes, pero es como si hubiera perdido una parte de mí.

- Ya, te entiendo.

- Y es la sensación, no sé, de que ha caído el primero. Y que además ha caído condenadamente pronto. No sé, entiéndeme –se excusó sacudiendo la cabeza-, sé que ha sido un hecho excepcional, que no hay que pensar en ello. Pero no puedo evitarlo.

- ¿El qué?

- El pensar, Susana, en que ya nos hemos hecho vulnerables, que esa especie de sensación de indestructibilidad que te permite la juventud, esa ya la hemos perdido.

Patricia empujó casi literalmente a sus hijos a que se despidieran

- Venga, despedíos de Jorge, que ya es hora de acostarse.

- No, no queremos. Un poco más –protestaron.

- Venga, haced caso a vuestra madre –intercedió el propio Jorge-. Y, en cualquier caso, tenemos pendiente esa visita al laboratorio.

- ¡Es verdad! ¿Podremos ir? –preguntó Alfonso, el mayor.

- Sí, claro –dijo Enrique-, un día que no haya colegio, claro.

- ¡Pero entonces estará cerrado –protestó su hermano.

- No conocéis a Jorge –aclaró Enrique entre risas-, si está el conserje, está él. Y, a veces, aunque no esté el conserje.

- Bueno, no exageres –protestó Jorge.

- Venga, pero ahora a la cama –sentenció Patricia.

Y, entre las últimas protestas, acompañaron a su madre a la habitación.

- Bueno –dijo Jorge-, cómo te han crecido los niños, ya están hechos unos hombretones.

- Sí, es lo mismo que piensa Patricia –admitió Enrique mirando hacia la puerta.

- ¿Por qué lo dices en ese tono? ¿Pasa algo?

- No lo sé. Bueno, contigo tengo confianza. ¿Quieres tomar algo más? ¿Pasamos al whisky?

- Dicho así suena como “¿pasamos al dormitorio?” –rió Jorge-, y sin ser mucho menos vicioso, además... Cómo decirte que no, de todas formas. Ya sabes lo que se dice en la Facultad. Si te puede tocar un marrón, que no te lo pida Enrique, que al final te convence y te quedas con él.

- Qué tontería –protestó Enrique. Pero estaba complacido al mismo tiempo-. Ya sabes cómo es esto de la política.

- ¿Ves? Es lo que me gusta de ti, que no te andas con gilipolleces. Odio a todos esos que ocupan cargos de poder, porque es poder, para qué vamos a engañarnos, y luego te quieren colocar discursitos de que lo hacen por el bien de la Universidad, que alguien tiene que hacerlo, que patatín que patatán... Gracias –dijo cuando Enrique le tendió el vaso-. Me acuerdo de cuando empezaste en el cargo...

- Todavía investigábamos juntos.

- No, no tengas morro. Si acaso estábamos en un mismo proyecto. Incluso firmamos algún artículo mío en nombre de los dos.

- Eso es cierto. Y te lo agradezco.

- Nada. Sabes que lo hice porque en el fondo era una idea de los dos. Me hubiera gustado desarrollarla juntos, pero así es el amor, hay que ser generoso...

- Ya.

- No, pero cuando te vi después de las primeras semanas, pensé: “Coño, que al cabrón le gusta”. Así que enseguida supe que la pareja investigadora llamada a pasar a la historia llegaba a su fin. Así que, por ella y que en paz descansa –dijo levantando el vaso.

- Por ella. De todas formas –dijo Enrique después de que brindarán-, aunque no haya pasión queda un bonito recuerdo.

- En fin. Tengo que reconocerlo, no he vuelto a encontrar a otro pringado al que no le importe redactar los artículos. Ahora yo tengo ideas que no sé cómo expresar y tú –añadió riendo- sabes expresarte pero ya no te quedan ideas. Un disparate, estarás de acuerdo.

- Sin duda.

- Bueno –dijo Jorge, sentándose-, pero ahora en serio, ¿qué sucede?

Enrique miró su vaso un instante antes de responder.

- No lo sé, Jorge. Bueno, de primeras hay un hecho fácil de explicar: Patricia quiere volver a trabajar.

- Ya.

- ¿Ya qué? –le respondió Enrique con cierta impaciencia

- Ya, que te conozco, Enrique. Que para ti todo está perfecto como está, ¿no?
- Pues sí- reconoció-. Entiéndeme, ya me conoces, no soy una especie de monstruo insensible. Comprendo lo que ella quiere, comprendo que es un sacrificio dedicar tanto tiempo a los niños.
- ¿Pero?
- Pero –sonrió con amargura-, que me cuesta asumir que todo lo que ahora tengo se acabe. Justo cuando soy la maldita pieza que encaja en el puzzle, justo ahora, romperlo y volver a empezar.
- A lo mejor no es tan radical, a lo mejor es cuestión de organizarse.
- Enrique sacudió la cabeza.
- No es tan sencillo, tú lo sabes. En mi carrera, tengo que estar disponible.
- Está bien eso de *mi carrera*.
- Ya, bueno, no sé por qué he dicho eso, pero me ha salido así, sí. Pero sé que me entiendes, ¿no?
- Perfectamente. Pero, ¿puedo decirte algo?
- Sé que te refieres a algo que no me va a gustar, pero adelante.
- Te casaste, Enrique –dijo abriendo los brazos-, y has tenido hijos. Entiéndeme, no voy a soltarte las virtudes de la vida de soltero. Nos conocemos demasiado para andar con tonterías. Pero quiero decir que tienes un compromiso, tío, te guste o no, con tu mujer y tus hijos. Un compromiso que quisiste adquirir.
- Ya.
- Sé que jode oírlo y que piensas que cuando adquiriste ese compromiso no pensaste que ibas a ser vicedecano y vete a saber qué más, pero, escucha, tampoco Patricia lo sabía. Y te apoyó.
- Ya. Puf –resopló-. Llevas razón, Jorge. No te puedo decir otra cosa. Pero, ¿sabes?
- ¿Qué?
- Que hay algo que me corroe por dentro.
- ¿El qué?
- Pues que no sé –dijo tras una pausa- si Patricia hace esto porque necesita respirar otro aire, hacer otras cosas. O es algo más profundo.
- ¿A qué te refieres?
- A qué no sé si es infeliz, Jorge. Y perdona la cursilería, pero es que no encuentro otra forma de decirlo. No sé si todo esto es porque Patricia es infeliz y, yo he estado tan metido en mi maldito mundo, que no he sido capaz de darme cuenta.

Al meter la mano en el bolsillo de la cazadora vaquera, Aurora descubrió un par de papeles. Uno era el teléfono de una tal Maika que no recordaba para nada. El otro un folleto publicitario que probablemente le repartieron por la calle y no había sabido dónde tirar. Vaya, pensó sonriendo, hace siglos que no lavo esta cazadora. Desde que rompió su relación con Miguel apenas había vuelto a ponérsela y es que, de alguna forma, era la *prenda oficial* que tenía para salir con él de noche..

Mi uniforme de *chica de músico*, pensó mirándose al espejo. Y recordó todos los años en los que había asumido muchas veces ese papel, el de chica de músico. Y ya no era sólo la ropa, era un estilo de vida en el que se le suponía cierta condición de mujer objeto. Las chicas de músico vestían de vaqueros, les acompañaban a los ensayos o a los conciertos (donde se agrupaban con las otras chicas) y, en fin, asumían un cierto rol secundario. Bien es cierto que no toda su relación era de esa manera, de otro modo no habría podido sobrellevarlo, pero sí que era así en el ambiente que rodeaba a la vida de músico de Miguel.

Susana, cuando aún era novia de Miguel, no se cansaba de repetírselo:

- No sé cómo aguantas, Auri, no te pega nada ese rollo de chicas y cerveza. Vamos, por Dios, que tú eres mil veces más feminista que yo.

Pero ella quería hacer el esfuerzo de integrarse en su mundo, conocedora de lo importante que era para él.

- Pero él no hace ni la mitad de esfuerzo para integrarse en tu ambiente. Y tú lo sabes.

Y era cierto. Miguel no disimulaba cierto aburrimiento cuando quedaban con sus compañeros de la facultad, incluso se mostraba irónico con su condición de universitarios, como si todo aquello de la universidad fuera un juego alejado de la verdadera vida real, donde él, parecía decir, sí que estaba realmente integrado .

Y lo que era más llamativo, comenzó a tener esa misma actitud con sus amigos de siempre, lo del instituto, y eso provocó que a Aurora se le encendieran las señales de alarma. Carmen, Pablo, Paco, en fin, todos eran buena gente, cada uno con sus ideas y su forma de vida, pero buena gente que les había acompañado en todas las etapas de su vida desde la adolescencia. Una segunda familia, sin duda, pensó Aurora.

Aurora se miró al espejo y sacudió la cabeza. No fue por tener que ser una chica de músico, no fue por su actitud tan condescendiente como inmadura ante la vida, no fue ni siquiera por la evidencia de que ambos no compartían un proyecto común de vida para el futuro. Ahora, pasado el tiempo, ahora que había muerto Miguel, Aurora comprendía que la luz roja se encendió cuando descubrió que Miguel ya no sentía el cariño ni el respeto hacia la que, estúpido de él, no se daba cuenta que era su gente.

Gonzalo le pidió unas servilletas a Amparo, que estaba tras la barra.

- Gracias –dijo cuando ella se las tendió-. A ver, chicos, teléfonos.

Y comenzó a apuntar los teléfonos de varios de aquellos músicos, muchos de los cuáles habían compartido escenario con Miguel en una u otra ocasión. Pablo los observaba facilitando su teléfono sin dudarle, como si se alistaran a una especie de misión en la que indudablemente tenían que participar. Sabía por Gonzalo que músicos que habitualmente publicaban discos debían vivir de otros trabajos distintos a su música, así que con mucha más razón toda aquella gente que pertenecía a grupos casi desconocidos.

Miró a Amparo y se fijó en el rastro que los sucesos de los últimos días habían dejado en la expresión de su mirada, en su gesto cansado. Aunque apenas habían intercambiado palabras un par de veces, no pudo por menos que preguntarle:

- ¿Cómo estás?

Ella sonrió un instante, como sorprendida de escuchar una pregunta semejante en mitad del barullo del bar.

- Bien –dijo encogiendo un poco los hombros-. La verdad es que sobre todo me siento muy cansada.

Pablo, que estaba acodado en la barra se volvió para mirarla de frente.

- Es natural. Qué menos, ¿no?

- Sí, es cierto –e hizo una pausa, en la que Pablo sintió que dudaba si cambiar de conversación o profundizar en ella-. Se me hace todo muy extraño, ¿sabes? No sé, con Miguel, enténdeme, estábamos bien. Era cariñoso, era divertido, pero no sé... –y al ver la atención con la que Pablo le escuchaba se animó a proseguir-. Ahora que tuve que revisar sus cosas, que decidir qué tirar y qué no, me he dado cuenta de que no le conocía tanto. Sin duda, no como le conocíais vosotros, y, sobre todo –sacudió la cabeza-, no como le conocía Aurora.

- Hombre, no soy quien para darte consejos, pero es una tontería hacer comparaciones. A nosotros nos conocía desde hace más de veinte años.

- Ya, me dijo que ibais a celebrar una especie de fiesta de aniversario.

- ¿Ah sí? ¿Y pensaba ir? –preguntó Pablo con sincera curiosidad.

- Creo que sí, vamos no dijo que no.

- Qué cosas, pensé que no, mira por dónde. Bueno, lo que te decía, no compares y menos con lo de Aurora, con ella fue una relación de años. Muy intensos, eso sí, pero en todos los sentidos, para lo bueno y para lo malo.

- Ya.

- Y en cualquier caso, con quien quiso estar fue contigo, ¿no?

Amparo sonrió de nuevo.

- Es cierto –admitió-. Pero no sé, nunca... Aunque estábamos a gusto, nunca me imaginaba cómo seríamos en el futuro, ¿sabes?, era como si yo fuera una etapa de transición en su vida.

- Bueno, y para ser justos, él en la tuya.

- No, Pablo. ¿Pablo te llamas, no? –Pablo asintió-. Yo, Pablo, me hubiera casado con él y hubiera formado nuestra familia. Aunque no fuera el padre ideal.

Pablo notó que a ella se le humedecían los ojos, así que la interrumpió un momento.

- Déjalo si quieres, Amparo, no quería...

Pero ella rechazó la idea con un gesto de la mano.

- No, tranquilo, si me hace bien –dijo cogiendo el bolso para sacar unos pañuelos. ¿Fumas?

- No –y, no sabía por qué, estuvo a punto de añadir “lo siento”, porque realmente hubiera querido querer fumar ese cigarrillo.

- El caso –prosiguió Amparo-, es que he revisado sus cosas y hay un par de cajas de cosas que no sé qué hacer con ellas. He tenido muy claro lo que había que tirar, lo que le iba a dar a sus padres y, bueno, lo que tenía que quedarme yo. Pero esas cajas están llenas de papeles y recuerdos que ni creo que deba tirar ni creo que me debo quedar, porque pertenecen a su pasado.

- Bueno, pero su pasado, pasado está. Ahora estaba aquí, contigo.

- Ya, pero no había roto con todo lo anterior y la prueba está en que todo eso que conservaba. No sé –resopló-, una gran parte quizá debiera dársela a Aurora, pero no sé si debo, me resulta demasiado raro.

Sin pararse a pensarlo, Pablo se oyó decir:

- ¿Quieres que yo las vea?

- ¿Lo harías? ¿Sí?

- Hombre, si a ti te parece bien.

- Ay, Pablo. Me harías un gran favor... Vivo aquí al lado. ¿Puedes subir un momento?

Pablo se encogió de hombros.

- Claro –y se volvió a Gonzalo-. Oye, subo un momento a casa de Amparo.

Aquello debería haber sorprendido a su amigo, pero estaba tan concentrado en la conversación con los músicos que simplemente dijo:

- Vale, vale.

Amparo también avisó a sus compañeros que salía un momento, cogió sus llaves y le dijo a Pablo:

- Sígueme.

-¿No coges el abrigo? Hace mucho frío

- No te preocupes –dijo sonriendo-, de verdad que es aquí al lado.

Ya en la calle, Pablo la observó, frotándose con los brazos sobre su jersey de cuello alto, porque, a pesar de que lo que ella había dicho, realmente hacía un frío terrible.

- ¿Lo ves? Es aquí.

Era una casa bastante vieja, por lo menos de unos cincuenta años, aunque para nada abandonada. Pablo, por su trabajo, estaba acostumbrado a visitar casas en mal estado, a ser recibido con hospitalidad en viviendas que apenas podían ser consideradas como tales. Por eso, cuando Amparo abrió la puerta el piso le pareció acogedor.

- Perdona el desorden, no esperaba visita.

- No te disculpes. Tienes un piso muy bonito.

- Gracias –respondió ella y, por primera vez, pensó Pablo, con cierta timidez. Él por el contrario se sentía cómodo, relajado.

- Mira, aquí están las cajas. Pero siéntate y dame el abrigo...

- Gracias –dijo Pablo, mientras se lo quitaba.

- Y querrás tomar algo. Bueno, qué tonta –rió un tanto nerviosa-, si venimos del bar. En fin, míralo tranquilo.

Pablo se inclinó sobre la primera caja como si fuera un experto que viniera a tasar algún tipo de colección. Y si fuera por valor, al menos personal, aquella colección era de un valor incalculable: muchos papeles, entre los que Pablo en un primer vistazo creyó reconocer cartas, algunas letras de canciones, textos inclasificables, que podían ser literarios, recortes de revistas y periódicos... Eso sólo los papeles, ya que había todo tipo de recuerdos: chapas, alguna púa, pequeños suvenires de distintas ciudades, collares y pulsares, cajas de cerillas, tarjetas de bares y restaurantes...

- Cuántos recuerdos, madre mía. Es lo que tú decías...

- Que ni lo puedo tirar ni me lo puedo quedar.

Pablo asintió.

- Pablo, ¿y si te lo llevas tú?

- ¿Yo?

- Ya sé que apenas nos conocemos pero me cuesta dárselo a Aurora, como si fuera una especie de caja de reliquias. Y Gonzalo, ya sabes cómo es, de cualquier cosa hace un problema del que hay que salir con la mejor solución –Pablo pensó que aquella era una magnífica descripción de su amigo-. Y tú, Pablo, por lo que te conozco, eres un buen tío y además sensato. Miguel siempre hablaba muy bien de ti.

- Perdimos bastante contacto –repuso Pablo más como lamento que como disculpa.

- Sí, pero te tenía en muy buena estima. No te miento, a veces hablaba de vosotros y, aunque se burlaba de algunas cosas vuestras, casi nunca de ti. Te tenía respeto.

- Bueno, me alegro, pero ojalá nos hubiéramos visto más –y, ante la mirada interrogativa de Amparo, añadió-. Está bien, me las llevo.

- ¿Si? Muchas gracias, Pablo, de verdad –dijo poniendo la mano en su brazo-, no sabes qué peso me quitas de encima. Bueno –sonrió-, el que tú estás cogiendo ahora.

- No, no será para tanto. Lo revisaré y lo que no sea para Aurora directamente, ya veré que hago. ¿Estás segura que quieres que yo me encargue?

- Cada vez más, Pablo –y tras una pausa, añadió-. Espera, que te traigo unas bolsas.

Volvió con un par de bolsas grandes y Pablo metió allí las cajas.

- Pues sí, no sabes cómo te lo agradezco. Y el poder comentar todo esto, también. Tú conocías a Miguel, conoces a Aurora y, en fin... Bueno –rió-, conoces a todos menos a mí.

- Bueno –protestó Pablo-, sí nos conocíamos. Y, en cualquier caso, como tú misma dices, ya sólo con Miguel teníamos bastante en común.

- Sí, pero no quita que te lo agradezca. No es fácil encontrar a alguien con quién hablar.

- Pues ya sabes, cuando quieras –dudó un instante-. ¿Quieres que te deje mi móvil? –y, ante el gesto de sorpresa de Amparo, añadió-. Bueno, si quieres, ¿eh?, no te veas obligada.

- No, sí, claro, es que me ha pillado de sorpresa. Espera que cojo mi móvil. Dime –le preguntó tras desbloquearlo.

Mientras le dictaba los números, Pablo no pudo evitar cierta sensación de disgusto por haber forzado el intercambio de teléfonos, pero ya no tenía remedio.

- Espera que te llamo –dijo ella.

- ¿Qué? Ah, vale.

- Claro –dijo Amparo sonriendo-. Así tienes el mío. ¿Tienes más Amparos? –preguntó asomándose a su móvil.

- No –respondió Pablo riendo-, no tenía ninguna.

- Pues ahora ya tienes una. Venga, que te ayudo a bajar esto al bar.

Amparo cogió con soltura una de las cajas y abrió la puerta, dejando pasar a Pablo. Él la miró y no pudo evitar pensar en la cantidad de personas diferentes que uno se puede encontrar en la vida. Y cómo el origen, la educación y las circunstancias de las personas les llevan por caminos totalmente dispares, a pesar de lo cual, en muchos de esos diferentes caminos encontramos a muchas que tienen ese *nosequé* que, a nuestros ojos, las hace atractivas.

Asun miró su móvil. No había mensajes ni llamadas perdidas. Llevaba unos minutos junto a la boca de metro de San Bernardo en la que había quedado con Aurora, pero ella no aparecía. Esa mañana, cuando la llamó para salir por la noche, se quedó muy sorprendida.

- Es una semana rara –le había comentado Paco cuando se lo contó-, imagino que todos estamos especialmente sensibles.

- Sí, eso es cierto.

- Bueno, en cualquier caso es algo bueno, ¿no?

- Sí, supongo.

- ¡No parece muy convencida! –rió su marido.

Es cierto, estaba sorprendida. Antes de cumplir los veinte, Aurora y Asun eran inseparables, las típicas *chicas terremoto*. Luego, Aurora se fue metiendo más en el ambiente de la facultad, Asun empezó a salir con Paco y, aunque habían mantenido siempre una buena relación, perdieron esa conexión especial que, por otro lado, era más propia precisamente de esa edad, casi adolescente, en la que eran más amigas.

- No seas tonta –insistió Paco-, qué más da el motivo, sal, tómate una cerveza y diviértete.

- ¿Sabes lo que te digo? ¡Que llevas razón! ¿Te arreglarás tú bien aquí con estos?

- Claro, mujer, será un poco más de jaleo, pero sabes que me apaño bien.

- Sí, eso es cierto, cariño. Gracias –dijo besándole en la frente.

Miró la hora de nuevo en el móvil. El caso es que, siguiendo los consejos de Paco, había venido en autobús y, dado el poco tráfico que había, llegó en un santiamén, tan pronto que ahora le tocaba esperar. Pero le había gustado ese trayecto por la ciudad, ya que hacía años que no cogía un autobús por la noche. Era, pensó, como si cierta parte de Madrid hubiera permanecido inalterable durante los últimos años y sólo pudiera disfrutarse a esas horas.

Sintió un poco de frío. Hasta el último momento había dudado qué ponerse. Revisando su armario, resultaba difícil encontrar algo para salir de noche que no fuera formal.

Todo lo que tenía era o bien ropa de trabajo o bien ropa cómoda. Pero *estilosa* poca, pensó. Hasta estuvo a punto de llamar a Aurora y preguntarle: chica, tú qué vas a ponerte, pero finalmente no se decidió. Por eso sonrió cuando vio a Aurora con el chaleco de plumas sobre su vieja cazadora vaquera.

Sí, señora, pensó, las *chicas terremoto are back again!*

- Gracias por venir –le dijo Aurora.

- Qué dices, tía. A ti por llamarme.

- No sé, no quería ir sola y de pronto pensé en ti. Aunque no hablemos mucho últimamente, bueno...

- Por supuesto –la interrumpió Asun-. ¿Quién más va?

- Pablo y Gonzalo, que yo sepa. Tampoco es que sea un plan como tal. Gonzalo está intentando organizar un concierto por lo de Miguel y nos pidió que le ayudáramos.

- Como si necesitara ayuda.

- Es cierto –concedió Aurora sonriendo-, si algo tiene Gonzalo es capacidad para movilizar a la gente. Y, si no, dime qué hacemos tú y yo aquí un jueves por la noche.

- Yo, desde luego, algo que no hacía desde hace un montón de tiempo –y señaló al fondo de la calle-. Es ahí, ¿no?, en el bar que hay junto al Siroco.

Entraron y allí estaban Pablo y Gonzalo. Pablo, junto a dos enormes bolsas, parecía pensativo mientras Gonzalo charlaba de forma vehemente con el que debía ser uno de los músicos.

- Hombre –dijo al verlas-, las chicas. Venid para acá que os presento. Mirad, este es Carlos, tocará la guitarra en el concierto. Aurora y Asun.

- No, si nos conocemos –le corrigió Carlos mientras se aproximaba a saludarlas-. ¿Qué tal, Aurora? ¿Cómo estás? –y se volvió a Asun-. ¿Qué tal estás?

- ¿Qué tal, Carlos?

- Bien. Bueno –se corrigió-, ha sido un palo, la verdad. Un palo para todos. Algo que nadie se esperaba.

- Ya.

Aurora no pudo evitar pensar que, en realidad, estaba ya un poco harta de recibir el pésame. Desde luego, no era algo que pudiera verbalizar en aquel momento, pero lo cierto es que lo que más deseaba en ese momento era tomarse una cerveza con sus amigos, sin más complicaciones.

- Hola, Aurora.

Se volvió y se encontró con Amparo detrás de la barra. Hasta ese momento no había recordado lo más obvio: que ella trabajaba en ese bar.

- ¿Cómo estás? –preguntó besándola con dificultad a través de la barra.

- Bien. ¿Y tú?

- Bien.

Hubiera querido pedirle que simplemente le sirviera una caña, pero no encontró una forma adecuada para decir algo así en ese momento. No tenía ningún problema con ella, pero si el otro día, en el tanatorio, la había saludado con sincero afecto, este nuevo encuentro le suponía un verdadero fastidio, como volver a encontrarse con una visita de la que ya te has despedido.

- No sabes lo que tenemos aquí –dijo Gonzalo dando unos golpecitos en una de las bolsas.

Ante el gesto de cierta impaciencia de Aurora, Pablo tomó el testigo de las explicaciones.

- Son cosas de Miguel. Tranquila –la frenó con un gesto-, me voy a encargar yo de ellas, de revisarlas y, bueno, darte lo que sea para ti...

- ¿Lo que sea para mí? ¿Para mí por qué?

- Bueno, tranquila, Aurora –terció Asun-, ya sabes a qué se refiere Pablo.

- Sí, ya sé a qué se refiere. Pero Pablo, la verdad, no sé por qué tienes tú que leer según qué cosas.

Aurora apreciaba mucho a Pablo. Desde luego, para nada tenía con él la prevención que podía tener con Gonzalo, pero es que por un momento sintió que parte de su vida estaba ahí en esas malditas cajas y no entendía por qué demonios aquello tenía que ser un asunto de interés público.

- Mira, Aurora, si quieres se las devuelvo a Amparo y ya está. Yo lo hacía por hacerle un favor. No sabía qué hacer con todo esto y yo me ofrecí a revisarlo, que te conozco más.

- Una especie de albacea –intervino Gonzalo.

- No me vengas con gilipolleces, Gonzalo –y curiosamente la intervención de Gonzalo hizo que suavizara su discurso con Pablo-. Vale, perdona, lo siento, es que de pronto llego aquí, no sé, pensando en veros, en tomar unas cañas y os encuentro trapicheando con los recuerdos de Miguel. Vale –corrigió tras la expresión de protesta de Asun-, trapichear no es la mejor palabra.

- Si, yo te entiendo, Auri –insistió Gonzalo-, nadie te va a presionar en esto. Pero aquí hay papeles muy interesantes, y no los privados, sino las letras, los relatos, en fin, toda la creación de Miguel.

Aurora iba a protestar pero Asun la frenó con un gesto.

- Anda, ¿me acompañas al baño?

Aurora la siguió sin dejar de protestar por el camino.

- No tienen derecho, ningún derecho.

- ¿Te puedo decir algo? –le preguntó Asun cediéndole el paso al baño.

Aurora asintió.

- Tampoco tú ya, Aurora. Los papeles eran de Amparo, se los ha dado a Pablo para que los organice. Y punto. Y es Pablo, tía. No podían estar en mejores manos. Echará un vistazo y en cuanto vea que es personal o que se refiere a ti, lo pondrá en el montón correspondiente y ya está, no se le ocurrirá leer ni un párrafo. Y Gonzalo, que se quede

con esos escritos y que haga lo que quiera con ellos. Es verdad que es un pesado y que no era este el mejor momento ni el lugar para sacar esa cantinela, pero piensa un momento, ¿quién tiene más derecho que él para organizar esas canciones de Miguel? Piénsalo, si al final todo encaja, cada cosa en su sitio.

Aurora suspiró, pero no pudo evitar una sonrisa.

- Llevas toda la razón. Gracias –dijo, dándole un ligero abrazo-. Qué bien he hecho en traerte.

Asun se encogió de hombros.

- Bueno, ya no somos las mismas –dijo casi como disculpándose-, pero algo queda

- Algo, no mucho –la corrigió-. Gracias de nuevo, Asun. Venga, volvamos.

Cuando volvieron, Pablo y Gonzalo estaban revisando el contenido de las bolsas, por lo que, cuando vieron a Aurora, fue como si vieran a la policía mientras estuvieran vendiendo objetos robados.

- Tranquilos –dijo Aurora riendo- Perdonad, que estos días no doy mucho más de mí. Está bien, Pablo, revísalo tú. Y perdona que haya podido dudar de ti. No sé si querré leer muchos de esos papeles que hablan de mí, pero sí que quiero tenerlos para al menos decidir qué hacer con ellos. Y, por mi parte –dijo volviéndose a Gonzalo-, tienes mi apoyo para ver esos papeles *no personales* que tú dices. Es cierto que nadie mejor que tú para saber qué merece la pena de todo eso.

Sus dos amigos se quedaron tan perplejos con su cambio de actitud, que Aurora se vio obligada a explicarse.

- Dadle las gracias a Asun –dijo rodeándola con el brazo-, a veces hace falta que una buena amiga te diga las cosas bien dichas. ¿Qué es esto? –dijo cogiendo un aparatito de la bolsa.

- Es el *ipod* de Miguel –dijo Gonzalo.

Aurora no pudo evitar la tentación de ponerse los cascos y comprobar qué música estaba escuchando Miguel en los últimos tiempos. Había una canción a punto de terminar así que retrocedió para escucharla desde el principio. Esperando escuchar un tema más rockero, le sorprendió el sonido suave de una guitarra acústica.

*La vida te lleva por caminos raros
por la esquina mas perdida de los mapas
por canciones que tú nunca has cantado
la vida te lleva por caminos raros.*

Miró el nombre del artista: Quique González. Le sonaba el nombre pero de hace poco, no de cuando vivía con Miguel.

*La vida se acerca con los labios pintados
te elige siempre y se larga con otros
y así vamos siempre dando vueltas
la vida te elije con los labios pintados.*

El ruido del bar no le permitía escucharla bien así que salió del bar.

*Siempre voy al bar del aeropuerto
cuando quiero ponerme triste
y siempre pido y nunca tienen
aquellas galletitas de la suerte.*

De pronto pensó que aquella canción era probablemente la última que había escuchado Miguel. Trató de relativizar ese pensamiento pensando en qué si estaba ahí el reproductor al menos no lo llevaba encima en ese último trayecto en coche.

*Dime qué hay detrás de esas sonrisas tan tristes
un motor que no funciona o sólo corazones rotos.
Es mejor un cielo acostumbrado a defraudar
que fábricas de anhelos esparcidas en la noche.*

En el final de la canción, la música, suave de por sí, se hacía aún más débil y la voz se convertía casi en un susurro.

*Y es mejor unos labios tristes
que cien aviones despegando.
Y es mucho mejor mi vida
si tú estás dentro.*

Y al terminar la canción, Aurora, a pesar de lo absurdo del planteamiento, sintió que con esa última canción, Miguel había dejado un rastro, un rastro difícil de interpretar, pero no podía evitar pensar que en parte estaba ahí, preparado, para que ella recibiera ese último mensaje que ella tanto había echado de menos desde el primer y maldito instante de su muerte.

CUARTA PARTE

Cuando Pablo se acercaba a la estatua del Oso y el Madroño, miró a su alrededor y no vio a ninguno de sus amigos. Sonrió: el lugar de reunión no sólo le recordó los viejos tiempos, también la costumbre de llegar siempre el primero. Habían quedado en Sol solamente los que no iban en coche. El resto probablemente metería el coche en el parking de la Plaza Mayor, que estaba justo junto al restaurante. Así que siguió caminando por los alrededores de la estatua ya que, aunque no hacía una noche exageradamente fría, sí lo suficiente para que quedarse un buen rato parado resultara desagradable. Y es que tenía claro que igual que iba a ser el primero, también debería esperar un buen rato a que viniera el siguiente.

Miró la bolsa que llevaba en la mano. Había dudado si traer los papeles de Miguel, aunque finalmente había decidido hacerlo. Había estado hasta las tantas de la madrugada revisándolos uno a uno, admirado con algunos hallazgos, sorprendido con otros, incluso incómodo con un par de textos. En cualquier caso supo que había conocido más a Miguel en esas horas de lectura de sus escritos que en la pobre relación que habían mantenido en los últimos diez años. No se culpó, más bien se rindió a la evidencia de que la única forma de conocer a su amigo a fondo era precisamente mediante aquellas cajas. E, irónicamente, todo ese material Miguel lo había mantenido a buen recaudo.

En cuanto al reparto, no fue tan sencillo como había supuesto en un principio. Pensó que una simple ojeada a cada papel sería suficiente, que las letras de canciones a fin de cuentas son eso, letras, y se detectan enseguida. Pero, tras revisar unos pocos papeles descubrió que había también poemas, no muchos, pero sí extremadamente personales. Algunos, más antiguos, sin duda se referían a Aurora y los apartó en su montón. Otros eran más genéricos e incluso podrían referirse a otras terceras mujeres. No le extrañó no encontrar referencias a Amparo ya que ella había hecho una criba previa a la suya.

Por cierto, que mientras revisaba los papeles, y tras no pocas dudas, le envió un mensaje:

Estoy con los papeles. Es un mundo apasionante. Gracias por la confianza. Besos.

Siguió repasando los papeles aunque la respuesta llegó a los pocos minutos.

Gracias a ti por revisarlos. Espero que no te resulte tan duro como a mí. Un beso y hablamos.

Le había gustado el tono del mensaje. Aunque se había propuesto no analizar demasiado su contenido, se rindió enseguida a la tentación de hacerlo. Le gustó sobre todo ese *hablamos* que anticipaba otras conversaciones y se arrepintió de no haber deslizado en su sms un mensaje similar, cuando lo cierto es que sí se había planteado escribirlo. En cualquier caso, había decidido llamarla otro día. Lo cierto es que a él mismo le sorprendía su interés por aquella chica en la que apenas se había fijado cuando era novia de Miguel, pero el otro día había sentido que algo surgía entre ellos y, qué diablos, pensó, al menos vamos a jugar esta mano.

Miró el reloj de la plaza. Ya eran y cuarto, así que, aunque fuera una tradición, la espera comenzaba a hacerse larga. Miró su móvil a la espera de algún mensaje, sin resultado. Pensó entonces si vendría Susana en coche o en metro, o lo que era lo mismo, si sola o con su marido. No le recostaba reconocerlo, no soportaba a Andrés. Y en una noche como esa, en la que estaban de celebración, estaría mucho más a gusto sin su presencia. Aunque, como él se repetía una y otra vez, era el hombre que Susana había elegido, por una noche le gustaría que todo transcurriera de otro modo y disfrutar por unas horas de la compañía de Susana como si realmente la vida de ambos hubiera sido diferente.

Susana miró a Enrique fugazmente mientras él conducía. Veinte años, pensó, y ahora no sabemos ni de qué hablar. Lo cierto es que, desde que conoció a Patricia, había conectado muy bien con ella y, de forma natural, casi tradicional, pensó sonriendo, su relación se había incrementado con ella hasta el punto de que habían intercambiado los roles y Enrique fue el que pasó a ser “el marido de”.

- Qué pena que no se anime Patricia –dijo finalmente para romper el silencio.

En realidad pensaba que qué raro era que no se animara, pero eligió un verbo más suave.

- Pues sí –respondió Enrique sin disimular cierto fastidio.

- La echaremos de menos.

- Sí, supongo que sí. Bueno –aclaró sonriendo-, tampoco viene Andrés. Parece que hoy va sólo de viejos miembros de la panda.

- Sí es cierto –admitió también sonriendo-, mínimo veinte años o nada. Pero –añadió tras una pausa- ya sabes que Andrés no se lleva muy bien con estos. Pero Patricia sí, ¿no?

- Bueno, yo que sé, Susana, ¿no habéis hablado últimamente? –preguntó volviéndose un instante hacia ella.

- Sí, bueno, hablar sí que hemos hablado, claro, pero no sé a qué te refieres.

- No, bueno, si en realidad no ocurre nada, nada importante al menos. Hemos discutido últimamente, eso es todo. Pero bueno, a lo mejor lo más normal es que te lo cuente ella...

- Sí, tal vez –concedió Susana. Y ambos callaron.

Susana comprendió entonces que con la noticia de su embarazo, Patricia no había querido marearla con sus propios problemas y se lamentó de no haber tenido la suficiente intuición como para darse cuenta.

- No te preocupes, ¿eh? –interrumpió Enrique sus reflexiones-, que te veo pensativa. Es sólo que quiere volver a trabajar. Dice que los niños ya son mayores y, en fin, que le gustaría volver a sentirse útil.

- Ya. ¿Y tú cómo lo ves?

Enrique se encogió de hombros con cierta tensión, cansado de tener que explicar la misma idea tantas veces.

- No lo sé, Susana. Me cuesta. Entiendo sus motivaciones, cómo no iba a hacerlo. Pero siento como que yo puedo volver a montar en un tren que quizá no vuelva a pasar, mientras que ella puede coger ese tren hoy o coger cualquier otro cuando quiera. No sé si me explico.

- ¿Que si cojo la metáfora? Pues claro que sí, que la cojo. Si entenderte a ti no es difícil, pero tienes que entenderla a ella. Claro que entiendo que para ti no es un buen momento, pero sé sincero, ¿cuánto quedaría para ese buen momento?

- No lo sé –dudó sacudiendo la cabeza-, ¿tres, cuatro años?

- Fíjate, cómo vas a pretender que una persona a la que le agobia una situación, que le agobia su vida, espere cuatro o cinco años más.

- Ya.

En ese momento llegaron a la entrada del parking.

- Bueno –dijo Enrique con cierto alivio-, está libre. Menos mal, porque, si no, no sé qué haríamos con el coche.

- Estamos al lado, ¿no?

- Sí, creo que es cruzar la Plaza Mayor y ya estamos. Mira, así no tienes ni que andar –dijo con una cariñosa sonrisa.

- Bueno, Enrique, si apenas estoy de un par de meses.

- Mira, ahí hay un sitio –y le preguntó-. ¿Cómo te encuentras entonces?

- Revuelta –respondió mientras él maniobraba-, aunque supongo que es lo normal. Fíjate, fiesta y sin beber ni fumar.

- Bueno –dijo tras echar el freno de mano-, no dejaremos que nadie fume. Y beberemos lo justo, yo al menos, que tengo la gran responsabilidad de llevarte –y tras una pausa, añadió-. Y lo digo en serio.

- Gracias, Enrique, eres un cielo. Oye, por cierto, que casi nadie lo sabe, ¿eh?

- Pues menos mal que me lo has dicho, pensaba que ya todos lo sabían.

A Susana le dio reparo reconocer que sólo lo sabía Pablo, que se lo había contado a él incluso antes que a Carmen o a Aurora.

- No, hijo, con todo lo de Miguel, la verdad es que me costaba salir a mí con la noticia.

- Ya, también es cierto. Bueno, mira, se sale por ahí.

Se encaminaron hacia la salida mientras Susana daba vueltas a la conversación que la entrada al parking había interrumpido. Le resultaba algo forzado recuperarla ahora, si bien se había quedado con ganas de decir una última cosa. Algo así como:

- Bueno, Enrique, ya que estamos usando metáforas. Esto es una partida de cartas, tú ya tuviste tu turno y cambiaste tus cartas. Y ahora le toca a ella. Tal vez no tenga grandes cartas, pero tiene derecho a pedir que le cambien algunas para ver si se le cambia la suerte. Sé que tú te sientes en racha, pero así es el juego y tu turno, desgraciadamente, ha terminado.

- Hoy no llevas la cazadora vaquera –le comentó Gonzalo a Aurora.

- Pues no. Tampoco es que tenga que sea un uniforme oficial, ¿no? En cada reunión nostálgica, ¡hala!, la cazadorita.

- Ay has estado fina, Aurorita. Punto para ti. No, reconozco que me gustó verte así el otro día, me trajo buenos recuerdos.

Aurora le miró por toda respuesta.

- Sí, buenos –insistió-. Joder, pienso tener buenos recuerdos en los que aparezca Miguel. Quiero decir, que aunque...

- Te he entendido, Gonzalo, dejémoslo ahí, por favor –y miró a su alrededor-. Qué raro que no haya llegado Pablo, ¿no? Es siempre tan puntual...

- Lo mismo ha ido a comprar algo... ¡Mira, ahí está!

Pablo también les había visto. Les saludó de lejos y se acercó hacia la estatua.

- ¿Qué tal, chicos? Estaba dando una vuelta, llevaba aquí un rato de pie y la verdad es que me estaba quedando helado.

- Sí –admitió Gonzalo-, la verdad es que hacía años que no teníamos un invierno como dios manda, con su nieve, sus fríos y todo eso.

- Vaya, no me digas que vamos a hablar del tiempo –protestó Aurora.

- Joder, cómo estás, guapita. No hablamos del tiempo porque no sepamos de qué hablar. Hablamos del tiempo porque hace un frío de cojones y este señor acaba de decir que ha tenido que darse una vuelta porque aquí no venía ni dios y hacía un frío de la hostia.

- Bueno, vale, déjame en paz, lo que tú digas.

- Pues sí que empezamos bien –protestó Pablo-, viva la santa hermandad. Bueno, mirad, ya he traído los papeles. Estos –dijo sacándolos de la bolsa- son para ti y estos son para ti.

- Genial, hermano –dijo Gonzalo dándole una palmada en la espalda y fijando la vista en sus papeles.

- Te habrás dado un buen trabajo, ¿no? –se interesó Aurora-. Debían ser un montón.

- Bueno, no te creas. Tampoco yo lo llamaría un trabajo... Sí que ha sido muy intenso, demasiada carga emocional en muy poco tiempo. Pero justamente por eso, decidí hacerlo de una sentada.

- Gracias, Pablo –dijo Aurora haciéndole un gesto cariñoso en la mejilla-, no sabes cuánto te agradezco lo que has hecho. ¿Crees que debo leerlos ya? –le preguntó sinceramente.

- Bueno, lo que veía que era tuyo en seguida dejaba de leerlo, pero por lo poco que he leído, espérate a tener un rato tranquilo. O, no sé, léelo con alguien. Por supuesto, yo me ofrezco, pero quizá estés más cómoda con Carmen, por ejemplo.

- O con Asun, ahora que volvéis a ser las *chicas terremoto*.

- No te creas, que me alegré un montón de invitarla el jueves. Bueno, una a veces acierta, aunque sea de chiripa...

- Claro que sí –admitió Pablo-. Mira, ya vienen estos –dijo al ver cómo se aproximaban Carmen y Emilio.

- Vaya –dijo Gonzalo-, familia pequeñoburguesa que viaja en metro.

- Familia que odia comerse el coche en el centro, más bien –replicó Emilio mientras comenzaban los saludos.

- ¿Lleváis mucho tiempo esperando? –se interesó Carmen-. La verdad es que hacía tiempo que no cogíamos el metro al centro y hemos calculado fatal. Además, entre que dejamos a los niños tranquilos, damos instrucciones a mi cuñada y demás, en fin...

- Tranquila, no llevamos tanto –le aclaró Aurora-. Bueno, salvo Pablo, ya sabes.
- Sí, es nuestra última esperanza de puntualidad –admitió Carmen-. Pasan los años, pero no cambian ciertas cosas. ¿Y esperamos a alguien más? Paco y Asun sé que vienen en coche.
- Y Susana en coche con Enrique –puntualizó Aurora.
- ¿No vienen Patricia ni Andrés? –protestó Emilio-. ¿Voy a ser el único miembro no original?
- Tranquilo, eres como Ron Wood en los Stones –le tranquilizó Gonzalo-, no eres auténtico, pero sí un miembro genuino.
- No me tranquiliza mucho la comparación, porque Jagger y Richards siempre le han mirado como si fuera de otra categoría, ¿no?
- Bueno, no te creas, Richards y Wood son muy amigos, hasta tuvieron su propia banda, juntos, “The New Barbarians”.
- Todo esto –aclaró Aurora- es para decir que tú ya eres uno más. Entiéndeme, en el buen sentido. No es que seas uno más, quiero decir que eres tanto como nosotros.
- Bueno –rió Emilio-, tanta aclaración me sigue confundiendo un poco, la verdad. Pero, venga, si no hay nadie más a quien esperar, vámonos, que hace un frío que pela.
- Eh –le advirtió Pablo con fingida precaución-, prohibido hablar del tiempo.
- No hagas caso –le advirtió Aurora ante su gesto de extrañeza-, es sólo para meterse conmigo.

Emilio sonrió. Más allá de las bromas, lo cierto es que no le incomodaba ser la única *pareja de*. A lo largo de los años él había visto desfilar muchos novios y novias, ligues o amigos con más o menos derecho a roce. Posiblemente, él no era un miembro original de aquella formación que celebraba su aniversario. Pero, continuando con las metáforas musicales, si alguien merecía ser el *quinto beatle* de esa banda, evidentemente no era otro sino él.

- Dios mío, lo que nos va a tocar andar, y con el frío que hace –protestó Asun. Paco la rodeó con el brazo.
- Lo siento, cariño –se disculpó-. En la Cuesta de la Vega siempre suele haber sitio.
- Sí, claro, cuando aparcábamos aquí hace diez años. Las cosas han cambiado, chato.
- Bueno –dijo Paco sonriendo-, así, si los dos bebemos lo podemos dejar ahí y venir por la mañana. Y sin preocuparnos de pagar un pastón en el parking.
- Sí, claro, y vas a venir mañana sólo a eso. ¿Y los niños, qué? Me quedo yo con ellos, ¿no?
- O yo, hija, y te vienes tú, ¡qué más da! Además, me puedo traer a la niña.
- O al niño.

Paco la miró.

- ¿Por qué dices eso? Vale –se contestó-, es cierto que últimamente le dedico a Paula más atención, pero es porque creo que lo necesita, sinceramente. Está en un momento delicado y no quiero que se nos escape de las manos.

- Vale, hijo, si no te digo nada. Bueno, es cierto –aclaró ante el gesto de protesta de Paco-, sí que te lo digo. No sé, a lo mejor es que me da cierta envidia la relación que tienes con ella, conmigo parece que sólo vivimos para el conflicto.

- Es normal, mujer. Se siente mayor y marca las diferencias con su madre. Supongo que con el padre es diferente, aunque no sé si me apetece un rollo psicoanalítico a estas horas. ¿Por cierto, qué hora tenemos?

- Las nueve y cuarto –dijo Asun mirando su reloj-. Vamos a llegar súper tarde.

- Sí, es cierto. Y es culpa mía. Pero bueno, ya está hecho, para qué vamos a darle más vueltas. Ya verás que lo mismo no somos los últimos, conociendo a la gente. ¿Venía Susana?

- Sí, sí que venía, aunque no sé si con Andrés. Creo que de los amigos vamos todos.

Los dos callaron un momento.

- Se hace raro, ¿verdad? –dijo Paco-. Hace unas semanas habíamos planeado esto estando Miguel y ahora quedamos aquí ya sin él.

- Sí, no te creas, que cuando dijeron lo de la cena, no sé, me pareció una cosa rara...

Paco se encogió de hombros.

- Bueno, no sé. Lo raro es que no esté, la cena es lo de menos. No sé si lo de que sea una especie de homenaje tiene mucho sentido, pero que nos vamos a acordar mucho de él parece evidente. En fin, no sé si va a ser una noche un poco triste.

- Pues sí, pero tampoco creo que haya cuerpo de otra cosa...

- El pobre Sergio debe estar alucinado con tanto funeral y tanta hostia.

- ¡No, si no te lo he dicho! ¡Han cortado!

- ¡No me digas! Bueno, tampoco puedo decir que me extrañe. Son demasiadas emociones en pocos días.

- Hombre –protestó Asun-, si no pudo soportar eso, pues ya me dirás. La pareja no es sólo para los buenos ratos.

- ¿No? –bromeó Paco estrechándola contra él-. Yo que sé, hija, como contigo sólo hay buenos ratos, cómo quieres que sepa lo que son los malos. ¡Es que no los conozco!

- Anda, que no eres zalamero, Paquito. Dame un beso, anda.

Paco la besó y, allí, con la Plaza de la Villa iluminada, se sintió como el joven enamorado que había sido años atrás. Claro que ha habido malos momentos, Asun, pensó, pero los hemos superado juntos. Y entonces recordó una vez la suerte que tenía, porque, en ese subibaja que es la vida, lo mejor que te puede pasar es que tengas quien te agarre cuando sientes que descienes, sin control, cuesta abajo a toda velocidad.

Nada más llegar Paco y Asun al restaurante, Susana convocó:

- Venga, chicas al baño.

Sabía que era precipitado, que acababan de llegar pero no podía esperar más para soltar la noticia.

- Joder, que ni hemos pedido –protestó Gonzalo-. ¿Esto qué es? ¿Un puto homenaje a los quince años?

- Venga, no le hagáis ni caso –dijo Carmen-. ¡Vamos, chicas!

Fueron las cuatro para allá.

- ¿Bueno, qué? –preguntó Asun a Susana-, ¿les has preparado una broma a estos?

- Disfrazarse, no, ¿eh? –protestó Aurora-, no quiero cortaros el rollo, pero yo no me disfrazo.

Susana calló un instante, sonriendo con los labios apretados como una niña que guarda un secreto, pero notó cómo la expectación crecía en la mirada de sus amigas y, como si fuera una especie de melodía mantuvo unos segundos el *crescendo* hasta que gritó.

- ¡Estoy embarazada!

Los gritos y las exclamaciones se sucedieron mientras Susana a duras penas trataba de articular las frases:

- Tenía que haberlo dicho antes, pero no podía, no sé, no era el momento.

- Claro, tía –dijo Carmen mientras la abrazaba-, has hecho muy bien.

- Y mejor así, a todas juntas –prosiguió-, ¿no, verdad?

- Claro, Susi, guapa –dijo Asun al besarla-, lo importante es que estés bien. ¿Lo estás, verdad?

Ella asintió. Fue entonces cuando las tres se volvieron a mirar a Aurora y Susana se dio cuenta. Con su embarazo, ella iba a ser la única que no tenía hijos ni, hoy por hoy, posibilidades de tenerlos a corto plazo. Recordó todas las veces que, durante los últimos años, había compartido tiempo con los hijos de sus amigos y había sentido la necesidad casi física de tener un hijo. Por eso, fue ella misma la que, en ese momento, se aproximó a Aurora y, abrazándola, no se le ocurrió otra cosa que decir que:

- Lo siento, Auri, de verdad.

- ¿Qué dices, tonta? –protestó Aurora, que reía entre lágrimas. Se separó un poco de Susana para mirarla y añadió-. Cómo me alegro, Susanita, de verdad. No puedo esperar a ver los ojos de esa criaturita. Cómo sea tan guapa como tú...

Susana volvió a abrazarla de nuevo y las demás hicieron piña, repartiendo sus afectos entre las dos, hasta que Aurora las frenó con un gesto y dijo:

- De verdad, chicas, estoy bien. Alguna tenía que ser la última, ¿no? Y esta mosquita muerta –dijo sonriendo- se me ha adelantado, qué le vamos a hacer.

- ¿Estás bien, entonces? –se aseguró Carmen.

- ¡Claro que sí! Es nuestra Susi –dijo estrechando su brazo-, claro que me gustaría que las cosas fueran de otra manera, pero, por dios, Susana, es tu día, es tu noticia y eso es lo que debe importar. ¿Se lo vas a decir a estos?

- Bueno –dudó Susana-, Pablo ya lo sabe. Y bueno, se lo dije a Patricia, que comió conmigo el otro día, así que lo sabe Enrique.
- ¡Vaya, medio mundo antes que nosotras! –protestó Asun.
- Lo siento, chicas, ha sido por lo que ha sido, de verdad.
- Qué más da eso ahora, mujer –la tranquilizó Carmen-. ¿Y Andrés? ¿Cómo se lo ha tomado.
- Muy bien, claro, estaba deseando un pequeñín. O una pequeñina, que no sé lo que será.
- Ay, qué recuerdos me trae todo esto –exclamó Asun-, anda que no lo vamos a estrujar ni nada, se va a enterar. Lo vamos a malcriar que no veas.
- No me digas eso, tía, que me asustas. Bueno, venga, vamos para adentro.
- De acuerdo –aceptó Aurora-. Pero le darás un abrazo fuerte a Andrés de nuestra parte.
- Claro que sí, por supuesto.

Susana les siguió de vuelta al salón mientras pensaba en Andrés. Sin duda, era el padre que quería para su hijo, de eso no tenía duda. Pero nunca se había llevado muy bien con sus amigos, así que esa noche precisamente, en la que ella recordaba cómo era su vida hace veinte años, casi agradecía disfrutar de esa cena sin que los irónicos comentarios de su marido rompieran el encanto.

Cuando salieron las chicas, ellos notaron enseguida que allí ocurría algo.

- Bueno, ¿qué? –tomó la iniciativa Emilio.
- ¡Que Susana está embarazada! –gritó Asun.
- ¡Hombre, qué bien! –exclamó Paco levantándose.

Emilio y Gonzalo también se levantaron y este último al ver que Pablo permanecía sentado le dijo riendo:

- Tú ya lo sabías, ¿verdad, bribón? –y cuando este se limitó a asentir se volvió a Susana-. Así me gusta, princesa –dijo dándole dos besos-, que procures prolongar la estirpe.
- Ya –aceptó ella con una mueca-. Bueno, venga, vamos a sentarnos.
- Un momento –la interrumpió Gonzalo frenando a todos con un gesto de las manos-. Calma. En un evento como este la colocación es fundamental –y empezó a enumerar-. Cinco tíos, cuatro tías. Dos parejas completas, dos porciones de pareja, tres *carabineros*, una que no puede fumar ni que le fumen, esto no va a ser fácil...
- Bueno, no nos compliquemos tanto –protestó Susana-. Yo me siento aquí.

Pablo dudó un instante si sentarse al lado pero se sorprendió al escuchar a la propia Susana decir:

- Y tú aquí, Pablo –y dándose cuenta de lo evidente del gesto, aclaró-. Es que no fuma.
- Bueno, yo puedo pasarme sin fumar si hace falta –aclaró Gonzalo.

- Sí, ya, pero tú eres venenoso en ti mismo.

Todos rieron.

- Yo sí voy a fumar –dijo Asun-, así que me voy a este extremo.

- Sí y yo –se apuntó Aurora.

- Venga, pues me voy yo al extremo de los no fumadores -dijo Emilio.

Terminaron de sentarse y Gonzalo dijo:

- Ay, jefa, como no, tú en medio, qué simbólico.

- Ya ves hijo –aceptó Carmen-, siempre a medias, qué le vamos a hacer. ¿Ya sabemos qué vamos a pedir?

- Podemos pedir raciones para compartir –dijo Pablo mirando la carta-, ¿no? ¿Qué os parece?

- Yo, lo que queráis –concedió Aurora-, odio pensar estas cosas.

- ¿Estás bien, Auri? –le preguntó Asun en un aparte.

- Sí, no lo sé. La verdad es que esta cena no me pilla en un buen momento.

- Ya, hija, pero no podías faltar. No esta noche.

- Ya lo sé. No, si no me lo perdería por nada del mundo. Es de esas cosas que ni quieres estar ni quieres que ocurran y no estar. Lo que querría es que no tuviera lugar. Y no me refiero a hoy –añadió tras dar una calada a su cigarrillo-. Me refiero a esto de los veinte años. Dios mío, Asun –protestó-, que han pasado veinte años. Veinte años y aquí estamos.

- Pues mira, juntos por lo menos. Es cierto –concedió-, falta Miguel...

- Por supuesto. Y no veas lo que me acuerdo de él. No te puedes hacer una idea, de verdad. Pero no es sólo eso, Asun.

- ¿Qué es entonces, bonita, díme?

- Joder, Asun, que han pasado veinte malditos años y no tengo la plaza fija ni hijos ni nada –la miró y terminó diciendo-. Que han pasado veinte años y parece que vuelvo a estar en la puta línea de salida.

En cuando llegaron las bebidas, Pablo se levantó con su copa en la mano.

- Venga, un brindis –y cuando comprobó que tenía la atención de los demás, añadió-. Por todos nosotros. Y cuando digo nosotros, me refiero a todos: a los nueve que felizmente estamos aquí, a los que finalmente no han podido venir, a todos con los que hemos perdido contacto a lo largo de estos veinte años, en algunos casos por desgracia, en otros, como bien sabéis, no tanto –aclaró entre las risas de complicidad del resto-. Y, bueno, por supuesto...

- Por Miguel –le ayudó Carmen.

- Exactamente. Por Miguel. Seguramente nos vamos a acordar mucho de él esta noche. Por eso quería hacer este brindis al principio. No es justo –e hizo una pausa-, no es justo que nos acordemos sólo de esta última semana de Miguel. Tenemos que celebrar más de

veinte años a su lado, miles de historias que hemos compartido con él, noticias, éxitos y fracasos...

- Los *ups and downs* –puntualizó Asun

- ...eso, los *ups and downs*, en fin, y los cabreos, todo... Bueno, no me enrollo. Va –dijo levantando un poco más su copa- por los casi cuarenta años de Miguel, la mayoría de los cuáles tuvimos la suerte de compartir. Esta va por ti, Miguelito -terminó mirando arriba.

Todos de pie unieron su copa con una solemnidad muy diferente a la que suele acompañar un brindis espontáneo. Se sentaron y por un momento se hizo el silencio. Susana y Carmen, sentadas junto a él, le agradecieron a Pablo con un gesto su intervención. Y todos miraron sus copas como si estuvieran realizando la tarea de localizar los recuerdos de Miguel.

- ¿Os acordáis –preguntó Susana rompiendo el silencio- de la canción que tocó aquella Nochevieja? No sé, teníamos treinta o así...

- Sí, la de Tequila –intervino Aurora.

- *Ya soy mayor* –aclaró Gonzalo-. Bueno, la cantó de coña, pero fue divertido. Es una canción como muy moña de Tequila...

- Pero estaba bien, hombre –repuso Carmen-, ¿cómo empezaba?

- Ay, sí –dijo Asun. Lo del gato. ¿Cómo era? Y comenzó a cantar:

*Un gato durmiendo en mi cama al despertar,
me va a acompañar a jugar*

Y enseguida se añadieron Susana y Carmen

*Quiero que alguien cuente, un cuento para mí
porque no puedo dormir.*

- No me lo puedo creer –protestó Gonzalo-, con los pedazo de canciones que tiene Tequila, que me cantéis esta.

Pero Asun prosiguió, aunque ahora mirando a Gonzalo.

*Cuando me pongo a pensar lo que ya pasó
todo parece estar tan lejano de hoy.
Y aunque un niño yo siempre quiero ser
tengo que pensar que ahora soy mayor...*

- Venga, chicos –pidió-, todos juntos.

Y finalmente, con mayor o menor resistencia, Gonzalo con fingida resignación, Enrique haciendo un educado playback o Pablo venciendo su vergüenza para cantar, pero todos entonaron aquella especie de himno lleno de ingenuidad:

*Tengo que pensar que ahora soy mayor...
Tengo que pensar que ahora soy mayor...
Tengo que pensar que ahora soy mayor...*

Según lo contaba, Gonzalo parecía emocionado.

- Ya lo estoy viendo. Un disco-libro. El CD con el disco que sacó en su día más unas cuantas canciones inéditas.

- ¿Sí? ¿Hay material por ahí? –se extrañó Emilio.

- Por supuesto. Canciones descartadas de ese disco, maquetas previas y otras de otros proyectos que no llegaron a salir, temas en directo... Algunas las tengo yo y otras sé quién las tiene y cómo conseguirlas. Sólo falta que algún sello se interese...

- Y que te den permiso –precisó Aurora.

Gonzalo esperó unos instantes antes de contestar y, en su nuevo tono de voz, no era fácil detectar que gran parte del entusiasmo había desaparecido.

- ¿Permiso de quién?

Aurora se encogió de hombros.

- Pues no sé, de sus padres, de Amparo...

Gonzalo no pudo evitar una risa sarcástica.

- Vamos, no me jodas. ¿Y a ti? Sólo te ha faltado decir que tengo que pedirte a ti permiso.

- Bueno, tranquilo –intervino Carmen.

- Permiso no, pero consultarme sería lo mínimo, lo mínimo esperable, por lo menos.

Gonzalo sacudió la cabeza.

- Alucino. No tienes ni idea. Mira, el disco es de su discográfica y es a ellos a quien debo pedirles permiso. Las grabaciones, ya te he dicho que algunas las tengo yo y otras otra gente que conozco, pero gente que ni sabe quiénes son sus padres y a ti te recordaran de vista, lo mismo que a Amparo. Y los papeles, joder -dijo dando una palmada sobre ellos-, hace un rato me habéis dicho que haga lo que crea conveniente. Y en cuanto digo lo que creo que es conveniente, empezáis a ponerme un montón de putas pegas. ¿Por qué creéis que hago esto? ¿Para hacerme rico? Joder, si quisiera hacerme rico escribía un libro sobre Jimi Hendrix, que poca gente sabe en este país más que yo de él.

- ¿Y por qué no lo escribes? –le provocó Aurora.

- Porque en este puto país se vende muy poco, joder. Y, sí, porque nadie me lo ha encargado, es cierto. Pero si lo hiciera, vendería algunos cientos, no más. Imagínate el de Miguel.

- Bueno –intervino Pablo-, pero no pasa nada porque consultes con Aurora o con Amparo.

- Coño, la fuente de información. ¿Y a ti que te ha dado con Amparo ahora? ¿Le estás tirando los tejos o algo así?

- Joder, Gonzalo –protestó el aludido.

- ¿Qué es esa historia de Amparo? –preguntó Aurora bruscamente
- No sé, el otro día subió a su casa, ella le dio todos los papeles como si fuera una especie de albacea y ahora parece que habla como si fuera su abogado.
- Pero si yo sólo...
- Pablo, tío, que era la novia de Miguel –protestó Aurora ahora con más sentimiento que enfado.
- Bueno, ya está bien –terció Carmen-, ¿qué es esto, la Santa Inquisición? Por dios bendito, ya está bien. A ver, todo el mundo a tranquilizarse. Pablo, termina de explicarte.

Pablo sacudió la cabeza en señal de incredulidad.

- No hay nada que explicar, pasó como ha contado Gonzalo, pero no hay más –y ante el gesto de impaciencia de Gonzalo, añadió-. Sí, bueno, hubo buen *feeling* pero, joder, ya no es que uno tenga que contar con quien sale o deja de salir, es que parece que hay que explicar hasta con quién conectas un poco... Vale, Aurora, era la novia de Miguel y es por eso probablemente que nos llevamos bien. Bueno, que nos llevamos simplemente, que si no tú me dirás... Pero, coño, que nos hemos visto un rato y hemos intercambiado unos mensajes.

- O sea, que tienes su móvil.

- Aurora, tía, déjalo –la frenó Carmen-. Que aquí somos todos mayorcitos...

Aurora chasqueó la lengua.

- Vale, lo siento. Pero es que esto es cada vez más de locos, la verdad. Es como demasiado complicado...

- Lo sé, bonita –admitió Carmen achuchándola-, pero no podemos sacarnos así los cuchillos unos a otros, por dios, que eso no nos lleva a ningún sitio –y volviéndose a Gonzalo, añadió-. Entonces, a ver, el autor, con todo esto, ¿merece la pena?

Gonzalo respiró hondo.

- Pues sí, jefa, merecería la pena. Por crear ese objeto –dijo como si lo estuviera ya viendo ante sus ojos-. Simplemente por eso. A lo mejor al final tengo que hacerlo con un sello pequeño o con alguna subvención extraña, vete a saber... Pero mira, es en eso en lo que creo, que Miguel merece un objeto que uno abra y escuche y se empape de lo que fue. Para mí eso es trascender. Miguel no consiguió anotarse un buen tanto en su vida, pero, joder, lo intentó. Podemos dejar que esos intentos desaparezcan o podemos crear un objeto bonito que recuerde todo lo genio que fue. Y yo lo pienso intentar, aunque sólo sea para tenerlo encima del puto equipo de música. Y poder ponérmelo de vez en cuando para llorar como un gilipollas mientras leo lo que escribió.

Paco se fijó en Enrique, que observaba absorto su copa vacía.

- ¿Qué, te aburres? –le preguntó.

- No, en absoluto –rechazó Enrique la idea encogiéndose de hombros-. Cómo aburrirse con esta gente –dijo mirando a su alrededor.

- ¿Un poco más de cerveza? –le ofreció jarra en mano.

Cuando Enrique asintió, llenó su copa y añadió:

- ¿Sabes una cosa?

- ¿Qué?

- Antes estaba pensando que, de todos nosotros, tú eres el que has estado más cerca de cumplir tus sueños. Bueno –aclaró ante la mirada escéptica del otro-, la palabra sueños seguro que te suena demasiado, no sé, demasiado poética. Pero si pienso en los planes que todos teníamos hace veinte años, tu vida probablemente es la que más se acerca a lo que habías planeado.

- No sé, Paco.

- Sí, hombre, das clase en la Universidad, tienes un cargo. Y sobre todo, ¡escribes! Ya sé que no vives de ello, pero me da mucha envidia que ganes dinero con algo creativo.

Enrique se incorporó un poco antes de continuar.

- Hombre, es cierto que escribo, pero desde luego si algún día pensé en publicar libros no pensaba en libros de psicología.

- ¿En qué pensabas?

- En novelas, supongo. En larguísimas y revolucionarias novelas.

- Bueno, escribiste una.

- Sí, pero ya es sólo una curiosidad que a veces te encuentras en una tienda de libros usados –hizo una pausa y preguntó-. Y tú, ¿ya no dibujas?

- Sí –rió-, unas tronchantes viñetas para mis hijos. Tengo ya unos personajes creados y todo.

- Ya –dijo Enrique sonriendo-, imagino que un público reducido pero exigente.

- Tú lo has dicho, reducido pero exigente. De algo me tenían que servir tantos años escribiendo cómics. Pero lo tuyo es real –insistió-, tu éxito es palpable.

- ¿Mi éxito?

- Joder, Enrique, de vez en cuando te leemos en el periódico y además eres vicedecano.

- No, sí, si eso es cierto. Pero no te creas que eso me produce tanta satisfacción.

- ¿Por qué no?

- No sé, últimamente ando algo revuelto con ese tema. Siento que, efectivamente, he alcanzado ese éxito. Y, te lo reconozco, me gusta mucho el poder. Porque, aunque todos buscamos siempre formas más suaves de llamarlo, es poder a fin de cuentas. Pero bueno, ya que hemos empezado con las comparaciones, yo también he pensado en ti, bueno, en los dos, en ti y en Asun, como los que habéis permanecido más auténticos. No sé, abandonasteis la época de estudiantes, entrasteis en la *vida real*, pero sin renunciar a cómo eráis. Siempre habéis sido Paco y Asun, no sé si me explico.

- Sí, bueno, creo que sé a lo que te refieres, pero no sé si eso es un mérito. Al menos, no sé si eso es algo de lo que me siento orgulloso. En realidad, creo que es la vida la que nos ha llevado por ese camino. Nos casamos jóvenes...

- Los primeros –le interrumpió Enrique.

- ...efectivamente, los primeros, así que tuvimos que buscar trabajos muy jóvenes, Asun aprobó la oposición de administrativo muy pronto, yo conseguí el trabajo en el banco y, bueno, hasta ahora.
- Sí, pero habéis mantenido vuestro estilo, no sé. Hablando claro, cuando estábamos en el instituto éramos de izquierdas...
- Hombre, Enrique, pero quién no lo era con esa época. Primero, a esa edad, no tienes muy claro que es eso de la izquierda o la derecha, salvo gente muy interesada por la política. Sea como sea, es difícil ser de derechas cuando apenas llegas a fin de mes. Bueno, salvo ahora que los que podríamos llamar clase trabajadora tiene todavía por debajo toda la clase de los inmigrantes. Ahora sí que hay mucho trabajador que vota a la derecha, pero porque está asustado y se cree el discurso que le venden de que hay mucha gente y le roban las prestaciones.
- Que en parte es cierto.
- Que hay mucha gente, sí. Que les *roban* las prestaciones, no estoy tan de acuerdo. Pero bueno, no estamos hablando de eso. El caso es que yo entiendo que, si es difícil ser de derechas con pocos medios, también es difícil ser de izquierdas si tienes mucho dinero.
- Bueno, no lo sé. Aunque no sé si lo decías por mí.
- Bueno, no necesariamente. Aunque, claro, ahora estaba pensando en ti.
- Claro. ¿Sabes? Es raro. Yo, efectivamente, ahora voto a los populares. Y es verdad que, si votara a la izquierda, si es que el PSOE lo es, que también habría que discutirlo...
- Pues sí, habría mucho que hablar sobre eso –aceptó Paco riendo.
- Pues sí. El caso es que si les votara, teniendo recursos, siempre me podría plantear, ¿y por qué no los reparto?
- Bueno –rió Paco-, eso suena más evangélico que otra cosa. Y, con esa regla de tres, los que tenemos menos sueldo pero vamos al cine, podríamos pensar: “con esta entrada podrían comer nosécuantos niños de Africa”. Y tampoco es eso.
- Ya. Bueno, el caso es que con los años vas derivando, vas aceptando ideas de las que antes renegabas. Sin embargo, vosotros mantenéis unos valores, lleváis los niños a la pública.
- Bueno, hasta ahora. Ahora nos planteamos llevar a Paula a un privado en vez de a un instituto...
- ¿Y eso?
- Bueno, es cosa más de Asun, aunque es cierto que los institutos han bajado mucho en los últimos años. ¿Ves? –dijo tras una pausa-, ya no quedan intocables.
- Sí, vale, pero mantenéis unos valores. Es que no es sólo la política... -pareció dudar un instante antes de continuar-. ¿Sabes? Antes cuando hablabas de los sueños que teníamos y demás, lógicamente me he acordado de Miguel, que de alguna forma hizo lo que realmente quería...
- Bueno, también se podría hablar mucho de eso.
- Sí, pero voy a otra cosa. El caso, y que sepas que esto me cuesta mucho contártelo – Paco asintió-, el otro día, cuando me enteré de la noticia y el día del entierro, no sé,

estaba ahí, pero no me sentía lo triste que me debía sentir, al menos para lo amigos que éramos.

- Ya. También es cierto que nunca congeniasteis demasiado...

- Sí, pero, coño, nos conocíamos desde que éramos unos críos y, no sé, yo me sentí como muy ajeno, como si estuviera acompañando a Patricia.

- Bueno, pero si piensas en los últimos años, ¿cuántas veces le veías? ¿Una vez al año? Y no todos los años. Yo no lo analizaría como un síntoma de tu degeneración moral. Por cierto –añadió tras una pausa-, ¿sabes por qué he pensado siempre que no os llevabais bien?

- ¿Por qué?

- Porque estabas enamorado de Aurora.

Enrique se quedó algo perplejo y Paco notó como miraba de reojo hacia el asiento de Aurora, como si ella pudiera escuchar la conversación, lo cual, dado el jaleo que había, parecía del todo imposible.

- ¿O no te gustaba Aurora?

Enrique se encogió de hombros.

- Hombre, sí, pero a quién no. Entonces era *la chica*. Igual que Miguel era *el chico*. Por eso a ninguno nos extrañó que acabaran juntos.

- Sí -admitió Paco sonriendo-, en plan película de colegio americano. El capitán del equipo de fútbol y la jefa de animadoras.

- Bueno, en otro estilo, pero sí.

- Y fíjate ahora, la única que no tiene pareja

- ¿No estaba saliendo con este chico, Sergio?

- Por lo visto han cortado. Imagino que fue demasiada intensidad. No debía ser fácil ser pareja de Aurora los últimos días.

- Ya –y reflexionó unos instantes antes de proseguir-. De todas formas, Aurora es así. Cuando apenas nadie tenía pareja, ella sí. Y ahora que es cuando es habitual, ella no la tiene. Y no me refiero a hoy ni a ayer, sino a no tener una pareja estable en los últimos años.

- Bueno, eso es complicado. Y en cualquier caso, no creo que ella lo viva como algo especial, no al menos en el sentido positivo. Seguro que, en ese aspecto, preferiría ser más vulgar.

Enrique movió la cabeza en señal de duda.

- No lo sé. ¿Sabes? Yo creo que algunos somos de los que tenemos pareja cuando toca, no antes, nos casamos cuando toca y tenemos hijos cuando toca. Y porque toca, por supuesto. Aurora, el propio Miguel, o Gonzalo, son de otra pasta, de los que apuestan fuerte y cada año no tienen claro cómo será el que viene –y tras una pausa, preguntó-. ¿No lo crees tú así?

- No lo sé. Lo que creo es que sigues loquito por la bella Aurora –cogió su copa y brindó-. Por la reina de animadoras.

- Y por el capitán del equipo de fútbol –añadió Enrique.

Y, cuando chocaron sus copas, Paco supo por el gesto de Enrique que sintió sinceramente los dos motivos del brindis.

Carmen observó riendo cómo sus amigas charlaban con un entusiasmo casi adolescente. Ella se había quedado entre dos conversaciones, aunque no le importó no tener que hablar con nadie durante un rato.

Asun resultaba divertidísima. Hacía años que no la veía así, como *Asun Terremoto*. Lógicamente, te casas, tienes hijos y ya todo es diferente, pero era estupendo verla disfrutar de aquella manera, sin ese malhumor que últimamente parecía acompañarle. Y Susana, ¡iba a ser madre! Sabía la ilusión que le hacía, así que se alegraba muchísimo. Y es que Susana era clásica. Era la palabra: clásica, así que toda la vida había perseguido formar la familia tradicional, con su marido y sus hijos. No es que a Carmen le entusiasmara Andrés (no le gustaba su prepotencia, que ella además consideraba absolutamente injustificada) pero, al menos, adoraba a su manera (clásica) a Susana y era un hombre honrado. Bueno, pensó sonriendo, al menos hasta donde sabemos, razonablemente honrado.

La que de verdad le preocupaba era Aurora. La conocía bien, pocas personas de hecho la conocían mejor que Carmen, y por eso estaba preocupada. Aurora era una luchadora, pero bastaba intercambiar dos frases con ella para darse cuenta de que estaba desquiciada. Tampoco era para menos. Hace una semana estaban hablando de lo bien que le iba con Sergio y, de pronto, muere Miguel y su mundo se derrumba. Porque aunque llevaran mucho tiempo separados, había un intenso vínculo entre ellos. Era casi como si hubieran tenido un hijo juntos, ese hijo que Aurora tal vez sí que hubiera querido tener. O tal vez no con Miguel, no con *ese Miguel*. El caso es que, como una explosión en cadena, la propia relación con Sergio se había visto dinamitada. Eso sí, tal vez por no tener los cimientos demasiados sólidos.

Vaya, pensó, no recordaba la clarividencia que provoca el alcohol. Sabía que era falsa, por supuesto, pero disfrutaba de esa sensación de que todo puede ir bien, que no hay problema o interrogante que no tenga solución. Ya habría tiempo al día siguiente de volver sobre las obligaciones. Hoy era día para hacer balance. Y recordar. Y cómo no, sobre todo a Miguel. Se lo imaginaba diciendo: “Pero vaya cirio que habéis montado. Cómo os habéis complicado la vida”. Y sí, parecía cierto. Desde luego, resultaba extraño estar allí celebrando aquello a una semana de su muerte. Ella misma no sabía si era una decisión disparatada o genial, pero allí estaban, por lo menos todos juntos.

Trató de recordar antiguas escenas que había vivido con sus amigos y reflexionó sobre cómo la memoria descarta muchísimas imágenes en beneficio de unas pocas. Por algún extraño criterio ciertos recuerdos se fijan para siempre, por lo que cuando echaba la vista atrás siempre echaba mano de las mismas instantáneas. El carnaval de cuando estaban en segundo de BUP, las primeras discotecas, el viaje de interraíl, cuando fueron todos juntos a algún concierto de Miguel en algún pueblo perdido, la primera boda, la de Asun y Paco, ¡y la primera niña!, las noches sin parar de bailar en Huertas, la Nochevieja cuando casi todos entraban en la treintena... Y cientos, y miles de horas de conversación, desde los primeros novios a los problemas de los hijos, pero siempre sintiendo el apoyo de los demás. Como ya decían siempre sus propios hijos: “¡Hoy vienen los amigos!” y desde luego si algo deseaba ella para ellos era tener unos amigos al menos la mitad de buenos de los que ella había tenido la suerte de tener.

Los miró de nuevo, como si quisiera que su memoria fotografiara ese instante para incluirlo en la colección de los que jamás iba a olvidar. Pero ya era innecesario, porque iba a recordar el encuentro de aquella noche con la misma intensidad que el de una semana atrás, cuando despidieron por última vez a Miguel, el viejo amigo que debería haberse sentado a la mesa con ellos.

Pero es así, pensó, no siempre puedes hacer planes de quiénes va a ir la fiesta. Porque entre otras cosas, desgraciadamente, la muerte es un invitado que no avisa.

Pablo terminó de ajustar la cuenta.

- Bueno, tocamos a diecisiete y algo. Si queréis, dieciocho y ya dejamos la propina.

- No está nada mal para lo que hemos comido—opinó Emilio-. Y el vino estaba riquísimo.

- Sí, díselo a Paco, que se ha bebido media cosecha —protestó Asun-. Voy al baño, no sea que le haya dado algo.

- Podríamos poner veinte euros — propuso Gonzalo mientras todos iban sacando bolsos y carteras- y lo que sobre para la copita.

- Yo pongo los veinte euros —dijo Enrique- pero os dejo, que para mí ya es tarde. ¿Te llevo, Susana?

- Pues no lo sé —y se volvió a Carmen-, ¿vosotros qué hacéis?

Carmen miró a su marido que asintió encogiéndose de hombros.

- Nos quedamos, así que podemos llevarte.

- Vale, pues me quedo un poco más. Gracias, Enrique, me da cosa que te vayas solo. ¿Estás para conducir, verdad?

- Sí, no he bebido tanto. Lo que me ha dejado Paco —aclaró riendo.

- ¿Y tú, Aurora? —le preguntó Carmen-. ¿Te vienes?

- Pues sí —se encogió de hombros-, sería incapaz de volverme a casa sola.

- Yo te llevo si quieres —le propuso Enrique.

- No, muchas gracias. También me sentiría fatal sabiendo que estoy en mi casa mientras estos están por ahí tomándose la última. Pero te lo agradezco, de verdad —dijo con una sonrisa.

- Como quieras. Espero que salgan estos y ya me despido.

En ese momento volvieron del baño Asun y Paco, éste ayudándose de su mujer para conseguir avanzar decentemente.

- Qué vino más cabrón —dijo en un susurro.

- Pues anda que no te parecía bueno antes —le regañó Asun-. Esperad, que nosotros no hemos pagado.

- Tocamos a dieciocho —señaló Pablo-. Pero estábamos dudando de si poner veinte para tomar luego algo.

- Por mí encantada, pero me dirás qué hago con este barrilillo de vino.

- Vete, vete, ya me cojo yo un taxi.
- No, hijo, para eso hice los votos. Te conduciré como una santa esposa hasta el lecho conyugal, qué remedio. En fin, hoy que tenía yo ganas de juerga.
- ¿Dónde tenéis el coche?
- En la Cuesta de la Vega –y, ante la cara de asombro del resto, explicó-. Sí, es que hoy mi maridito está en racha.
- No podéis ir hasta allí así–dijo Enrique-. Yo os llevo a casa.
- No, hijo, muchas gracias, que mañana nos tocaría volver por el coche. Ahora, si nos acercas al coche, nos haces un gran favor.
- Por supuesto.
- Bueno –terció Gonzalo-, ya que Enrique ya ha conseguido que alguien acepte que le lleve en su coche, que todo el mundo apoquine dieciocho o veinte euros o lo que le dé la gana y nos largamos de aquí.

Así lo fueron haciendo todos. Pablo lo contó y pagó la cuenta.

- Bueno, nos quedan unos diez eurillos.
- Qué gracia –dijo Susana-, lo dices como cuando no teníamos un duro. Qué cosas. Ahora decimos: oye, que son diez euros más, pues diez euros. Y si tienen que ser veinte, pues veinte.
- Sí, pero no lo pienses en pesetas que da miedo pensarlo –le aconsejó Emilio.
- Sí, eso es cierto. Pues venga, ¿nos vamos?

Cuando salieron del local, Asum dijo:

- Venga, chiquillos, pasadlo bien. Ya nos contáis mañana.
- Y tú que te mejores, Paco –le dijo Emilio-, que te tomaste muy en serio lo de beber por los viejos tiempos.
- No seas cabrón, que me encuentro fatal.
- Bueno, venga, familia, que hace mucho frío –les apresuró Gonzalo.

Así que fueron repartiendo besos y abrazos para ir cada grupo por su lado. Sólo Aurora y Enrique se detuvieron un instante.

- Lo de antes lo decía en serio –le dijo Aurora mientras le daba los dos besos-. Gracias por el ofrecimiento.
- No tienes por qué darlas, Aurora. De verdad.

Ella asintió y se volvió en busca de los demás. Enrique pensó sonriendo que era como los últimos días de curso en el instituto, que todo el mundo se planteaba, ante la inminencia de la larga pausa del verano, declararse al chico o chica que le gustaba. Y en ese momento tenía la misma sensación que esas noches, dónde tantos sentimientos se ponían en juego y tan pocas cosas en claro surgían en aquellas sesiones desesperadas. La mayoría eran malentendidos, momentos de incomodidad y, en muchas ocasiones, sentimientos que se silenciaban y que sus propietarios guardaban, asumiendo que ya sólo tendrían la forma de una secreta admiración, que, en el mejor de los casos, la otra persona acertaría a intuir.

Cuando salieron de la cervecería de la plaza de Santa Ana, Pablo se subió instintivamente la cremallera del anorak. Se anudó la bufanda al cuello y, con las manos en los bolsillos, se quedó un instante contemplando la plaza. La había conocido, muchos años atrás, llena de drogadictos. Años después la ocuparon los puestos de artesanos, aunque tristemente, Pablo recordaba más cómo los echó de allí el concejal Matanzo, aquel a quien casualmente siempre le *tocaba la lotería*, que los propios puestos. Ahora estaba en su mayor parte ocupado por terrazas en verano, mientras que en invierno, la cuidada iluminación del Teatro Español convertía el lugar en agradable rincón del centro, donde había incluso un pequeño rincón de columpios para los niños, algo impensable años atrás.

- ¿Dónde vamos? –oyó que preguntaba Gonzalo.

- O sea, ¿que no es a casa? –preguntó Aurora en lo que sonó a protesta.

- Joder, niña, si la noche acaba de empezar.

- Venga, ¿nos tomamos la última? –preguntó más comprensivamente Carmen.

- Está bien, pero la última-última.

Susana se acercó a donde estaba Pablo.

- ¿Qué haces, Pablito?

- Nada –dijo él encogiéndose de hombros-, trataba de recordar cómo era esta plaza.

Ella asintió.

- Cómo ha cambiado todo, ¿verdad? Recuerdo cuándo subíamos de Sol y parábamos siempre a tomar las bravas. Ahora pienso en esa salsa de tomate y me dan nauseas.

- Eso será por el embarazo. ¿Saldrá tan goloso como tú? –preguntó mirando a su barriga

- Claro que sí. Yo desde luego le voy a dar todos los dulces que quiera, bueno, todas las cosas que quiera mi niño.

- O niña.

- O niña, sí. ¿Te imaginas?

- Dios mío, una Susana en pequeñito. El terror del cole. Su padre va a tenerla que atarla en corto.

- ¡Oye! –dijo dándole un falso golpe de protesta-, ¡que no soy tan mala!

Los demás comenzaron a caminar y Susana se agarró del brazo de Pablo.

- Lo estoy pasando muy bien, la verdad. Además, con lo del embarazo es como si tuviera claro que es la última vez que salgo en mucho tiempo. Y además todos juntos, por todos estos sitios que hemos estado tantas veces. Es como algo mágico. Quisiera que no acabara nunca.

- Sí, yo también.

Ambos caminaron en silencio unos metros hasta que Susana preguntó.

- Bueno, ¿y entonces, esa chica?

- ¿Amparo?

- Sí, Amparo.

Pablo reparó en que durante la cena apenas había pensado en ella. Lo que es tener la cabeza ocupada en otras cosas, pensó.

- No es nada –contestó-, coincidimos el otro día en el bar y, tras charlar un rato, me pidió que le echara una mano con los papeles de Miguel.

- Venga, ¿y qué más?

- Lo tienes que saber todo, ¿eh? –protestó sonriendo-. Bueno, no sé, sí que surgió algo, una especie de chispa, y sí que intercambiamos los móviles, pero vamos...

- Llámala.

- ¡Qué dices! ¿Por qué?

- No sé, tengo un presentimiento. A lo mejor simplemente os veis un par de veces y charláis un poco de Miguel, y de cómo os encontráis y todo eso. Pero quién sabe, merece la pena probar.

- Sí, tal vez lleves razón. No pierdo nada.

- Eso es. ¿Sabes? Si algo pienso ahora es que me arrepiento de muchas de las cosas que no me atreví a hacer y quise haber hecho.

- Es verdad. Supongo que eso nos pasa un poco a todos.

Cuando llegaron a la altura de la sala Populart, oyó la voz de Gonzalo que gritaba.

- ¡Eh, está tocando la Canal Street!

Pablo sonrió. La Canal Street Jazz Band era la banda de jazz clásico más famosa de Madrid.

- ¿Qué, entramos? –propuso Gonzalo.

- Debe estar acabando, el pase empezaba a la una -dijo Emilio tras leer el cartel.

- Venga, aunque sea un par de canciones.

Los demás se miraron unos a otros, pero Gonzalo ya estaba dentro así que, no sin cierta resignación, todos le siguieron.

Apenas había espacio más que para arrinconarse alrededor de la barra, aunque uno de los veteranos camareros, que Pablo reconocía de los conciertos de años atrás, se las arregló para tomarles nota. Observó a los músicos. A pesar de que todos eran ya de edad avanzada, contagiaban su vitalidad con la primera canción. Esos ritmos clásicos parecían conseguir que el tiempo se detuviera, como si de pronto la realidad fuera una vieja película de la que aquella música fuera la banda sonora y ellos los protagonistas de una trama en la que sus verdaderos problemas parecían olvidarse.

Cuando iba a quitarse el anorak, Pablo recordó lo que llevaba en el bolsillo. Sonrió al darse cuenta de que había olvidado enseñarlo durante la cena. De pronto, supo lo que quería hacer, así que se dirigió hacia la puerta. Carmen le hizo un gesto de a dónde iba y él, a duras penas por el jaleo, le dijo que volvería en seguida.

Al salir del Populart, sólo tuvo que dar unos pasos para llegar a la Plaza de Matute. Allí estuvo hace años El Ayuntamiento. El único sitio que me ha visto bailar durante horas,

pensó sonriendo. Ahora era un local de copas con otro nombre, pero Pablo decidió que era allí donde debía dejar la foto que llevaba en el bolsillo.

Así que, ante la extrañada mirada de algunos chavales que entraban en el local, se agachó para, como quien deja flores en una tumba, colocar la foto apoyada en uno de los ventanales. La miró por última vez. Era una imagen de ellos, de hace casi veinte años. A pesar del tiempo transcurrido, era fácil reconocer a los protagonistas. Su propio rostro, aunque sin barba, el gesto socarrón de Gonzalo, la pose siempre coqueta de Susana, la rizada y alocada melena de Asun... En fin, todos ellos.

Y en primer plano, como acercándose al fotógrafo, se podía ver a Miguel que, mostrando dos de sus dedos, hacía el reconocible signo de la victoria.